

NICOLÁS ORTEGA CANTERO

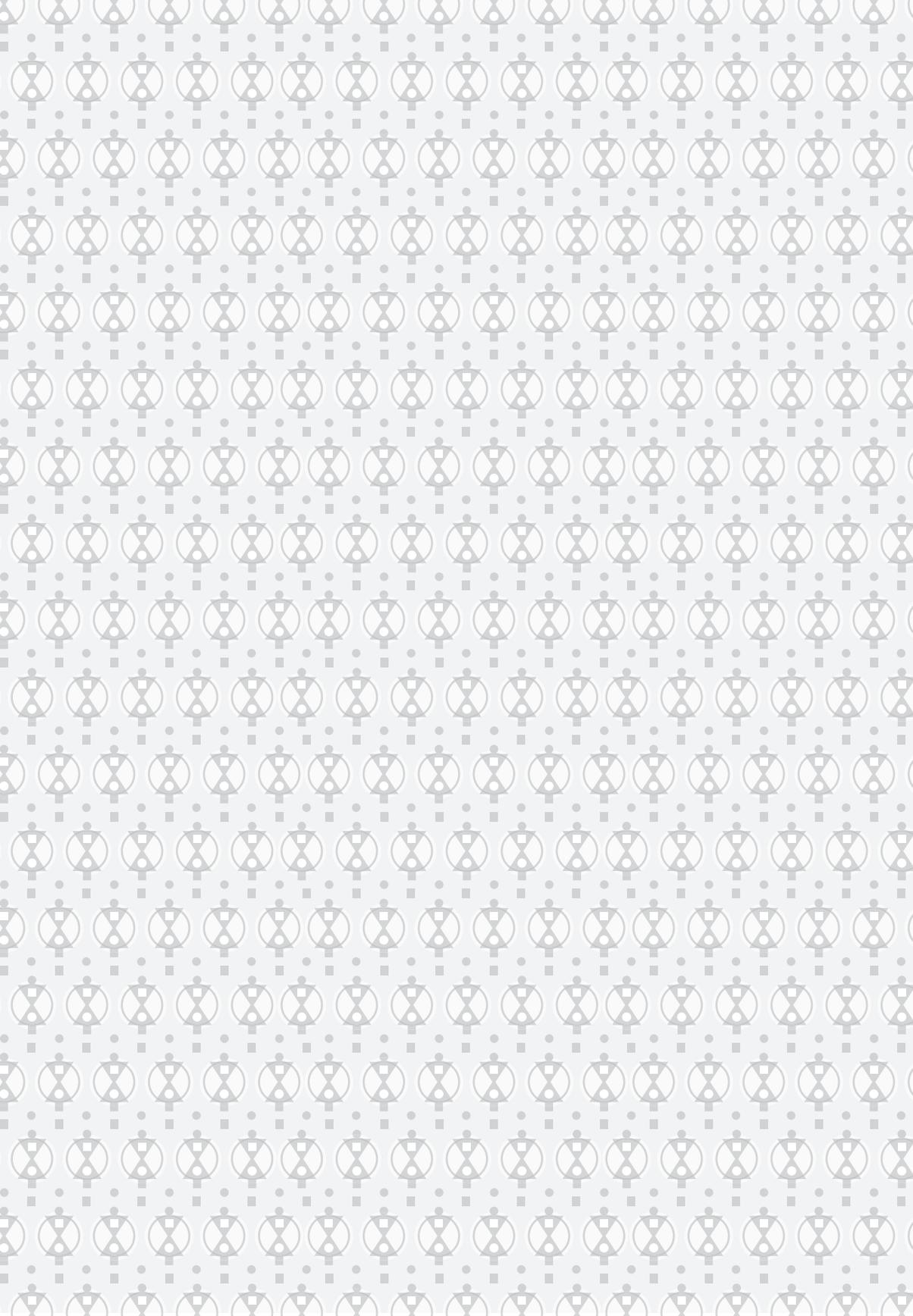
Geografía y Cultura

MARTHA CHÁVEZ TORRES
LUIS FELIPE CABRALES BARAJAS

Coordinadores Editoriales



Universidad de Guadalajara



Geografía y Cultura

NICOLÁS ORTEGA CANTERO

Geografía y Cultura

MARTHA CHÁVEZ TORRES
LUIS FELIPE CABRALES BARAJAS

Coordinadores Editoriales

Universidad de Guadalajara
2022

304.2 ORT

Ortega Cantero, Nicolás

Geografía y cultura /Nicolás Ortega Cantero.

Primera edición, 2022

Guadalajara, Jalisco, México: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial, 2022

ISBN:

1.- Geografía humana.

2.- Geografía - Alocuciones, ensayos, conferencias.

I.- Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Este libro fue dictaminado favorablemente mediante el método doble ciego por pares académicos

D.R. © Universidad de Guadalajara

Centro Universitario

de Ciencias Sociales y Humanidades

Unidad de Apoyo Editorial

Guanajuato 1045

Col. Alcalde Barranquitas,

44260, Guadalajara, Jalisco, México

Consulte nuestro catálogo en:

www.cucsh.udg.mx

ISBN: 978-607-571-619-0

Editado y hecho en México

Edited and made in Mexico

Índice

Edición mexicana de
Geografía y Cultura

Prólogo	11
Horizontes inciertos	17
El valor de la tradición geográfica moderna	23
Las interpretaciones del pasado	27
Objeto y sujeto	37
El entendimiento analógico del mundo	41
El punto de vista de la Geografía moderna	47
Actitudes epistemológicas	57
Las dimensiones del conocimiento geográfico	65

Tras la huella de los fundadores	69
La razón de ser de la Geografía moderna	81
Inflexión y continuidad: el sentido de la perspectiva regional	87
Tradición y cambio: los intentos de ruptura	99
Los caminos de la pluralidad	107
Crisis de la modernidad y conocimiento geográfico	111
Sugerencias	121
Bibliografía	137
Anexo 1	
Saber ver: Paisaje, Explicación y Comprensión Entrevista a Nicolás Ortega Cantero	149
Índice Onomástico	173

Algunos quieren cambiar el mundo
otros leerlo
nosotros queremos hablar con él.

(Octavio Paz)

Edición mexicana de *Geografía y Cultura*

PRÓLOGO

La presente edición de *Geografía y Cultura* de Nicolás Ortega Cantero, libro publicado originalmente en España por Alianza Universidad en 1987 (Ortega, 1987) y reimpresso en 1988 por la misma casa editora, constituye un acontecimiento para nuestra disciplina. Se trata de un sugerente ensayo crítico etiquetado con un título potente dada la complejidad de los conceptos teóricos que enuncia. La conjunción representada por la “y” no es un asunto menor, apela a la articulación entre ambos. De tal empresa se deriva la construcción de un entendimiento de la geografía como representación cultural del mundo.

Dentro de la destacada producción bibliográfica de Ortega Cantero, *Geografía y Cultura* es su obra individual más citada según el reporte de *Google Scholar* y se asocia genealógicamente con el libro *El pensamiento geográfico*, presentado un lustro antes por el propio Ortega, en coautoría con Josefina Gómez Mendoza y Julio Muñoz Jiménez (Gómez et al., 1982). Ello remite a un contexto general situado entre el final de la década de 1970 y la de 1980, del cual señalamos tres rasgos. El primero es el activismo intelectual de un sector de geógrafos españoles, de una generación que tuvo entre sus preocupaciones centrales el estudio de la epistemología de la geografía, temática de difícil abordaje que conlleva el análisis de las trayectorias históricas de la disciplina.

Este activismo fue realizado desde diversas perspectivas y requirió la identificación de las tendencias internacionales, navegar a profundidad por

los paradigmas o corrientes de pensamiento contemporáneos y atreverse a valorar críticamente la situación de la geografía que, en aquel momento, se practicaba. Esto último pudo haber funcionado como una convocatoria a apartar la autocomplacencia y el empirismo ingenuo, atributos recurrentes en el gremio.

El segundo rasgo fue la articulación de dichos impulsos académicos con la fértil industria editorial española de aquel momento. Lo anterior derivó en una oferta de títulos geográficos que se colocaron como referentes para el público universitario del mundo hispanico, en particular del interesado en conocer los fundamentos de la geografía.

El tercero es el supuesto de que las ideas frescas, emanadas de aquellos libros, habrían estimulado la formación de una comunidad internacional de geógrafos hispanoparlantes, compuesta por estudiantes, profesores e investigadores cada vez más conscientes de la necesidad de asumir posiciones teóricas e incluso éticas. En Latinoamérica, la coyuntura fue favorable. La Geografía universitaria mantuvo un ritmo expansivo: si se contabiliza la nueva oferta de licenciatura y posgrado en los países de habla hispana, aparecieron diez programas durante de década de 1970, once en la de 1980 y siete en la siguiente (Palacio, 2011).

Desde la Universidad de Barcelona, Horacio Capel Sáez había publicado en 1981 *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea* (Capel, 1981), y a partir de 1976 dirigió la revista *Geocrítica, cuadernos críticos de geografía humana*. El autor cierra su emblemático libro con un “debate abierto” respecto a las posturas divergentes entre positivistas e historicistas, lo que permite imaginar el ambiente académico que por aquellos años se respiraba. Para llegar a ese punto ofrece un documentado recorrido a través de las ideas dominantes a partir del siglo XIX, principalmente con la monumental obra de Alejandro von Humboldt. Cabe anotar que las aportaciones de Capel también tuvieron una amplia influencia dentro del ámbito lusoparlante, principalmente en Brasil y Portugal.

Por su parte, el núcleo madrileño más visible y del que hace parte Nicolás Ortega Cantero, aglutinó a geógrafos formados bajo el magisterio de Manuel de Terán Álvarez, indiscutible líder intelectual al que fue

dedicado *El pensamiento geográfico*. Sus integrantes abordaron temáticas diversas y después construyeron un espacio de convergencia epistemológica. En *Geografía y Cultura* se expone un horizonte incierto que, según su autor, llegaba a cuestionar el derecho a la existencia de la Geografía, lo que estaría asociado a un posible “cuarteamiento de la modernidad” que abarcaría un amplio horizonte científico, intelectual y cultural.

La obra también sitúa el debate en torno a un cuestionamiento central: ¿cuál es la razón de ser de la Geografía?, y expone las tensiones entre lo mejor de la tradición geográfica moderna y el arribo, a partir de la década de 1960, de propuestas “mesiánicas” como la cuantitativa y la radical que, sin embargo, no lograron suficiente arraigo. Los postulados de Nicolás Ortega son perfectamente legibles; entre ellos, la revalorización de la tradición geográfica moderna, lo que a su vez acentúa la conveniencia de reivindicar el paisaje y la región como temas de estudio dada su capacidad para entender y representar atributos geográficos. Destaca los aportes conceptuales y filosóficos del romanticismo en el desarrollo primigenio de la Geografía moderna e incorpora un epígrafe de “sugerencias”, una síntesis fundada en los argumentos desgranados a lo largo del discurso.

A modo de indicador de la filiación de los planteamientos que desarrolla y en congruencia con el cuerpo argumental, Ortega remite a un conjunto de posturas asumidas por autores canónicos de la tradición geográfica: Alejandro von Humboldt, Carlos Ritter, Eliseo Reclus y Vidal de la Blache, que resultan ser los más citados en el libro, lo que, a su vez, enfatiza la hegemonía de las escuelas alemana y francesa. Los razonamientos de esos autores se entrecruzan con aseveraciones de grandes pensadores latinoamericanos como Octavio Paz y Jorge Luis Borges.

La versión original de *Geografía y Cultura* se ve acompañada para esta edición mexicana de una entrevista realizada a Ortega en Madrid, el 27 de noviembre de 2015. El objetivo fue recapitular algunas de las discusiones, lo que derivó en matizaciones sobre algunos puntos. Esto supone reavivar el ideario epistemológico inserto en el libro, la lectura articulada de ambos documentos, vertebrados ocasionalmente a través de algunas notas de los

editores, puede considerarse una mirada del autor en un corte temporal que abarca más de tres décadas.

De acuerdo con las respuestas de Ortega, las tesis manifestadas en 1987 no han cambiado demasiado: “el panorama de la geografía sigue, con todo, siendo bastante heterogéneo y fragmentado [...] esa heterogeneidad, en cierto modo, aumentada en la medida en que el grado de especialización va aumentando también”. Tal argumento, sumado a renovadas perspectivas, ayuda a tejer, junto con el texto de *Geografía y Cultura*, un universo argumental del que cada lector podrá realizar su escrutinio y tomar posición sobre el panorama cognitivo de la Geografía.

Al prestigio que Nicolás Ortega Cantero tiene como autor en México, se suma la oportunidad de haber gozado de su presencia en varias ocasiones. Mencionamos un par de sus visitas a las instituciones promotoras de la presente edición de *Geografía y Cultura*, en ambos casos sus presentaciones fueron publicadas. El 6 de octubre de 1984 dictó la conferencia “Perspectivas y problemas actuales del conocimiento geográfico” (Ortega, 1985) en la Facultad de Geografía de la Universidad de Guadalajara, dependencia que inició labores en 1980 y que corresponde al actual Departamento de Geografía y Ordenación Territorial del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades (CUCSH). Ortega fue el primer geógrafo español que habló para la naciente comunidad geográfica universitaria local y la publicación de su disertación tuvo el mérito de incorporar el debate con el público.

Tres décadas después, el 29 de mayo de 2014, en el marco del *II Simposio de Geografía Humana y Ciencias Sociales*, organizado por el Centro de Estudios de Geografía Humana —fundado en el año 2002— de El Colegio de Michoacán, en La Piedad, expuso sobre “Geografía e interdisciplinariedad: valoración moderna del paisaje en España” (Ortega, 2017).

Nuestra gratitud a Nicolás Ortega por su brillo intelectual, por su enriquecedor acompañamiento y por la generosidad que ha tenido para autorizar esta edición que aparece bajo el sello de la Universidad de Guadalajara. Deseamos que *Geografía y Cultura* sea un libro revisitado, que encuentre nuevos lectores y se convierta en un título del que se apropien

los jóvenes que darán continuidad al estudio e investigación geográficas en un mundo que durante el año 2020 ha impuesto desafíos globales inesperados.

Martha Chávez Torres (*El Colegio de Michoacán*)
Luis Felipe Cabrales Barajas (*Universidad de Guadalajara*)
Noviembre 2021

Referencias

- Capel, H. (1981). *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*. Barcanova. Temas Universitarios.
- Gómez, J. et al. (1982). *El pensamiento geográfico*. Alianza Universidad.
- Ortega, N. (1985). *Perspectivas y problemas actuales del conocimiento geográfico*. Universidad de Guadalajara. Cuadernos de Difusión Científica.
- _____ (1987). *Geografía y Cultura*. Alianza Universidad.
- _____ (2017). Geografía e interdisciplinariedad: valoración moderna del paisaje en España. En M. Chávez Torres (ed.), *Generación de conocimiento geográfico interdisciplinario y su aplicación en la búsqueda de compromiso* (pp. 217-232). El Colegio de Michoacán.
- Palacio, J. L. (2011). La geografía universitaria en América Latina, situación actual y perspectivas. En G. Bocco et al. (coords.), *Geografía y ambiente en América Latina* (pp. 180-186). Universidad Nacional Autónoma de México.

Horizontes inciertos

El panorama que ofrece hoy la Geografía no es ni sencillo ni claro. Tras un periodo que ha visto sucederse con pasmosa rapidez los anuncios de rupturas insoslayables y los consiguientes florecimientos de renovadas certidumbres más o menos efímeras y redentoras, la situación actual del conocimiento geográfico ofrece más un complejo agregado de insinuaciones y de síntomas diversos y con frecuencia todavía enigmáticos que una trayectoria al fin coherentemente fundamentada y suficientemente vertebrada.¹ Me parece engañoso, sin embargo, suponer que ese achaque afecta exclusivamente a la Geografía. El hecho de que en ella se haya manifestado con cierto retraso no debe ocultar ni la mayor amplitud ni

¹ Nota eds. Como lo precisa Nicolás Ortega —entrevista realizada en 2015 en Madrid—, cuando escribió este libro en los años ochenta, la geografía estaba en una situación bastante complicada, muy fragmentada e insatisfactoria. Ortega se formó en los últimos años sesenta y en los primeros setenta del siglo pasado, en la Universidad de Madrid, y los estudiantes de ese entonces pudieron percibir con cierta claridad algunos de los problemas y contradicciones de la geografía. Afirma que “No se nos presentaba” como un campo de conocimiento debidamente vertebrado, sino como una materia que mostraba contenidos fragmentados y no siempre fáciles de conciliar, que parecía carecer de una perspectiva teórica y metodológica capaz de identificar sus orientaciones y que no ofrecía, por tanto, un panorama intelectual y científicamente satisfactorio” (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

la anterior presencia en otras coordenadas del fenómeno actuante. Acaso estamos ante la algo tardía expresión geográfica del cuarteamiento de la modernidad que viene sacudiendo desde hace algún tiempo a nuestro horizonte científico, intelectual y cultural. Quizá lo que ocurre es que el signo de ese cuarteamiento penetra ahora en el panorama geográfico y deja sentir efectos bastante similares a los que ha sido posible detectar en otros ámbitos: “todo aparece como síntoma, como intención potencial de algo mayor, como aspiración de una unidad imposible” (Mainer, 1985: 2).

Si es cierto lo que dice Goethe —“El siglo va adelantado; pero cada cual, no obstante, ha de empezar desde el principio” (Goethe, 1944-1945: 2 272)—, forzoso es reconocer que hoy ese principio resulta algo más azaroso e imprevisible que ayer. Las afirmativas creencias que hasta hace poco solían mantenerse respecto de las “sólidas” construcciones teóricas y metodológicas son miradas con creciente desconfianza en nuestro momento. La teoría y el método han perdido buena parte de su anterior e indiscutida hegemonía: lo que ayer se vio como seguro cimiento y brújula concluyente hoy se encuentra sometido a los humores del más radical escepticismo. Tal vez porque, también en el campo del conocimiento geográfico, se pueda ya constatar el afilado sentido encerrado en otra máxima suscrita asimismo por Goethe: “Conceptos generales y grandes opiniones llevan siempre camino de acarrear una desgracia horrible” (ibídem : 2 221). En cualquier caso, no me parece extremo afirmar que pocas veces habrá sido más aplicable a la Geografía que ahora mismo la opinión liminar que, literalmente dirigida al arte, se halla en la *Teoría estética* de Adorno (Adorno, 1980: 9): Ha llegado a ser evidente que nada referente a la Geografía es evidente: ni en ella misma, ni en su relación con la totalidad, ni siquiera en su derecho a la existencia.

La práctica geográfica más reciente no hace sino demostrar la envergadura crítica de esa situación. No son pocos los geógrafos que, utilizando diferentes puntos de vista, han llamado la atención en estos años ochenta sobre el sorprendente grado de desdibujamiento conseguido por su campo de conocimiento. De la desnortada posición de los círculos académicos anglosajones ha hablado sin demasiados miramientos, por ejemplo, Ro-

nald J. Johnston: advierte, entre otras cosas, que “la organización de los cursos indica, por su misma anarquía, la falta de acuerdo sobre lo que debe de entenderse por educación geográfica” (Johnston, 1984: 51). Por su parte, David Harvey se ha referido a la aguda fragmentación producida tras el abandono de eso que denomina “la seguridad del escudo positivista”: a costa de romper —según dice— el “silencio político” avalado por ese escudo, las múltiples voces que se dejaron oír “ocasionaron una verdadera cacofonía de mensajes en competencia y no supieron definir un lenguaje común para plantear inquietudes comunes”. Frente al denostado “silencio positivista” se alza ahora una nueva amenaza que no estima Harvey menos inquietante: la amenaza de “la desintegración nihilista” (Harvey, 1985: 157). Algo parecido advirtió no hace mucho Jean-Bernard Racine: “Cualesquiera que puedan ser las peticiones de principio de carácter intencional, y su aparente convergencia, es todavía muy difícil encontrar un verdadero terreno común en la práctica de la geografía más moderna” (Racine, 1981: 89). Los ejemplos podrían multiplicarse sin demasiada dificultad, pero no me parece necesario acumular testimonios coincidentes. Lo que creo interesante es señalar la presencia actual, en el campo del conocimiento geográfico, de una crisis intensa y extensa que parece dar al traste con las convicciones más arraigadas de ayer mismo. Una crisis que quizá no sea simplemente “una crisis más” y que quizá, como ha sabido ver Josefina Gómez Mendoza (Gómez, 1986: 3-43), nos invite a revisar radicalmente —es decir, yendo a la raíz misma de las cosas— nuestro entendimiento y nuestra práctica del conocimiento geográfico.

Insatisfactorio y decepcionante en alto grado, el paisaje que hoy es capaz de proyectar la Geografía dista bastante de los grandes idearios cognoscitivos proclamados con entusiasmo desde los años cincuenta.²

² Nota eds. Los geógrafos modernos convirtieron el paisaje en el objeto central de sus estudios, precisa Ortega. “Y aportaron además a la idea de paisaje una nota distintiva y bastante original [...] En las coordenadas románticas en las que se conformó la primera geografía moderna, el paisaje no se entendía en general como mera forma visible, sino que se le atribuían además valores y significados diversos. De modo que, en principio,

Basta seguir con atención la trayectoria de revistas como *Transactions of the Institute of British Geographers*, *L'Espace Géographique*, *Antipode* o *Hérodote* —por citar solamente algunas de las más indicativas—, durante los últimos años, para comprobar lo dicho. Es difícil librarse de una cierta sensación de perplejidad ante la tediosa esclerosis o la abigarrada amalgama de sugerencias divergentes —y no siempre exentas de banalidades y equívocos alarmantes— que sus páginas ofrecen con creciente desenfado. Los logros parciales, cuando los hay, no consiguen ocultar la general impotencia respecto de la consecución efectiva de aquellas ambiciosas y totalizadoras articulaciones del conocimiento geográfico que se nos prometieron años atrás.

Más que una cartografía orientada y con criterios vertebradores definidos, la literatura geográfica actual muestra el confuso aspecto de un jardín descuidado en el que —como diría Borges— se atisba “un laberinto de laberintos”, un inquietante trazado de “senderos que se bifurcan” sin cesar, esbozando “un sinuoso laberinto creciente” (Borges, 1978a: 96). Estamos —queriéndolo o sin quererlo, consciente o inconscientemente— en esa peculiar situación. Hacer caso omiso de ella puede ser una respuesta. Otra, que considero personalmente más estimulante, es intentar desentrañar las

todos los que se interesaban por el paisaje eran conscientes de la necesidad de tener en cuenta esas dos vertientes, pero después cada cual las consideraba en su trabajo a su manera. Los naturalistas tendían a dar más importancia a la materialidad visible que a las cualidades invisibles, sobreponiendo en consecuencia la explicación a la comprensión, la razón al sentimiento. Justo lo contrario hacían los artistas, los literatos y los pintores, concediendo mucha más atención, a la hora de entender el paisaje, a lo sentimental que a lo racional. Había, por tanto, dos grandes maneras de acercarse al paisaje, que diferían en la importancia respectivamente concedida, sin eludir en ningún caso ninguna de las dos, a la dimensión explicativa y a la comprensiva. Saussure, por ejemplo, centró sobre todo su trabajo como naturalista en la explicación del paisaje de los Alpes, pero eso no le impidió hablar de sus sentimientos al recorrer aquellas montañas. Constable, en el otro extremo del paisajismo, se dedicó sobre todo a la comprensión del paisaje, pero no perdió de vista las explicaciones naturalistas” (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

claves de esa maraña de síntomas críticos. Intentar saber dónde estamos y qué es lo que hoy —cuando los dogmas no se tienen en pie y los grandes “mitos” ideológicos, políticos y científicos que hasta hace poco nos fueron familiares han perdido casi todo su crédito— podemos y debemos entender por conocimiento geográfico. Se trata, en suma, de indagar acerca de la *razón de ser* de la Geografía en nuestro tiempo. Porque, a mi juicio, resulta poco menos que imposible enderezar cualquier quehacer geográfico digno de tal nombre sin tener en cuenta esa razón de ser. En puridad, es ella —la idea que de ella se tenga— la que debe informar de cabo a rabo semejante quehacer, y la que permite aclarar, por ejemplo, el sentido que —más allá de programas, esquemas y otras formalidades consabidas— queremos proporcionar a esos modos de diálogo reflexivo y crítico que denominamos docencia e investigación geográficas.

El valor de la tradición geográfica moderna

Hablar de la razón de ser del conocimiento geográfico es tanto como aludir a aquello que puede hoy justificar su propia existencia. Pero ese conocimiento no ha nacido ahora: su historia es bastante dilatada y su peripecia moderna se remonta hasta los albores del siglo pasado. Hay, por tanto, una prolongada tradición geográfica y hay también una *tradición geográfica moderna* que remite a la modernidad inaugurada con el siglo XIX. En esa tradición moderna no faltan las inflexiones o las mudanzas: la adopción abusiva de falsillas interpretativas de corte “paradigmático” —siguiendo el discutible y pronto discutido enfoque divulgado por Thomas S. Kuhn (Kuhn, 1971)— y el interesado énfasis en las discontinuidades que han venido poniendo los sucesivos novadores de uno u otro signo se han ocupado, a veces, hiperbólicamente, de recordarlo. No es menos cierto que, aun sin ignorar el exacto alcance de los cambios de rumbo ocurridos, esa tradición muestra asimismo continuidades y permanencias. A veces son ostensibles y a veces mucho más sutiles: debajo o detrás de las innovaciones tan a menudo resaltadas en las reconstrucciones históricas al uso, aparecen en la tradición geográfica moderna ciertos hilos conductores, ciertas líneas de fuerza, ciertas inquietudes y actitudes que traspasan toda su trayectoria. Revisar esa tradición, reconocer sus mejores y mayores ingredientes, acercarse a sus razonamientos más vivos resulta imprescindible para comprender la situación de la Geografía de hoy mismo. No se trata, desde luego, de exponer ahora detalladamente la historia del conocimiento geográfico a

lo largo de casi dos siglos: lo que aquí se intentará, más modestamente, es entresacar los fundamentos menos deleznable y más vigentes de nuestra tradición geográfica moderna. Porque la actual razón de ser de la Geografía me parece, en rigor, inseparable del sentido de esa propia tradición.

Es indudable que hay otras maneras de aproximarse al entendimiento de la situación actual del conocimiento geográfico. Hacerlo del modo que propongo responde, desde luego, a una preocupación subjetiva, pero no por ello caprichosa o injustificable. “La negación de la herencia —escribe Octavio Paz— siempre me ha parecido tónica y estimulante. Pienso, no obstante, que para negar hay que conocer primero aquello que se niega [...]. No digo que los jóvenes deban continuar, repetir o imitar a sus predecesores; digo que toda negación, si no es un grito vacío contra el vacío, implica una relación polémica con aquello que se niega. No me preocupa la rebelión contra la tradición: me inquieta la *ausencia* de tradición” (Paz, 1982: 38-39). En nuestro campo no han escaseado últimamente las “negaciones”; no sé si todas ellas podrían exhibir, vistas de cerca, contenidos suficientes para diferenciarlas del grito vacío contra el vacío. En todo caso, no ha sido nuestro medio intelectual —español y geográfico— demasiado proclive en los tiempos más próximos a preguntarse por su propia tradición: al igual que otros medios certeramente caracterizados por Pere Gimferrer, parece más bien “que vive en la arena movediza de las imprecisiones, que habita, como cierto personaje de Proust, *dans le monde des à peu près*” (Gimferrer, 1985: 6).

La ausencia de tradición es notoria y, como advierte Octavio Paz, inquietante. Ahora, ante la crítica posición de la Geografía, ante esa posición que numerosos geógrafos no dudan en calificar, cuando menos, de confusa y desconcertante, estimo más pertinente que nunca reflexionar críticamente sobre la tradición. Y no con la ilusoria pretensión de encontrar en el anteayer consuelo para disimular las fisuras del ayer o las interrogaciones de hoy mismo, sino con la razonada presunción de que, en este preciso momento, se dan condiciones francamente favorables para intentar —con menos lastre de compulsiones vindicativas y de cegadores prejuicios— interpretar y valorar el signo de la moderna tradición geográfica. Después de

tantos espejismos “vanguardistas” y “revolucionarios”, quizá la honda crisis contemporánea de la modernidad no haga sino propiciar una deseable modificación de la óptica interpretativa. Ahora —para emplear palabras de Octavio Paz— no interesa tanto buscar el “principio del cambio” como buscar “ese principio invariante que es el fundamento de los cambios”; lo que nos preguntamos ahora es: “¿no hay un punto en el que el principio del cambio se confunde con el de la permanencia?” (Paz, 1981: 224-225).

Esa búsqueda es, sin duda, una reconstrucción. La que aquí procuraré esbozar se atiene a algunas cláusulas que, para evitar posibles equívocos, conviene precisar muy sucintamente. Pretende, ante todo, apoyarse en la reflexión crítica y no en el acarreo erudito o en la acumulación ilustrativa. Es, por supuesto, una reconstrucción subjetiva, es decir, llevada a cabo desde mi propio punto de vista, orientada en todo momento por mi propia experiencia personal. Ello no exime, por lo demás, ni del esfuerzo por conseguir el grado de rigor y seriedad que la ocasión merece, ni tampoco de la intención de lograr que esa interpretación subjetiva se acerque lo más posible al cabal entendimiento de las perspectivas inherentes a la tradición geográfica considerada. He prestado, por último, atención preferente a aquellos autores que —entre los que he podido frecuentar— considero mayores: la reconstrucción que aquí se ofrece es selectiva, no exhaustiva. Porque precisamente una de las enseñanzas que puede proporcionar el conocimiento de la tradición es la de resaltar la inanidad y la improcedencia del hábito —seguramente alentado a partes iguales por la pereza y el academicismo— de considerar poco menos que equivalentes todas las aportaciones. Prefiero, como Gómez de Liaño, “las pocas admiraciones sentidas a las muchas de oficio” (Gómez de Liaño, 1984: 11). La reflexión crítica pone en juego obligadamente —y puede que hasta de forma no siempre consciente, como advierte Racine (Racine, 1981: 89)— determinadas estimativas: su funcionamiento es el que ayuda en cada caso —como también aquí ha sucedido— a distinguir entre los autores que se consideran mejores y peores, entre las aportaciones que se juzgan mayores y menores. Todo ello ha permitido conformar una opinión sobre la tradición geográfica moderna: espero que sea razonada; supongo que, a ratos, podrá resultar polémica.

Las interpretaciones del pasado

Diferentes autores han insistido en la conveniencia y aun en la necesidad de conocer el pasado del conocimiento geográfico para mejor captar su reciente caracterización. Así lo han hecho, entre otros, Paul Claval (Claval, 1972) o Yves Lacoste (Lacoste, 1981: 14-55). Y Massimo Quaini ha llegado a afirmar que “fundamento epistemológico y conciencia histórica-crítica son la misma cosa” (Quaini, 1981: 16). En consonancia con actitudes de este tipo o, en otras ocasiones, con finalidades “actualistas” menos explícitas, durante los últimos decenios se han producido variadas incursiones en la anterioridad del pensamiento geográfico. Como era de esperar, cada una de esas incursiones ha llamado la atención acerca de determinados aspectos y ha propuesto, en consecuencia, determinadas interpretaciones. Ni unos ni otras dejan de manifestar desavenencias entre los respectivos autores: cada cual suele juzgar los productos del pasado —lo ha recordado, entre otros, Sánchez Ferlosio (Sánchez, 1974: 74-75)— con la óptica del propio contexto, que en buena medida los recrea. Para unos, por ejemplo, la obra de Carl Sauer es sobre todo un exponente del positivismo de cuño comtiano —así se pronuncia Derek Gregory—; para otros —como Edward Relph—, lo primordial de esa obra es que preanuncia las directrices fenomenológicas husserlianas (Gregory, 1984: 43-44; Relph, 1970: 193-201).

Si bien se mira, esas diferencias ni deben sorprendernos ni resultan lamentables: “El hecho —recuerda Borges— es que cada escritor *crea* a

sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro” (Borges, 1979a: 109). Aunque en ciertos casos pueda encontrarse en esas visitas al pasado algo de lo que supone Georges Nicolas-Obadia —algo de regreso ingenuo e ilusorio en busca del padre, algo que se adentra en el denso territorio de la interpretación psicoanalítica del superego (Nicolas-Obadia, 1981: 40-41)—, el hecho sigue siendo válido y hasta necesario. No es ilícito recrear subjetivamente —¿hay otra manera de hacerlo?— el pasado para descubrir la propia tradición, no es indigna la práctica de ese “arte de lucidez” —para emplear palabras de Gimferrer (Gimferrer, 1985: 153)— que consiste en escoger la propia genealogía intelectual; sí lo es, por el contrario, el obstinado afán de hacer enmudecer o falsear la voz de los predecesores para mostrarlos luego como trofeos que confirman milimétricamente los esquemas enarbolados de antemano con inquebrantable seguridad. Podría traer aquí a colación sobradas muestras de esa forma de actuar, pero me limitaré a citar dos, de muy diversa procedencia, que me parecen suficientemente indicativas: de un lado, la valoración de la obra de Humboldt que proporciona Fred K. Schaefer en su endeble y muy divulgado escrito titulado “Excepcionalismo en geografía” (Schaefer, 1974); de otro, el enjuiciamiento de las aportaciones de Vidal de la Blache que, al parecer guiadas en gran parte por el deseo de enaltecer la figura de Reclus, viene ofreciendo reiterativamente Yves Lacoste desde hace algún tiempo (Lacoste, 1979: 68-81).

El asunto no tendría mayor importancia si no fuese porque, de un modo u otro, la historiografía reciente acerca del conocimiento geográfico ha contribuido en no poca medida —salvando, desde luego, determinadas excepciones indudables— a perfilar una serie de lugares comunes que, a fuerza de ser repetidos una y otra vez sin demasiado criterio, han llegado a ostentar cierta capacidad disuasoria. Se produce así una curiosa tendencia: la acumulación de tópicos inconsistentes o intencionalmente sesgados —y hay sesgos para todos los gustos— se superpone a la abultada ignorancia efectiva respecto del pasado verídico de la Geografía —no puede por menos de sorprender, por ejemplo, la escasez de verdaderos estudios actualizados, a la vez particulares y precisos, sobre la biografía intelectual

y la obra geográfica de los protagonistas de ese pasado—, dificultando incluso la posibilidad de fomentar la experiencia personal y directa —quizá la única que merece la pena— que proporciona la lectura reflexiva y crítica de nuestros antecesores. Lo cual me parece bastante preocupante porque, según creo, no hay razones para suponer que en el quehacer geográfico —sea docente o investigador— deja de ser válida la opinión que Goytisolo ha propuesto para otros mundos intelectuales: es difícil concebir la realización de algo vivo y auténtico “sin un conocimiento de las grandes creaciones del género, es decir, sin haber asimilado plenamente las rupturas, incursiones y hallazgos” (Goytisolo, 1985: 52).

Ese conocimiento y esa asimilación —que es asimilación y conocimiento de la propia tradición— requieren, de entrada, poner en cuarentena los lugares comunes al uso. Los más arraigados en los últimos tiempos creo que han sido, por lo que a la interpretación del pasado geográfico se refiere, los respectivamente auspiciados por los horizontes positivistas y marxistas. Entiendo ambos en sentido amplio, como denominadores comunes de posturas que, a pesar de sus posibles diferencias internas —ni hay un solo “positivismo” ni hay un solo “marxismo”—, manifiestan un cierto aire de familia.³ Sé que en nuestros días, entre las personas normalmente constituidas intelectualmente, crece la desconfianza hacia las restrictivas y sesgadas reconstrucciones del pasado que esos dos horizontes nos han sabido deparar; pero estimo también que tales reconstrucciones han sido hasta hace bien poco predominantes en nuestro campo del conocimiento y no estoy seguro de que los generalizados equívocos y prejuicios que han puesto en circulación estén hoy mismo debidamente erradicados. Sea como fuere —y no faltan, sea dicho de pasada, escritos geográficos de última hora que tienen el don de abonar esa inseguridad—, considero conveniente detenerme unos instantes en las más gruesas tergiversaciones

³ A la caracterización general de ambos horizontes en relación con el conocimiento geográfico me he referido anteriormente en (1986a). Concepción analítica y concepción marxista de la geografía: las razones de una polémica. En AAVV, *Geografía y marxismo* (pp. 23-46). Universidad Complutense de Madrid.

que, a mi entender, han avalado ambas perspectivas en lo que atañe a la interpretación de la trayectoria de la Geografía.

Tienden las reconstrucciones de filiación positivista que proliferaron con el advenimiento de la denominada Geografía “cuantitativa” a operar por reducción: suelen presuponer que el único conocimiento válido es el conocimiento estrictamente científico.

Como en el tropo que en retórica se conoce con el nombre de sinécdoque, el todo (el conocimiento) se reduce a una de sus partes (la ciencia, entendida aquí además en términos positivistas). La ciencia es la razón; lo que queda fuera de ella es el mundo de las tinieblas, el universo de la sinrazón. Todo lo que no se atiene —y en el dominio del conocimiento geográfico (pasado o presente) no es poco— a los estrictos dictados de ese canon científico viene a ser considerado aproximadamente indigno y espurio. A veces se habla de ello con cierta conmiseración o con tono despectivo: puede ser lo “mítico”, lo “metafísico”, lo “precientífico”; es, de hecho, aquello que todavía no ha logrado el alto estatuto exclusivamente reservado a la ciencia. A ésta le importan las leyes generales, los sistemas universales, las explicaciones formales, las deducciones lógicas: nada quiere saber de todo lo otro. Desoyendo las sugerencias del mismísimo Wittgenstein (Muguerza, 1977: 47-50) —el Wittgenstein “postpositivista” que advierte que el razonamiento científico no es más que una parte del mucho más amplio y complejo conjunto del razonamiento—, la óptica positivista propende a sobrevalorar abusivamente la ciencia y a menospreciar, no menos abusivamente, todo lo demás. Las incursiones en el pasado geográfico directa o indirectamente influidas por esa óptica no se libran del equívoco: el científicismo del esquema interpretativo de cuño positivista procura negar el derecho a la palabra a todos los que no encajan en sus angostas coordenadas.

De esa manera se ha podido acumular —para referirme a casos sobradamente conocidos— las descalificadoras imágenes de la Geografía regional o de la Geografía del paisaje. Más que el resultado de un diálogo polémico —e intelectualmente respetuoso— con esos modos de conocimiento geográfico, tales imágenes parecen a menudo simples secuelas de

la imposición inflexible de un prejuicio. Un prejuicio cuya presencia se puede rastrear sin demasiadas dificultades en obras tan nombradas —y tan influyentes en su momento, dentro y fuera de las esferas “conscientemente” positivistas— como la de Schaefer o las de Bunge y Harvey de los años setenta (Schaefer, 1974; Bunge, 1962.; Harvey, 1983). Luego, como suele suceder, el modelo original tendió a degradarse y a difundirse entre toda suerte de neoconvertos o simples aspirantes a “estar al día”. El prejuicio, además de serlo, se vulgarizó y llegó a formar parte de las inercias colectivas de la profesión: salvo contadas excepciones, se acordó descreer de los afanes regionales o paisajísticos del conocimiento geográfico —los más despiertos habían oído decir a alguien que eran “precientíficos” o “científicamente” inviables— y se dijo enfáticamente que la Geografía tenía que ser una ciencia o no ser. En consecuencia, todo lo que en el pasado sonase a “no científico” —incluyendo, claro está, algunos de los mejores logros intelectuales y culturales de nuestros antecesores— podía ser ignorado o contabilizado como demérito. Que de esa forma quedase gravemente mutilado Humboldt o que Hettner o Vidal de la Blache fuesen reducidos a la condición de meros propagadores de pueriles falacias no parecía preocupar excesivamente. La Geografía debía ser científica, aunque para ello hubiese que prescindir de una parte sustancial del legado efectivo de nuestro pasado. No es ésta una vía que me parezca acertada para facilitar la reflexión crítica sobre la propia tradición geográfica: y no es, en consecuencia, la que estoy personalmente dispuesto a emprender.

No son de menor entidad ni menos frecuentes los equívocos arrastrados por las reconstrucciones del pasado geográfico que ha sido capaz de depararnos el horizonte marxista. Además conviene tener en cuenta que, en este caso, la vocación “histórica” es menos ocasional y más decidida que en el talante positivista. No ignoro la vasta pluralidad de ramificaciones del marxismo que se han sucedido desde su fundación decimonónica, ni su poco menos que prodigiosa labilidad para intentar cubrir cualquier flanco del pensamiento o cualquier manifestación —por desafiante que pueda mostrarse— de los hechos: “El elástico de la dialéctica” —escribe Octavio Paz— “cambia de forma y de tamaño según las necesidades de la

discusión” (Paz, 1984: 130). Las comunidades marxistas —advierde Víctor Pérez Díaz— “pueden adherirse a un marxismo estructuralista, hegeliano, funcionalista, fenomenológico, existencial, cristiano, musulmán, etc. [...]. Esta capacidad casi universal de metamorfosis —añade— sugiere una identidad débil, como la de un actor demasiado versátil” (Pérez, 1984: 98). Algo de esa variedad es posible distinguir en nuestro campo, pero —aun sin negarla— me parece que ha abundado, en general, un cierto sesgo también científicista —o criptocientíficista— que en sus peores momentos contrajo onerosas deudas con la férrea sistemática urdida por autores como Althusser o Castells.

El prejuicio que ese sesgo comporta consiste, dicho sucintamente, en suponer que existe una “verdadera” forma de conocimiento —el apoyado en los “científicos” o, cuando menos, sumamente “rigurosos” postulados teóricos y metodológicos del marxismo— frente a la que palidecen o manifiestan su inherente e inevitable “miseria” todas las demás. Siguiendo en esto fielmente los modos retóricos del fundador (ibídem), tal prejuicio propende a encasillar cualquier razonamiento distinto —“perturbador” y “enemigo”— en los apartados que la nueva escolástica designa con los estigmatizadores rótulos de “ideología” o “idealismo”, plagados siempre, por lo demás, de oscuros y reprobables intereses. Las visitas realizadas al pasado geográfico con semejantes propensiones dogmáticas han sido fecundas en los resultados que cabía esperar: han detectado en ese pasado —me limito a recordar, a título de ejemplo elocuente, las interpretaciones históricas a lo Rodolphe de Koninck o a lo Massimo Quaini (De Koninck, 1982: 505-520; Quaini, 1981)— un variado surtido de “mistificaciones”, “manipulaciones”, “fetichismos”, “instrumentalismos”, “traiciones de los hombres” y simples y llanas “sumisiones al poder”.

Con mayor o menor virulencia verbal, el prejuicio cundió bastante —y no sólo en los ambientes explícitamente marxistas; también en otros círculos que querían ser “críticos”,⁴ y hasta en algunos que no parecían

⁴ Nota eds. Desde el punto de vista de Ortega, la presencia desde los años cincuenta de lo que él denomina “nuevas geografías”, “que alentaron, entre otras cosas, una intención de

querer serlo tanto— y, a ratos incólume y a ratos adornado con variopintos maquillajes, dejó sentir cumplidamente el meollo de su esquemático proceder: un proceder que se aproxima bastante al objetivo —denunciado hace algún tiempo por Sartre— que “consiste en hacer encajar los acontecimientos, las personas o los actos considerados en moldes prefabricados [...]. El método —sigue el mismo autor— se identifica con el Terror por su negativa inflexible a *diferenciar*; su objetivo es la asimilación total al menor coste posible” (Sartre, 1977: 35). De esa manera —puesta en práctica con mayor o menor extremosidad— se contribuyó a difundir el peligroso equívoco que consiste en sustituir la crítica intelectual por el juicio de intenciones sentenciado de antemano, en abonar la peregrina creencia de que se puede negar la carta de ciudadanía geográfica a todo lo que —en el pasado o en el presente— sea susceptible de ser considerado ideológico

ruptura con lo que había sido la tradición geográfica moderna, iniciada en el siglo XIX y actualizada y reforzada, en la primera mitad del XX, por las escuelas de signo regional. Las nuevas geografías, sobre todo las cuantitativas y las radicales, ofrecieron una crítica muy severa de la geografía tradicional, la geografía clásica, con especial énfasis en sus enfoques regionales. La acusaron de no ser científica, de ser meramente subjetiva, de no ser un saber comprometido con las realidades circundantes. Todas esas andanadas críticas y descalificadoras, acogidas con entusiasmo por algunos medios universitarios, supusieron un cierto descrédito de los puntos de vista clásicos e introdujeron cierto grado de inseguridad en sus practicantes. Ante la acometida de las desafiantes nuevas geografías, no exentas del maniqueísmo intelectual que suele acompañar a las novedades de esa índole, algunos geógrafos clásicos, a menudo con una trayectoria investigadora admirable, comenzaron a mostrar algunos síntomas de desmoralización [...] el hilo argumental que había identificado a la geografía desde principios del siglo XIX se había roto de repente, se había visto quebrado por el ataque de los nuevos puntos de vista. Y la incertidumbre creada por esa situación se vio acompañada de otro efecto simultáneo: la creciente fragmentación de la práctica geográfica, la proliferación de corrientes y tendencias, adscritas a variadas opciones científicas e ideológicas, a menudo ajenas a las claves hasta entonces constituyentes de su tradición moderna” (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

o idealista. Nada me parece menos cierto: creo, por el contrario, que esos esquemas tan propensos al dogmatismo no hacen sino dificultar u obstaculizar peligrosamente la aproximación reflexiva a una tradición geográfica que se muestra bastante compleja y bastante más rica de lo que las sesgadas interpretaciones emanadas de aquéllos, quieren hacernos pensar.

Alguien ha dicho, que en nuestro tiempo “todos somos, de alguna manera, marxistas” (Paz, 1984: 37). Con no menos razón podría decirse también que en nuestro tiempo todos somos, de alguna manera, positivistas. Quizá sean inevitables ambas cosas: no me parece inevitable, sin embargo, cerrar los ojos ante los gruesos despropósitos que con frecuencia conllevan esos dos horizontes. Y entre esos dos despropósitos se encuentran las arbitrarias y exclusivistas falsillas interpretativas que han tendido a esgrimir cuando se han aproximado a la “valoración”—histórica o actual— del conocimiento geográfico.⁵ Creo, además, que rechazar abiertamente, y desde

⁵ Nota eds. En los años ochenta, cuando Ortega escribió este libro, desde su punto de vista, la credibilidad de las “nuevas geografías” (cuantitativa y la crítica) estaba ya muy mermada. “Se había pasado de unas actitudes iniciales más bien adánicas, con los impulsores de esas orientaciones asegurando que iban a proporcionar a la geografía planteamientos enteramente nuevos, planteamientos definitivos, plenamente científicos o enteramente comprometidos. Pero el paso del tiempo hizo ver que los resultados obtenidos distaban mucho de los ambiciosos anhelos fundacionales. Lejos de ofrecer soluciones generales para el conocimiento geográfico, superando los problemas y las limitaciones que achacaban al horizonte anterior, la mayor parte de los cultivadores de las nuevas geografías ofrecieron visiones parciales que a veces, no siempre, entrañaron algunas aportaciones de interés, pero sin llegar a satisfacer las expectativas de los primeros momentos [...] La verdad es que en esos años no había mucho optimismo entre los geógrafos más interesados por la situación de la geografía. Harvey, por ejemplo, habló del hundimiento de la seguridad del escudo positivista. Y podríamos poner muchos otros ejemplos de geógrafos de diversas adscripciones intelectuales que se refirieron, en términos no precisamente optimistas, al decaimiento de las certidumbres que animaron en sus comienzos las ‘nuevas geografías’. Debilitados en buena medida los planteamientos de la geografía clásica, las orientaciones rupturistas disolvieron sus pronunciamientos

el principio, la más leve insinuación favorable a tales tergiversaciones, o condescendientes de mejor o peor grado con ellas, es uno de los requisitos que deben presidir no sólo cualquier intento de diálogo con la propia tradición, sino asimismo cualquier actividad docente o investigadora que no quiera convertir la pereza intelectual en cláusula de estilo. Y si todavía queda alguien dispuesto a entretenernos negando la validez del pasado o del presente aduciendo que es “acientífico” o “idealista” o “precientífico” o “ideológico”, bien se le puede proponer cierta réplica referida por Thomas de Quincey y recordada por Borges: “A un caballero, en una discusión teológica o literaria, le arrojaron en la cara un vaso de vino. El agredido no se inmutó y dijo al ofensor: *Esto, señor, es una disgresión; espero su argumento*” (Borges, 1978b: 158).

iniciales en un número creciente de intentonas más bien disgregadoras. Se hacían cosas interesantes, desde luego, pero los resultados obtenidos estaban lejos de ofrecer una imagen unitaria, intelectualmente coherente, del horizonte geográfico” (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

Objeto y sujeto

Sugiere Stephen Toulmin que la “continuidad” de un determinado campo del conocimiento debe buscarse “en los *problemas* con que se enfrentaron generaciones sucesivas” de sus practicantes, y añade que esos problemas “no debemos especificarlos tanto en términos de una sola o un solo grupo de cuestiones inmutables, sino más bien como una *genealogía* continua de problemas” (Toulmin, 1977: 158). Quienes se han ocupado, en nuestro campo, de los contenidos históricos de la Geografía moderna —al modo, por ejemplo, de Hartshorne, Pattison, James o Hard (Hartshorne, 1961; Pattison, 1964: 211-216; Preston, 1972; Hard, 1973)— han encontrado varias genealogías de problemas. Horacio Capel se ha referido a algunas de esas interpretaciones y ha propuesto, a la vista de las mismas, unas cuantas resultantes que no resumen mal los sentidos convergentes y complementarios de las respectivas clasificaciones: a lo largo de la historia de la Geografía moderna es posible distinguir hasta seis grandes perspectivas genealógicas centradas en lo “físico”, lo “corológico”, lo “ecológico”, lo “paisajístico”, lo “espacial” y lo “social” (Capel, 1982: 256-260). Esas perspectivas condensan, según el mismo autor, las principales definiciones del conocimiento geográfico simultánea o sucesivamente formuladas.

El esquema ofrecido por este tipo de sistematizaciones es, desde luego, sencillo, pero presenta algunos inconvenientes. El primero de ellos —del que se hace eco el propio Capel— es que, de hecho, esas genealogías aparecen intensamente imbricadas: no es posible, en rigor, separar tan

nítidamente unas de otras cuando se considera detenidamente el comportamiento interno de la Geografía. El segundo inconveniente me parece todavía más importante: esas clasificaciones de las trayectorias históricas del conocimiento geográfico se encuentran exclusivamente basadas en el objeto de estudio. Omiten las referencias al *sujeto* de ese conocimiento, a las actitudes “epistemológicas” que los propios geógrafos han puesto en juego a la hora de enfrentarse su quehacer. No creo que la omisión sea insignificante: considero, por el contrario, que la mera referencia al objeto produce dificultades cuando se trata de entender el sentido de la tradición geográfica. No debe obviarse, en mi opinión, el entendimiento concreto y subjetivo de la propia actuación cognoscitiva que los geógrafos han desplegado en cada momento. Tan importante como el objeto me parece el sujeto del conocimiento geográfico: su forma de concebir el razonamiento geográfico y los ingredientes de todo tipo que considera lícito movilizar en la empresa. Si no solamente, la Geografía ha sido y es también “un punto de vista”, por injusta e injustificadamente despectiva que haya solido ser en los últimos tiempos la calificación concedida a tal posibilidad.

Puede que la excesiva preeminencia atribuida al objeto tenga algo que ver —y no siempre voluntariamente— con ciertas filtraciones del prejuicio cientificista. La Geografía ha entrañado y entraña *modos* de razonamiento —algo sutilmente distinto del consabido asunto de los “métodos” o, según otros, del “método”—, ha practicado y practica formas variadas y complejas de acercamiento a lo que considera sus objetos. Me interesan particularmente esos modos y esas formas, con todo lo que en cada momento conllevan. Desconfiando de los ajustados mosaicos sistematizadores contruidos *a posteriori*, me parece importante intentar captar el sentido de ese “saber ver” patente en la mejor tradición geográfica. No considero desacertada la opinión razonadamente distinta sostenida por Eduardo Martínez de Pisón —a despecho de “las pretensiones científicas contemporáneas”— acerca del “saber ver” que el conocimiento geográfico comporta y acerca de la equívoca crítica a la que se ha visto sometida en tiempos próximos “la vieja e inteligente frase de que la geografía era un punto de vista” (Martínez de Pisón, 1978: 765). Procuraré seguidamente

esbozar lo que, a mi entender, sugiere la propia tradición geográfica respecto de ese “saber ver”, sobre ese “punto de vista”. Procuraré esbozar, en suma, cómo creo que ha venido actuando “epistemológicamente” el sujeto del conocimiento geográfico a lo largo del periodo que constituye nuestra modernidad. Puede que recorriendo ese camino —que ni es excluyente ni pretende serlo— se consiga alguna claridad para comprender la razón de ser de esa modalidad de conocimiento.

El entendimiento analógico del mundo

Los orígenes de la Geografía moderna coinciden con los del movimiento romántico. Aun sin eludir el papel desempeñado por la Ilustración como valioso anticipo de algunos de sus rasgos —lo ha estudiado con cierto detenimiento Numa Broc (Broc, 1974)—, creo que la cabal configuración inaugural de la tradición geográfica moderna se produce de la mano de Alexander von Humboldt y de Carl Ritter (Gómez et al., 1982: 19-31).⁶ Tal configuración se encuentra en buena medida asociada al entendimiento de lo geográfico —de la naturaleza y del paisaje— postulado por la modernidad romántica. No me parece justificado reducir lo romántico a simple ingrediente menor —y más o menos “perturbador”, según sea el enfoque en cada caso practicado— de los primeros pasos de la Geografía moderna: considero que la imbricación es mucho más profunda y que no debe desdeñarse o minusvalorarse la vigorosa y fecunda presencia de la óptica romántica en el horizonte cognoscitivo de los protagonistas de esos primeros pasos. No es fácil dialogar con las propuestas de Humboldt o de Ritter ignorando esa circunstancia. Y aún más: quizá el hecho de tenerla en cuenta pueda ayudar a encontrar algunos signos inspiradores de ciertas

⁶ Escribo Carl Ritter (y no Karl) porque, como ha recordado Nicolas-Obadia, esa era la grafía preferida y usada de hecho por el propio autor: cfr. Nicolas-Obadia, G. (1981). Paul Vidal de la Blache entre la filosofía francesa y la geografía alemana (L. Urteaga, Barcelona, trad.). *Geo-Crítica*, 35, p. 8. Universidad de Barcelona.

intenciones y de ciertas actitudes —de ciertos puntos de vista— que recorren la parte que estimo más viva y auténtica de la anterioridad —acaso también de la actualidad— del conocimiento geográfico.

Es el romántico un modo de ser complejo y plural que comporta, entre otras muchas cosas, renovados modos de ver, de pensar y de sentir. Octavio Paz ha hablado, con agudeza y penetración admirables, de la estatura verídica del romanticismo y de la esencial y sostenida influencia de sus mayores hallazgos en el dinámico panorama cultural de la modernidad (Paz, 1981). Los fundadores de la tradición geográfica moderna —alemanes, y relacionados gracias a ello tempranamente con uno de los focos más potentes y genuinos del espíritu romántico— no se mostraron insensibles ni a esa estatura ni a esos hallazgos. Una y otros entrañan aspectos que tienen que ver estrechamente con el entendimiento de lo geográfico. El romanticismo quiere regresar a un tiempo primigenio —el tiempo original que se enfrenta al tiempo futuro de la escueta razón histórica— y de ese regreso forma parte el descubrimiento moderno de la naturaleza y del paisaje. Se modifica así sustancialmente la sensibilidad hacia lo geográfico, surgen formas distintas de percibirlo y de comprenderlo. También aquí entra en juego lo que sin duda constituye un nuevo modo de acercamiento a la naturaleza, un nuevo modo de ver, pensar y sentir el paisaje.⁷

La columna vertebral de la nueva perspectiva es precisamente el decidido resurgimiento de la *analogía*. Procede ésta de una tradición muy antigua —recogida por el neoplatonismo renacentista y transmitida por corrientes herméticas o heterodoxas que la aproximan hasta la modernidad decimonónica— y sostiene “la visión del universo como un sistema de correspondencias”. Es una visión que se opone a las pretensiones analíticas y disociadoras del racionalismo. “La idea de la correspondencia universal —escribe Octavio Paz— es probablemente tan antigua como la sociedad humana. Es explicable: la analogía vuelve habitable al mundo. A la con-

⁷ He dedicado recientemente artículos a comentar y valorar este nuevo modo de entendimiento de lo geográfico auspiciado por el romanticismo en Ortega, 1985a: 7; 1985b: 6; 1986b: 6; 1986c: 6.

tingencia natural y al accidente opone la regularidad; a la diferencia y a la excepción, la semejanza. El mundo ya no es un teatro regido por el azar y el capricho, las fuerzas ciegas de lo imprevisible: lo gobiernan el ritmo y sus repeticiones y conjunciones. Es un teatro hecho de acordes y reuniones en el que todas las excepciones, inclusive la de ser hombre, encuentran su doble y su correspondencia. La analogía es el reino de la palabra *como*, ese puente verbal que, sin suprimirlas, reconcilia las diferencias y las oposiciones”. Y esa visión analógica, esa afirmación de las correspondencias universales “no vive sino gracias a las diferencias: precisamente porque esto *no* es aquello, es posible tender un puente entre esto y aquello. El puente es la palabra *como* o la palabra *es*: esto *es como* aquello, esto *es* aquello. El puente no suprime la distancia: es una mediación; tampoco anula las diferencias: establece una relación entre términos distintos. La analogía es la metáfora en la que la alteridad se sueña unidad y la diferencia se proyecta ilusoriamente como identidad. Por la analogía el paisaje confuso de la pluralidad y la heterogeneidad se ordena y se vuelve inteligible; la analogía es la operación por medio de la que, gracias al juego de las semejanzas, aceptamos las diferencias. La analogía no suprime las diferencias: las redime, hace tolerable su existencia. [...] Al mundo moderno de tiempo lineal y sus infinitas divisiones, al tiempo del cambio y de la historia, la analogía opone, no la imposible unidad, sino la mediación de una metáfora” (Paz, 1981: 10, 102, 109-110).

El hombre —el sujeto— no es ajeno a ese sistema de correspondencias universales. El hombre participa de ellas: la analogía es el espejo que permite reflejar su propia conciencia individual. Toda cosa se corresponde con otra, cada cosa puede verse como la metáfora de otra cosa: entre la interioridad y la exterioridad del sujeto funciona siempre la analogía, entre la subjetividad y la objetividad —el mundo exterior al sujeto— cabe también la mediación metafórica. Y es justamente ese entendimiento analógico el que el romanticismo propone practicar ante la naturaleza y el paisaje. La mirada y lo mirado compenetran: la distancia y la diferencia entre sujeto y objeto encuentran el puente mediador de la visión metafórica que los relaciona estrechamente. Para ello no es

suficiente el lenguaje de la estricta racionalidad: la analogía apela directamente —también cuando atañe a la naturaleza y al paisaje— a la sensibilidad y a la pasión, requiere ejercitar consumadamente el lenguaje de la imaginación. Naturaleza y paisaje pueden así interiorizarse. El paisaje pasa a ser —lo ha recordado Eduardo Martínez de Pisón a propósito del *Oberman* de Senancour (Martínez de Pisón, 1985: 10)—⁸ un estado de conciencia: “Cualquier paisaje —dejó escrito Amiel en su *Diario*— es un estado del alma, y quien lea en ambos quedará maravillado al encontrar semejanzas en todos los pormenores” (Amiel, 1976: 40).

Son esas semejanzas —esas profundas y sutiles correspondencias— las que la visión analógica del romanticismo desentraña en la naturaleza y el paisaje. A ellas se refiere asimismo Victor Hugo —el Victor Hugo dotado de aquellas cualidades de “consumado paisajista” que admiró Baudelaire (Baudelaire, 1962: 737)— en alguno de los relatos de sus experiencias viajeras: “todas las partes de la naturaleza, incluso las más dispares a primera vista, se relacionan entre sí por una infinidad de armonías secretas”. Sin perder de vista esas secretas armonías, esos “hilos invisibles de la creación” surgidos del telar de la analogía, esas correspondencias que conciernen e implican al propio sujeto, se adentra Victor Hugo en el “gran drama del paisaje”, sin retroceder ante todo lo que “de vago, de sobrenatural y de imposible” pueda depararle. “Vengo del mar —escribe en pleno Pirineo— y estoy en la montaña. No es, por decirlo así, más que cambiar de emoción. Las montañas y el mar hablan al mismo lado del espíritu”. El mar es el “magnífico y eterno espectáculo” que no se cansa de contemplar. “Sobre la montaña —dice— el alma se eleva, el corazón se purifica, el pensamiento participa de esta paz profunda” (Hugo, 1984: 94, 101, 161, 162).

De ese modo consigue el romanticismo ante la naturaleza y el paisaje el sueño de la unidad de la alteridad y la ilusión de la identidad de la diferencia de los que habla Octavio Paz. Lo supo comprender certeramen-

⁸ La obra a la que se refiere ese artículo es Didier, B. (1984). *Senancour, Etienne Pivert de: Oberman. Edition établie, présentée et annotée par Béatrice Didier*. Librairie Générale Française.

te Alexander von Humboldt: “Todo cuanto nuestros sentidos perciben vagamente —escribe en su magnífico *Cosmos*—, todo cuanto los parajes románticos presentan de mas horrible, puede llegar á ser para el hombre manantial de goces; su imaginación encuentra en todo medios de ejercer libremente un poder creador. En la vaguedad de las sensaciones, cambian las impresiones con los movimientos del alma, y, por una ilusión tan dulce como fácil creemos recibir del mundo exterior lo que nosotros mismos sin saberlo hemos depositado en él” (Von Humboldt, 1874-1875: 5-6). El mundo exterior y el interior quedan, en verdad, anudados en el entendimiento analógico. El segundo penetra en el primero siguiendo el cauce de las correspondencias universales que la imaginación capta vívidamente. La naturaleza y el paisaje se cargan de sentido, la mirada descubre en ellos contenidos simbólicos relacionados metafóricamente con el signo de la propia conciencia del sujeto. La analogía afirmada por el romanticismo horada la separación que algunos acostumbran a distinguir entre subjetividad y objetividad: lo de fuera y lo de dentro se funden en la actitud de quien es capaz de percibir y comprender el vasto y oculto entramado de las correspondencias universales del Todo. Es el nexo entre “paisaje exterior” y “paisaje interior” del que habló diestramente Victor Hugo (Hugo, 1984: 73).

El punto de vista de la Geografía moderna

La influencia cultural del romanticismo ha sido profunda y dilatada. No escaparon a ella ni los círculos científicos dedicados al estudio de lo natural, ni aquellos otros que —a menudo deseosos de participar de los afanes proclamados por la ciencia— se ocuparon directamente del conocimiento de lo histórico, lo humano y lo social. No hace falta estar de acuerdo con la tajante y extremosa opinión de Abbagnano —la que sostiene que el positivismo, tanto en su versión “social” al modo de Saint-Simon, Comte o Stuart Mill, como en su versión “evolucionista” al modo de Spencer, “es una parte integrante del movimiento romántico del siglo XIX” (Abbagnano, 1982: 236)— para valorar como es debido la presencia del ideario romántico en esos variados campos. Ese ideario se alejaba decididamente —y es éste un aspecto que me interesa resaltar— de la unilateral primacía otorgada a la Razón “científica” inmutable por las concepciones ilustradas: la visión analógica se muestra escasamente propensa a aceptar sin más las segregadoras pretensiones de objetivación declaradas por esa forma de racionalidad. El aire distintivo de la modernidad romántica se relaciona precisamente con su rechazo del excluyente primado del objeto y de la traducción literal del mismo que tal racionalismo se empeña en fomentar. El umbral de lo moderno viene señalado por la emergencia del sujeto vigorosamente auspiciada por el movimiento romántico: lo moderno empieza a manifestarse, según Gouldner, cuando, ante la pregunta acerca de la entidad de aquello que distingue a lo humano, “el Romanticismo

no responde refiriéndose a la eterna capacidad humana de la razón y la racionalidad universal, sino, en cambio, a su originalidad creadora, a su exclusiva capacidad de sentir y soñar” (Gouldner, 1973: 311).

El sujeto que conoce no permanece ahora pasivo ante el objeto, no se limita a transcribirlo o reflejarlo siguiendo códigos externos e inmutables; se empeña, por el contrario, en sentirlo, imaginarlo, recrearlo y comprenderlo. Prefiere la convicción interna y el ejercicio creador a la norma común y ajena. La actitud del sujeto romántico no desconoce —lo ha advertido convincentemente Octavio Paz (Paz, 1981)— ni la ironía, en el sentido schlegeliano del término, ni la crítica. Por todo ello le parece a Gouldner el romanticismo —aun sin olvidarse de recordarnos el peligro que puede correr de convertirse en lo que denomina “un subjetivismo vulnerable al irracionalismo y al antiintelectualismo”— “un punto de vista *emancipador*”, opuesto críticamente a la tentación “cosificadora” que suele acechar al estricto objetivismo racionalista. Y el mismo autor ha señalado, en el terreno del conocimiento sociológico, la impronta romántica —singularmente notable en el ámbito de pensamiento alemán— y sus no desdeñables consecuencias de índole metodológica, ontológica y epistemológica. “En razón de la importancia que atribuyó a lo subjetivo e interior —escribe Gouldner sobre el romanticismo—, de la significación que otorgó a las ideas, los valores y las visiones del mundo, fue una fuente básica del interés por los puntos de vista subjetivos y fenomenológicos, y de la resistencia a la aplicación de los modelos mecanicistas de la física y las concepciones externas de la causalidad al estudio de los mundos sociales” (Gouldner, 1973: 312-313, 332).

En el campo del conocimiento geográfico moderno, la presencia del ideario romántico no es ni menos patente ni menos fecunda. Comenzando por los fundadores, la lectura atenta de los textos de Humboldt y Ritter ofrece sobradas muestra de esa presencia. No se trata, desde luego, de afirmar que renunciaron a ensayar la vía de la racionalidad científica: ninguno de los dos se confunde, en ese sentido, con los más destacados exponentes románticos de una poética capaz de volver la espalda ante cualquier insinuación procedente de la ciencia. Pero tampoco me parece

cierto lo contrario: la búsqueda del horizonte científico no les impidió incorporar simultáneamente —y no como simple accesorio marginal o decorativo— la visión subjetiva y analógica que configura la médula del talante romántico. Ninguno de los dos parece dispuesto a renunciar, en aras de cualquier excluyente objetivismo avalado por cualquier escueto racionalismo, a los complejos y multifacéticos derechos del sujeto del conocimiento geográfico. No es casual la convicción de Humboldt sobre lo que considera un logro irrenunciable del conocimiento humano: “por el progreso de la inteligencia se unieron la ciencia y la poesía compenetrándose cada vez más” (Von Humboldt, 1874-1875: 4).

Cuando se ha intentado aplicar al razonamiento geográfico suscrito por Humboldt o por Ritter alguna modalidad de clasificación convencional —por ejemplo, las apoyadas en las conocidas y no siempre aclaratorias dicotomías que separan el “positivismo” del “historicismo” o lo “explicativo” de lo “comprensivo”—, ha solido plantearse el delicado problema de decidir sobre el lugar que conviene para su encasillamiento. La decisión ha variado de unos casos a otros y ha dependido con frecuencia de las pretensiones “demostrativas” del clasificador. La verdad es que, planteado en esos términos, el problema dista poco de resultar irresoluble, a menos que se ampute gravemente —lo que no ha dejado de hacerse en ocasiones— la obra de ambos autores. Pero acaso se trata, bien mirado —o mirado con ópticas menos reductoras y dicotómicas—, de un falso problema que, corroborando la opinión de Borges acerca de los falsos problemas, tiene el demérito “de promover soluciones que son falsas también” (Borges, 1979b: 35). Me parece más interesante reflexionar sobre el sentido plural y convergente de esa obra, sobre sus amplias e inseparables dimensiones cognoscitivas —objetivas y subjetivas, científicas y metacientíficas—, que someterla a dudosas disecciones segregadoras que amenazan con tergi-versar o romper su valiosa vertebración interna.

En marzo de 1793, desde Berlín, escribe Wilhelm von Humboldt una carta a Karl Gustav von Brinkmann, en la que habla de su hermano Alexander. Pueden leerse en ella cosas como las siguientes: “Una restauración total de las ciencias y, más aún, del esfuerzo humano en general es

necesaria desde hace siglos, y esta necesidad crece con cada año que pasa. [...] Para dicha restauración, lo que más importa es introducir unidad en todo afán humano y mostrar que esta unidad es el propio individuo y, concretamente, el individuo interior, y describir al individuo como quien actúa sobre lo exterior y sobre quien todo lo exterior actúa [...]. De todo aquello que ejerce influencia sobre el hombre, lo más importante es, de hecho, la naturaleza física, y esta influencia es tanto mayor cuanto que sus causas no son desconocidas [...]. Es el caso, sin embargo, que dicho estudio no ha sido tratado nunca todavía en esta forma, y la forma de influir sobre el individuo a la que aquí me refiero ni siquiera se conoce aproximadamente en su género. Y enlazar luego el estudio de la naturaleza física con el de la naturaleza moral y empezar en realidad por llevar al universo tal como lo conocemos la verdadera armonía, o bien si esto rebasa las fuerzas de un solo hombre preparar el estudio de la naturaleza de tal modo que aquello resulte posible y este segundo paso se haga más fácil, de esto, digo, sólo me ha parecido capaz, de todas las mentes que conozco de la historia y de mi experiencia personal, mi hermano. Y lo que es más, lo mismo da, prácticamente, de qué manera él practique sus estudios y hacia dónde los oriente, porque es el caso que todo lo que trata, sea lo que sea, le conduce —esto lo he observado yo a menudo— a tal punto de vista indicado” (cit. en Beck, 1971: 58-59).

La unidad en todo afán humano —en todo conocimiento humano, si se quiere— que se identifica con el individuo interior, el sujeto que actúa sobre el mundo exterior y recibe al tiempo su influencia, la relación entre naturaleza física y naturaleza moral, la idea de la verdadera armonía universal: esos son algunos de los pilares que sostienen el punto de vista de Alexander von Humboldt. Un punto de vista que está lejos de conformarse con la escasa libertad de movimientos que cabe esperar del objetivismo racionalista. Y un punto de vista que no parece arredrarse frente a la posibilidad de ejercitar todas las facultades y capacidades subjetivas necesarias para llegar a comprender cabalmente el sentido de las correspondencias universales que articulan el Todo. Es, en suma, el punto de vista, que se despliega en todos sus escritos y en todas sus actitudes:

basta recordar, a título de ejemplo, sus *Cartas americanas*, sus *Cuadros de la Naturaleza* —la obra que tanto debe al entendimiento de la naturaleza y del paisaje sugerido por hombres como Goethe o Forster, la obra tan próxima a ciertas concepciones filosóficas de Herder y de Schelling— o, finalmente, su *Cosmos* (Von Humboldt, 1980; 1876; 1874-1875).

Lo esencial de esa perspectiva aparece asimismo en el caso de Ritter: para éste —influido por las formulaciones de pensadores como Fichte, Schlegel y Schelling; familiarizado también con los postulados del formalismo neoplatónico— ni es menos importante el entendimiento de las correspondencias universales ni menos decisiva la visión subjetiva para acceder a ese entendimiento. “El hombre —escribe Ritter— es lo más grande que se conoce en la naturaleza. Es su mirada la que concede a la naturaleza su existencia y le proporciona su elevada significación” (Ritter, 1974: 54). Y es precisamente esa mirada la que puede aprehender adecuadamente la existencia y la significación de las correspondencias —del entramado analógico— que permiten hablar, como hablan Ritter y Humboldt, del Todo armónico. De ese Todo cuya “esencia” debe saber “captar” y “comprender” —esos son los términos empleados por Ritter— el conocimiento geográfico (cit. en Nicolas-Obadia, 1974: 9). De ese Todo que Humboldt define como “la armonía entre las cosas creadas”: el Todo “animado por un soplo de vida”. La Naturaleza es el Todo: y para “abarcar” ese conjunto “no debemos detenernos —advierte Humboldt— en los fenómenos exteriores; sino que es necesario que al menos hagamos entrever algunas de esas analogías misteriosas y morales armonías que ligan al hombre con el mundo exterior” (Von Humboldt, 1874-1875: 4). No es difícil distinguir en esas opiniones la huella del espíritu romántico.

Me parece interesante, en vista de lo anterior, comentar algunas cosas. La idea de *totalidad*, la convicción de que el conocimiento geográfico considera complejos de conexiones y relaciones diversas —entre ellas, las conexiones y relaciones entre el hombre y la naturaleza de la que forma parte— que pueden ser entendidas unitariamente, no son separables, en mi opinión, de la visión analógica, de la interpretación del universo como sistema de correspondencias que el movimiento romántico afirma. Es

la versión geográfica —la versión de la Geografía aplica, ante todo, a la aprehensión integradora de la naturaleza y del paisaje, o de sus unidades parciales o regionales— de la relación entre términos distintos que la analogía romántica advierte y la mediación metafórica hace posible. Y son precisamente esa idea y esa convicción las que configuran —lo ha reconocido, entre otros, Horacio Capel (Capel, 1982: 281)— una de las más vigorosas y continuas líneas de fuerza de la tradición geográfica moderna. Traspasan perspectivas teóricas y enfoques metodológicos diversos; acuñan lenguajes metafóricos que atraviesan —a veces manifiestos y a veces implícitos— con notoria pujanza variadas concepciones del conocimiento; constituyen, en fin, una valiosa muestra de esa “continuidad subyacente del pensamiento geográfico” de la que habló Preston James (Preston, 1972: 228).

Esa vocación de totalidad que recorre la tradición geográfica moderna se encuentra en Humboldt y en Ritter firmemente asociada a una actitud epistemológica escasamente dogmática y bastante despierta, predispuesta siempre a conceder a la subjetividad —a la activa presencia del sujeto que conoce— todos los derechos que el objetivismo le niega y el romanticismo rescata. Es el sujeto —el individuo interior, como decía Wilhelm von Humboldt— el que, con su capacidad de observar y razonar, pero también con su capacidad de sentir, de imaginar y de crear, se encuentra implicado en esa empresa. No hay pasiva separación entre objeto y sujeto: hay relación, hay compenetración. Algunos han considerado la idea de totalidad “peligrosa” —“todas las grandes ideas son peligrosas”, dijo Oscar Wilde (Wilde, 1986: 146)— y escasamente conciliable con las exigencias de la positividad científica. Es, en efecto, difícil de encajar en los escuetos moldes explicativos de la más estricta científicidad: ello no quiere decir sino que requiere para ser entendida la concurrencia de actitudes —y aptitudes— epistemológicas menos limitadas. La idea de totalidad puede ser “inexplicable” en términos formalmente científicos: no es ininteligible, no escapa al entendimiento capaz de soportar la ineludible presencia completa —no mutilada o reclusa en la pasividad— del sujeto.

Ni Humboldt ni Ritter eludieron tal circunstancia. No olvidaron la faceta científica del conocimiento geográfico: sus definiciones de ese conocimiento —las definiciones propenden desde el siglo pasado, por cierto, a no descreer del prestigio atribuido a la palabra “ciencia”, cualquiera que sea el sentido que a la misma se conceda— lo prueban sobradamente. Tampoco olvidaron advertir —y la advertencia no me parece baladí— que “la geografía no es una ciencia natural pura” (cit. en Nicolas-Obadia, 1974: 9). Dicho de otra manera: Humboldt y Ritter eran plenamente conscientes de que el conocimiento de lo geográfico —el conocimiento de la totalidad natural, paisajística o regional— reclama comportamientos epistemológicos capaces de movilizar al unísono las plurales facultades del sujeto. Porque es la propia subjetividad —no el objeto segregado e invariable— la que se encuentra ante todo comprometida en el intento. De ahí que el conocimiento geográfico sea, en rigor, un saber ver, un punto de vista. Algo que excede de la literalidad escrupulosamente científica, algo que arraiga en el feraz y más vasto terreno de la cultura.

La emergencia del sujeto —del sujeto que piensa y siente, que observa y contempla, que razona e imagina— concitada por la eclosión romántica no es ajena a la perspectiva propuesta por los fundadores de la tradición geográfica moderna. Lo que a menudo se ha considerado separado y a veces hasta opuesto —lo “científico” y lo “cultural”— aparece vívidamente imbricado en esa perspectiva. Pretender ignorarlo me parece, en el mejor de los casos, una modalidad apenas sutil de incompreensión. En el *Cosmos*, por ejemplo, se muestra magistralmente la envergadura de semejante imbricación: Humboldt quiere “llevar el orden y la luz á la riqueza inmensa de materiales que se ofrecen al pensamiento, sin despojar a los cuadros de la Naturaleza del soplo que los anima”. Quiere “hacer ver en el *Cosmos*, lo mismo que en los *Cuadros de la Naturaleza*, que la exacta y precisa descripción de los fenómenos no es absolutamente inconciliable con la pintura viva y animada de las imponentes escenas de la creación”. Quiere, en fin, “retratar vivamente una parte siquiera de lo que el espíritu humano percibe como general, constante y eterno, entre las aparentes fluctuaciones de los fenómenos del universo”.

Todo ello obliga a ejercitar actitudes epistemológicas que no excluyan las facultades ideales y sentimentales del sujeto que mira la unidad de lo geográfico, que se aproxima a la totalidad de la naturaleza y el paisaje: “La tentativa de descomponer en sus diversos elementos la magia del mundo físico —afirma Humboldt—, llena está de temeridad; porque el gran carácter de un paisaje, y de toda escena imponente de la naturaleza, depende de la simultaneidad de ideas y de sentimientos que agitan al observador. El poder de la naturaleza se revela, por decirlo así, en la conexión de impresiones, en la unidad de emociones y de efectos que se producen en cierto modo de una sola vez”. Pretende “combatir los errores que toman su origen en un vicioso empirismo y en imperfectas inducciones”. Añade, además, a renglón seguido: “Los más nobles goces que puede procurar el estudio de la naturaleza, dependen de la exactitud y de la profundidad de sus concepciones, de la extensión del horizonte que se abarca de una vez”. Y entre lo exterior y lo interior hay, según Humboldt, ocultas correspondencias que el conocimiento geográfico no debe extrañar: “La ciencia es, el espíritu aplicado a la naturaleza; pero el mundo exterior no existe para nosotros sino en tanto que por el camino de la intuición le reflejamos dentro de nosotros mismos. Así como la inteligencia y las formas del lenguaje, el pensamiento y el símbolo, están unidos por lazos secretos é indisolubles, del mismo modo también el mundo exterior se confunde, casi sin echarlo de ver, con nuestras ideas y nuestros sentimientos”.

Apela Humboldt a todas las facultades de la subjetividad, se adentra —para emplear sus propias palabras— “en las profundidades del pensamiento, del sentimiento y de la imaginación creadora”. Y, en contra de lo que ciertas opiniones recelosas o enemistadas con la experiencia científica pudieran suponer, el mejor conocimiento de los “hechos” no dificulta —más bien favorece— el debido ejercicio de esas facultades: “aquellos á quienes el prolongado e íntimo contacto con la naturaleza penetró del sentimiento de su grandeza, y que en este saludable comercio fortificaron á la vez su carácter y su espíritu, no pueden afligirse de que cada día sea más y más conocida, y se extienda incesantemente el horizonte de las ideas como el de los hechos” (Von Humboldt, 1874-1875: 7, 9, 10, 16, 60). No

estimo preciso alargar más las citas para evocar la profunda y consciente imbricación de perspectivas que pone simultáneamente en danza el punto de vista ofrecido por Humboldt —otro tanto puede decirse, con los textos en la mano, de Ritter— para entender integradoramente lo geográfico, para captar y comprender la unidad percibida en la naturaleza y en el paisaje.

Actitudes epistemológicas

Ese punto de vista —que no ha dejado de alentar, como intentaré mostrar, en el ulterior desenvolvimiento de la tradición geográfica— contiene algunas sugerencias que considero oportuno destacar. Propone, ante todo, un entendimiento del quehacer del geógrafo que, sin negar su vertiente puramente científica, se abre a otros horizontes cognoscitivos. El conocer que el geógrafo pretende incluye lo científico, pero esa inclusión no es un culto excluyente. La ciencia no queda segregada de lo demás: es una modalidad del conocimiento que nada aconseja separar de las otras modalidades —distintas, no menos dignas— que el sujeto posee y debe movilizar. Por desacostumbrados que hayamos estado en los últimos tiempos a semejantes conciliaciones, lo cierto es que lo científico y lo meta-científico se encuentran indisociablemente aunados en las intenciones y en las actitudes epistemológicas que inauguran la tradición geográfica moderna. El sujeto que conoce es también —al igual que aquello que pretende conocer— una unidad que sería insensato fragmentar: ninguna de sus capacidades cognoscitivas —ni las científicas ni las metacientíficas— puede aletargarse o embotarse sin atentar contra la misma esencia integradora —analógicamente trabada, metafóricamente vertebrada— del punto de vista elegido.

La ciencia es una barriada —la más “formal”, si se quiere— de esa densa y plural ciudad constituida por el conocimiento humano: ni es la única ni su existencia es independiente del resto del tejido ciudadano. No hay

aquí —para emplear los términos y el sentido de los mismos suscitados por Droysen (Von Wright, 1971: 23)— la oposición entre “explicación” y “comprensión” que algunos se han empeñado en rastrear. Hay, por el contrario, fusión de ambas perspectivas, profunda y continua imbricación de esas dos ópticas. Se dan la mano —y el resultado no es, ni en Humboldt ni en Ritter, decepcionante— lo empírico y lo metaempírico, la experiencia y la idealidad, la observación y la contemplación. “El hombre —como afirma Manuel de Terán— no sólo ve, sino que mira a la naturaleza” (De Terán, 1964: 442). La mirada de los fundadores de la tradición geográfica moderna es un complejo y estimulante entramado de convergencias. No hacían más que obrar en consecuencia con su propio entendimiento —igualmente integrador, igualmente convencido de la rica y armónica unidad del Todo— de lo geográfico.

Acaso no esté de más añadir que, en mi opinión, esas convergencias quedaban además favorecidas, en este caso, por la singular ubicación intermedia del conocimiento geográfico, por su privilegiado emplazamiento —arriesgado quizá, pero no por ello menos atractivo y fecundo—, doblemente abierto a las “ciencias de la naturaleza” y a lo que Ortega y Gasset proponía denominar “humanidades” (Ortega y Gasset, 1980: 18). Una posición sin duda particularmente propicia para aunar perspectivas y desechar propuestas epistemológicas limitadas o dogmáticamente unilaterales. Una posición bastante favorable para aprehender y comprender integradoramente el signo de esas correspondencias —esos “lazos secretos é indisolubles” de los que habla Humboldt— entre lo exterior y lo interior, o entre la naturaleza y el hombre si se prefiere, que la visión analógica afirma y el conocimiento geográfico asume. A pesar de sus posibles “contrastes”, no debe producirse, según Humboldt, “divorcio entre la naturaleza y la inteligencia”: el “mundo intelectual” se encuentra “comprendido en el vasto seno de la primera” (Von Humboldt, 1874-1875: 60).

No se reduce la flexibilidad integradora de la actitud epistemológica suscrita por Humboldt y Ritter —con ser ello ya bastante— a la dimensión intelectual o racional del sujeto. No es sólo el “pensamiento” —ni siquiera el pensamiento liberado de injustificadas ataduras formal-

mente científicas— lo que entra en juego: se movilizan asimismo otras facultades que, en puridad, no es deseable separar de aquella. Quien ensaya entender lo geográfico, quien se acerca a la naturaleza y al paisaje no se limita a pensar; también siente e imagina. Es más: el genuino entendimiento de las cosas —no olvidemos el ideario romántico— es indisoluble de la práctica de estas capacidades. Imaginar y sentir son modos de conocimiento: como tales deben ser atendidos y cultivados por el geógrafo. La labor del sujeto del conocimiento geográfico no es ajena —la historia de ese conocimiento proporciona sobradas muestras de ello— a la dosis de sentimiento y de imaginación, de sensibilidad y creatividad, que en cada caso sepa poner en juego. Los fundadores —y los que considero mejores ejecutores de la Geografía moderna— no han solido escatimar esas dosis: las han sabido integrar en su punto de vista. Otra cosa sería, bien mirado, traicionar —debilitando uno de sus flancos más valiosos— la voluntad de unidad, de conexión y de correspondencia, que anima al sujeto que mira lo geográfico.

Cuando Humboldt afirma la posibilidad de unir “la ciencia y la poesía” (ibídem: 4) —algo después hablaría Giner de los Ríos de la conveniencia de hermanar la geología y la estética (Giner de los Ríos, 1916: 55)— no está construyendo frases extravagantes o meramente gratuitas: está expresando una de las convicciones que cimentan su actitud cognoscitiva y su quehacer como geógrafo. Además del “pensamiento”, esa actitud y ese quehacer ponen en marcha —para seguir utilizando palabras de Humboldt— los resortes “del sentimiento y de la imaginación creadora”. Es la convicción que el mismo autor resume con meridiana claridad: “Sería desconocer la dignidad de la naturaleza humana —advierte—, y la importancia relativa de nuestras facultades, el condenar, ya la razón austera que se entrega á la investigación de las causas y de su enlace, ya el vuelo de la imaginación que precede á los descubrimientos y los suscita por su poder creador” (Von Humboldt, 1874-1875: 10, 62).

El sujeto del conocimiento geográfico debe ser capaz de observar, pensar, sentir e imaginar. Todo ello hace del punto de vista del geógrafo algo amplia y decididamente *cultural*. Su labor rebasa, sin ignorarlos, los

límites de la escueta empiricidad o de la estricta científicidad: se adentra con ánimo integrador en el más dilatado horizonte de la cultura.⁹ Es la confluencia de perspectivas —no es escisión— lo que sustenta el proceder geográfico de Humboldt y Ritter. Sin renegar en ningún momento de las posibilidades auspiciadas por la senda empírica o científica, sin descreer de las capacidades reales del conocimiento “positivo”, el signo de su horizonte epistemológico va más allá y es más fecundo y complejo: su “saber ver”, su modo de razonar y entender, su punto de vista, sus intenciones y sus actitudes cognoscitivas discurren, con todas sus consecuencias, por el ámbito feraz de la cultura. En lo que se encuentran empeñados los fundadores de la tradición geográfica moderna es, en rigor, en poner en pie una visión hondamente cultural de lo geográfico: una visión cultural —que sabe de la conveniencia de no fragmentar la viva unidad de las facultades del sujeto— de la naturaleza y del paisaje.

⁹ Nota eds. En cuanto a la participación del conocimiento geográfico en el panorama cultural, Ortega comenta que no está de más recordar, ante todo, que “la tradición geográfica moderna ha estado siempre inscrita en la cultura de su tiempo, en la que ha influido además de manera sensible. Humboldt, por ejemplo, influyó en buena medida en el panorama cultural de su tiempo, y la presencia de su legado en el ámbito de la pintura y el paisajismo ofrece una acabada muestra de ello. Lo mismo cabe decir, por poner otro ejemplo, de Vidal de la Blache, cuyo *Tableau de la géographie de la France* influyó de manera muy notable no sólo en otros campos del conocimiento, como el histórico, sino también en el horizonte cultural y nacional de su tiempo. La geografía española ha ofrecido también un ejemplo elocuente de conexión con la cultura correspondiente. La obra de Manuel de Terán se inscribió plenamente en el horizonte cultural de su tiempo, influyendo en otros saberes igualmente enmarcados en él y recibiendo igualmente influencias de ellos. Los geógrafos mencionados, como Humboldt, Vidal de la Blache y Terán, mostraron con meridiana claridad la participación directa y la influencia de la geografía clásica en el panorama cultural coetáneo” (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

De esa unidad depende también la estrecha imbricación de las dimensiones intelectuales, éticas¹⁰ y estéticas que convergen en el conocimiento de lo geográfico. No hay disociación entre la verdad, la bondad y la belleza: “lo verdadero, lo bello y lo bueno” se encuentran, según Humboldt, unidos, y de esa unidad participa también —es el signo de los tiempos— “lo útil” (ibídem: 35). El acercamiento a la naturaleza y al paisaje reclama el concurso de la inteligencia y del sentido ético y estético del sujeto. La actitud cognoscitiva de los fundadores de nuestra tradición geográfica comporta una ética y una estética: no es una subjetividad desprovista de creencias y de valores lo que prefieren y fomentan. La relación con la naturaleza y con el paisaje —el “prolongado é íntimo contacto” del que habla Humboldt— es también una relación ética y estética, una relación que tiene que ver directamente con el “carácter” y el “espíritu” del sujeto que conoce

¹⁰ Nota eds. Ortega no cree razonable “entender el conocimiento geográfico al margen de esa dimensión ética, que ha estado siempre presente a lo largo de su tradición moderna. No conviene olvidar que la geografía moderna surgió, de la mano de Humboldt y Ritter, en el siglo XIX, y que apoyó sus planteamientos en la afirmación de un orden natural que comprendía al hombre. Esta afirmación, muy innovadora en su momento, entrañaba la idea de que el hombre formaba parte de la naturaleza, de que era solidario con su orden, que debía conocer y respetar consecuentemente. Subyacía así en el horizonte de la primera geografía moderna un principio de solidaridad del hombre con la naturaleza, y en esa solidaridad se apoyaba el fundamento ético del acercamiento intelectual al mundo exterior protagonizado por los geógrafos. Es algo que no es difícil comprobar en los escritos de Humboldt o Ritter, y que continuó después presente a lo largo de la tradición geográfica moderna. En España, Manuel de Terán publicó en 1966 un trabajo muy interesante con el título de *Una ética de conservación y protección de la naturaleza*, en el que habló del compromiso ético del hombre y del papel que había desempeñado el conocimiento geográfico en la incorporación activa y el consiguiente impulso de ese compromiso. La dimensión ética ha sido importante en el conocimiento geográfico desde sus comienzos, y esa dimensión ética, referida a la relación con la naturaleza y también con la sociedad, debe seguir estando muy presente en sus perspectivas actuales” (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

(ibídem: 10). Es una relación plural e integradora; también radicalmente comprometida. Todo ello permite atribuir al conocimiento geográfico un amplio y profundo sentido educador.¹¹

Conocer de ese modo la naturaleza y el paisaje es reconocer los nexos analógicos y metafóricos que dan cuenta del lugar del hombre —con todas sus facultades— en el mundo. La correspondencia universal atañe a la conciencia ética y estética del sujeto. Se trata de aprender y comprender que el educador cultivo de las capacidades subjetivas —intelectuales, éticas y estéticas— se encuentra en buena medida relacionado con el diálogo que sepa el hombre mantener con el universo geográfico que lo rodea y lo incluye. Por eso el conocimiento geográfico es integradoramente educativo. La naturaleza es, según Ritter, la “fiel amiga”, la “consejera y confidente” del ser humano. “Puede ser, para el individuo y para la humanidad entera,

¹¹ Nota eds. En España, como lo manifiesta Ortega, “Los planteamientos paisajísticos que se hacen desde el mundo de la arquitectura y de las demás escuelas técnicas no tienen los fundamentos geográficos que [...] serían deseables”. Recuerda un curso de verano que se dio años atrás con el título de “Paisaje y pensamiento” en el que intervinieron, a lo largo de una misma mañana, un arquitecto, un historiador del arte, un biólogo y él. “Fueron cuatro puntos de vista sobre el paisaje bastante diferentes, con muy pocas coincidencias”. En su intervención, Nicolás recordó que “la tradición geográfica moderna había entendido el paisaje en términos simultáneamente objetivos y subjetivos, como una realidad material, visible, pero también como una idea, como una elaboración intelectual de quienes lo observan. Y de ahí que la geografía clásica haya afirmado siempre que para entender cabalmente el paisaje hay que explicarlo y comprenderlo, hay que acercarse a él con criterio científico y con criterio artístico. La visión geográfica del paisaje, con la convergencia de razón y sentimiento que la ha caracterizado desde tiempos de Humboldt, ha sido bastante importante y bastante influyente en la trayectoria del paisajismo moderno, desde sus orígenes románticos. Es una visión que se acerca al paisaje con mirada científica y artística al tiempo, y que se aleja por ello de quienes lo entienden como algo meramente objetivo o exclusivamente subjetivo. La geografía aporta así un conocimiento del paisaje que puede resultar muy útil para todo el que se interese por él, sea geógrafo o no lo sea” (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

ese ángel guardián que ayuda a encontrar la paz interior. Al igual que, como planeta, la Tierra es esa madre que comparte toda la humanidad, todo en la naturaleza la destina a despertar las conciencias, a guiarlas y formarlas. Verdadero elemento organizador de la humanidad, prepara a ésta —no hay destino más noble— para captar y concebir lo infinito en lo que no es visible” (Ritter, 1974: 79-80).

El conocimiento geográfico es así ampliamente educativo: educa la inteligencia, educa asimismo el carácter y el espíritu. La relación con la naturaleza y el paisaje forma y educa a la persona: puede proporcionar —y no me parece que la mejor tradición geográfica lo haya olvidado nunca, como no creo oportuno olvidarlo ahora— algunas claves que los fundadores de la Geografía moderna no dudaron en estimar tan auténticas como originales para conseguir la educación interior —y también la educación “social”— del ser humano. Y es éste, sin duda, uno de los aspectos del conocimiento de lo geográfico que menos desapercibidos pasaron a los ambientes más conscientemente preocupados desde entonces por lograr una verdadera “regeneración” del panorama educativo que no eludiese la plenitud activa del sujeto.

Las dimensiones del conocimiento geográfico

El punto de vista ofrecido por Humboldt y por Ritter manifiesta, en suma, una indudable complejidad y una decidida vocación integradora. Constituye también ese punto de vista —ese “saber ver” que conlleva siempre, como diría Ritter, un “aprender a mirar” (Korinman, 1981: 146)— uno de los aspectos que considero más ricos y estimulantes de la tradición geográfica moderna. Y uno de los aspectos que quizá puedan llegar hasta nosotros con cierta vivacidad y hacer así a ambos autores nuestros “contemporáneos”. Con ese punto de vista se relacionan, además, algunas características de la obra de los fundadores que me parecen bastante interesantes y dignas de ser recordadas. Hay, ante todo, en esa obra una clara preocupación por entender las conexiones entre el hombre y la naturaleza: pero esas conexiones —que expresan, en rigor, correspondencias analógicas y mediaciones metafóricas de amplio y hondo significado— no quedan reducidas en manos de Humboldt y de Ritter a lo que después se ha solido denominar “ecología”. Contienen lo ecológico, pero no se limitan a ello: las conexiones entre el hombre y la naturaleza evocan en la obra de los fundadores el sutil entramado de relaciones que cabe percibir —que cabe pensar, sentir e imaginar— entre lo exterior y lo interior.

Son analogía y metáfora —no las dependencias biológicas— las que ante todo justifican y vertebran esas relaciones. Lo cual supone, entre otras cosas, que la figura de tales conexiones no es exclusivamente “material”. Se adentra también en el multiforme territorio de lo cultural, en el vasto

dominio de las percepciones culturales de lo geográfico.¹² Todo eso le interesa al geógrafo. No sólo las “presentaciones”, también las “representaciones” de lo geográfico importan. Conviene estudiar y entender las imágenes culturales —el conocimiento geográfico no es ajeno a ellas— de la naturaleza y del paisaje: las representaciones que de todo ello han propuesto, por ejemplo, los poetas o los narradores, los pintores o los viajeros. Porque ellas iluminan a su manera “esas analogías misteriosas y morales armonías que —como advierte Humboldt— ligan al hombre con el mundo exterior” (Von Humboldt, 1874-1875: 4). Son modalidades de percepción de la naturaleza y del paisaje —modos de mirar lo geográfico— que interesan directamente al geógrafo y que pueden incluso ayudarlo a conformar su propio punto de vista, distinto pero no independiente —ya se indicó antes— de esas representaciones que atraviesan, con todas sus implicaciones simbólicas, el horizonte cultural del hombre. El segundo tomo del *Cosmos*, sucesivamente dedicado a entender el “reflejo del mundo exterior en la imaginación del hombre” y a ofrecer un “ensayo histórico sobre el desarrollo progresivo de la idea del universo” (ibídem), constituye una acabada —y apasionante— muestra de ese directo interés.

¹² Nota eds. Según Ortega, “hay que preguntarse qué ha ocurrido en los últimos decenios y qué sucede en nuestros días con la participación y la influencia de la geografía en el panorama cultural. Hay que advertir, ante todo, en este sentido, que hay de la geografía actual que mantiene la inserción y su influencia en el mundo cultural: es el sector que continúa, prolongando y actualizando, la perspectiva de la geografía clásica [...] En España, muchos discípulos de Terán se encuentran entre los que han seguido esta trayectoria, evidenciando en todo momento su pertenencia activa al panorama cultural de su tiempo. Por otra parte, fuera de esa orientación, en el terreno de las tendencias novedosas de los últimos decenios, hay también iniciativas que mantienen una relación bastante estrecha con la cultura. Es lo que sucede, por ejemplo, con buena parte de los planteamientos de las diversas modalidades de geografía cultural, o también, con particular claridad, con las propuestas enmarcadas en el innovador horizonte de las geohumanidades” (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

Otra característica que quizá no sea inoportuno recordar es que el punto de vista de los fundadores apenas participa de los distanciamientos o de las oposiciones “objetivas” que en ocasiones se han insinuado posteriormente. Me parece bastante difícil, por ejemplo, eludir la permanente conexión que ambos ofrecen de la perspectiva que considera las “relaciones” entre el hombre y la naturaleza y de la perspectiva “espacial”, o de la perspectiva “universal” y de la perspectiva “particular”. Todas ellas se imbrican estrechamente en el entendimiento de lo geográfico suscrito por Humboldt y Ritter. Las relaciones entre lo humano y lo natural se ven *geográficamente*: la “espacialidad” impregna y enmarca habitualmente el entendimiento de los nexos que considera el geógrafo. Y ese entendimiento tampoco ignora la simultánea presencia de lo universal y lo particular, del conjunto y de sus partes: lo geográfico es articulación unitaria de unidades articuladas. Lo “general” y lo “regional —para emplear la terminología que luego se hizo usual— se perciben como manifestaciones relacionadas y complementarias del Todo. La preocupación —evidente en ambos autores— por lo “universal” no les impide tener en cuenta como es debido lo “particular” y “diferencial”; la voluntad de unidad no propende a ocultar la interdependencia de ambas esferas. “Lo particular —escribió Goethe— está siempre subordinado a lo general; lo general tiene siempre que acomodarse a lo particular” (Goethe, 1944-1945: 2 197). Algo parecido sucede en la obra de los fundadores del conocimiento geográfico moderno. Su visión, siempre pendiente de lo “general”, no abandona nunca la intención “comparativa”: Ritter considera a Humboldt “observador del universo y fundador de la geografía comparada moderna”; y el propio Ritter, por su parte, se empeñó en auspiciar una Geografía “general” y “comparada” (Ritter, 1974: 55-56). El afán “generalizador” no es en ninguno de los dos separable de la adecuada consideración de la variada entidad de las partes “regionales” —del carácter propio de las “individualidades regionales”, con palabras de Ritter (ibídem: 176-177)— y de las múltiples relaciones que mantienen entre sí y con el conjunto del “universo” geográfico.

Añadiré algo más respecto de la posterior influencia del entendimiento geográfico propuesto por Humboldt y Ritter. No son pocos los que —adu-

ciendo con frecuencia razones “institucionales” o “metodológicas”— han tendido a considerar débil o incidental esa influencia. Presentan así a ambos como una especie de vagos precursores —cuando no “como la etapa final de la vieja geografía”, según dice Granö, haciendo suya la opinión de James (Granö, 1982: 31)— que, “en el fondo —asegura Claval—, eran dos casos aislados” (Claval, 1974: 29). Me parece que semejantes valoraciones presentan más de un punto oscuro. Mi juicio es algo distinto y puede resumirse en dos afirmaciones. Considero, de un lado, que buena parte de la tradición geográfica moderna puede entenderse como un continuo diálogo —a ratos oblicuo y a ratos polémico— con el punto de vista precisamente inaugurado por Humboldt y Ritter. Y considero también, de otro, que resulta tan empobrecedor como equívoco ponderar la posterior presencia de ese punto de vista en términos de escueta “profesionalización” geográfica: su influencia —variada y fecunda— atañe a los modos de percepción y de conocimiento de lo geográfico —a algo más que a la forma geográfica “académicamente” consagrada en cada momento— que se encuentran firmemente arraigados en la cultura. Alguien ha aludido a ello no hace mucho al comprobar la proximidad escasamente casual entre el punto de vista geográficamente practicado por Humboldt y el fomentado después por la pintura de paisaje (Pena, 1982). Y, para traer otro ejemplo a colación, yo mismo me he referido en anteriores ocasiones a la vigencia de la perspectiva geográfica auspiciada por Humboldt —y que no desaparece en la ulterior trayectoria del conocimiento de ese signo— en el horizonte educativo y cultural de la Institución Libre de Enseñanza.¹³

¹³ He tratado de ello en Ortega, 1984: 69-84; 1986d; 1986e: 81-98.

Tras la huella de los fundadores

Desde mediados del siglo pasado hasta los años centrales de la actual centuria, la trayectoria cognoscitiva suscrita por los sucesivos geógrafos dista de ser homogénea. Se producen, sin duda, inflexiones y movimientos relacionados con las modificaciones generales de las ópticas científicas, intelectuales y culturales que se van sucediendo y superponiendo. El conocimiento geográfico no es ajeno, por ejemplo, a la emergencia de la perspectiva evolucionista o a la crisis del pensamiento positivo que recorren ese periodo. Ambas influyen en nuestro campo e introducen matizaciones y correcciones que serían impropio negar. Pero los cambios de acento y las variadas ramificaciones de la Geografía moderna no impiden, según creo, encontrar algunos hilos conductores que parecen atravesar las modificaciones y señalar, más allá de esos cambios de acento y de esas ramificaciones, una cierta continuidad del punto de vista atribuido al conocimiento geográfico. Y es precisamente esa continuidad la que me interesa tener en cuenta. No se trata —ya lo he dicho antes— de describir minuciosamente la peripecia —o las peripecias— de la historia de la Geografía moderna: lo que pretendo es seleccionar algunos jalones que me parecen indicativos de la sostenida presencia de ese “saber ver” —de ese entendimiento de lo geográfico avalado por una voluntad integradora— a lo largo de la tradición geográfica moderna. Porque, en mi opinión, es precisamente esa presencia la que habla de la razón de ser del conocimiento geográfico y la que pueden contribuir, además, a aclarar

su justificación en nuestros días. Es, en resumidas cuentas, una forma como otra cualquiera de elegir la propia genealogía geográfica, de escoger aquellos interlocutores con los que la propia experiencia se encuentra más a gusto, de distinguir y valorar los hitos mayores de la tradición que se quiere asumir o, como diría Manuel Ulacia (Ulacia, 1986), de destacar las lecturas que se incorporan con mayor viveza a la propia biblioteca y al entendimiento del propio quehacer.

Entre estos dos hitos mayores se encuentran los nombres de Piotr Kropotkin y Elisée Reclus. Y no exactamente por las razones que a veces anteponen los “redescubrimientos” suscritos por las consabidas ópticas “radicales”, sino por la fecunda presencia en ambos del punto de vista decididamente convergente e integrador sugerido por los fundadores de la tradición geográfica moderna. Sus firmes convicciones evolucionistas no les llevaron a constreñir unilateralmente ese punto de vista. “Cuando recuerdo mi niñez —escribe Kropotkin—, descubro que lo que hizo de mí un geógrafo [...] no fue la impresión que me causaron las excelentes clases de nuestro excelente profesor de Geografía de Rusia, cuyo libro de texto tan sólo ahora estoy en condiciones de apreciar, sino con mucho mayor motivo la influencia de la gran obra de Defoe en mis primeros años y más tarde —lo principal de todo y por encima de todo— el primer volumen del *Cosmos* de Humboldt, sus *Cuadros de la Naturaleza*, y las fascinantes monografías de Karl Ritter sobre el árbol del té, el camello, etc.” (Kropotkin, 1977: 236). Quien de esa manera descubrió su vocación geográfica —no estaría de más indagar cómo lo hicieron otros grandes geógrafos: puede que haya algunas similitudes curiosas— no se mostraría luego infiel a las sugerencias procedentes de ambos autores. La visión analógica y metafórica de un universo armónico en el que lo “exterior” y lo “interior” se relacionan estrechamente no desfallece en su obra.

Según Kropotkin —a quien Wilde comparó elogiosamente con Verlaine (Wilde, 1986: 149)—, la Geografía, sin menospreciar en ningún momento el alto significado de la “filosofía de la naturaleza”, debe ocuparse de “poner de manifiesto las relaciones que existen entre todos los fenómenos del mundo físico”, debe entender “la belleza y la armonía del Cosmos”. El

conocimiento geográfico necesitaría contar en todo tiempo con un “viajero y filósofo tan capaz como lo fuera Humboldt”. El “razonamiento científico” no debe perder de vista “el desarrollo general del pensamiento”, y ambos son inseparables del cultivo del “sentimiento artístico” y del “poder de la imaginación”. El punto de vista sugerido por el geógrafo sigue transitando, de la mano del sujeto que conoce, por los senderos convergentes del pensamiento, del sentimiento y de la imaginación creadora. Aprender a mirar geográficamente es una educación que aconseja al sujeto ensayar la “libertad para su desarrollo intelectual” y ejercitar continuamente “su trabajo independiente”.¹⁴ Y ese punto de vista —integradoramente educativo— comporta una estética y una ética. Conocer lo geográfico ayuda a aprehender “las armonías de la naturaleza, la belleza de sus formas, las admirables adaptaciones de sus organismos”. Ayuda asimismo a captar las múltiples correspondencias que unen al hombre y a la naturaleza y, a través de ellas, los fundamentos originales del sentido ético, las raíces de ese “sentido moral” que no es independiente de la “contemplación del universo y el conocimiento íntimo de la naturaleza” —ese sentido moral a menudo hermanado con el “sentimiento de la poesía de la naturaleza” que hizo vibrar a hombres como Goethe, Byron o Shelley—, pero que tampoco lo es de la “comprensión más profunda del hombre y su destino”, de

¹⁴ Nota eds. “Manuel Bartolomé Cossío, educador, historiador del arte y destacado protagonista, junto a Francisco Giner de los Ríos, de la Institución Libre de Enseñanza, fundada en Madrid en 1876, decía [en palabras de Ortega] que el hombre culto es el que sabe ver las cosas. Y por eso decía también que educar a alguien era enseñarle lo que denominaba el arte de saber ver. Esto puede aplicarse [...] al terreno de la geografía, de la educación geográfica. Una persona educada geográficamente es la que sabe ver con criterio geográfico lo que tiene alrededor [...] El geógrafo debe entender la realidad como algo unitario, cuyas partes están relacionadas entre sí, y debe además procurar una imagen integradora, sintética, no fragmentadora, de esa realidad. Eso es saber ver las cosas con criterio geográfico, saber verlas geográficamente. El gran geógrafo francés Max. Sorre dijo que, para conocer una ciudad, era preciso sentarse en un banco y mirar” (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

“su sentimiento de comunidad con el cosmos y con la humanidad entera” (Kropotkin, 1977: 227, 228, 229, 235, 239; 1977: 8).

No menos próximo a la médula de las intenciones y de las actitudes cognoscitivas fomentadas por los fundadores se sitúa el punto de vista geográfico ofrecido por Reclus. Rechaza éste —lo advierte expresamente— la posibilidad de entender la Geografía “en su sentido estrecho”, de “empequeñecer, secar, privar de toda savia y reducir a la nada” el conocimiento geográfico: en este caso —como en otros— le parece bastante difícil conseguir algo que merezca la pena “sin amplitud de espíritu y sin grandeza de miras. Todo saber humano —añade— debe tener su parte de *humanidad*” (Reclus, 1894: 134). Son precisamente ambas cualidades —la amplitud de espíritu y la grandeza de miras— y esa parte de humanidad las que despliega admirablemente Reclus en su entendimiento de lo geográfico. En su punto de vista que, sin renunciar a la pretensión estrictamente científica, se abre también a todos los vientos de la subjetividad que piensa, siente e imagina. Y nada considero menos afortunado que esgrimir abierta o solapadamente esas fecundas virtudes —el hecho ni es inédito ni ha afectado exclusivamente a Reclus: puede recordarse la conmisericordiosa opinión de Schaefer sobre el “cosmologismo literario” de Humboldt (Schaefer, 1974: 49-52)— como “aditamentos románticos” que pueden disminuir o distraer el interés “geográfico” de ese punto de vista.

La obra de Reclus es bastante amplia y está singularmente dotada de vívidas cualidades expresivas. Muestra esa poderosa fuerza evocadora conjugada con la riqueza reflexiva que comentó, entre otros, Meynier (Meynier, 1969: 11-13). Su “forma literaria y el carácter poético de sus descripciones” contribuyen —como contribuían señaladamente en Humboldt— a ejercer sobre los lectores “la influencia —para emplear palabras de Emmanuel de Martonne— de un excelente profesor sobre alumnos encantados y sorprendidos” (De Martonne, 1964: 35-36). El entendimiento de lo geográfico ofrecido por Reclus no es ajeno al modo de acercamiento a la naturaleza y al paisaje practicado por el paseante y el educador Rousseau y los que siguieron sus huellas; tampoco es ajeno al punto de vista decididamente afirmado por los geógrafos Humboldt y Ritter: quiso rendir

explícito homenaje a la “audacia heroica” de este último y tradujo alguno de sus más elocuentes escritos (Ritter, 1974: 217-241). La visión geográfica de Reclus se encuentra así recorrida de principio a fin por la voluntad de unidad que se empeña en reconocer las correspondencias universales que funden al hombre y a la naturaleza. Reclus sabe captar y comprender “el acuerdo de los Hombres y de la Tierra”, el invisible “lazo íntimo que une la sucesión de los hechos humanos a la acción de las fuerzas telúricas”, y el signo de la “armonía” entre la humanidad y “la evolución del planeta”.

El conocimiento geográfico queda asimismo teñido en la perspectiva de Reclus por la activa presencia del sentimiento y de la imaginación. Reclus también piensa, siente e imagina a la hora de poner en pie su quehacer como geógrafo. “La emoción que se siente al contemplar todos los paisajes del planeta en su variedad sin fin y en la armonía que les da la acción de las fuerzas étnicas siempre en movimiento —escribe—, esa misma dulzura de las cosas, se siente al ver la procesión de los hombres bajo sus vestimentas de fortuna o de infortunio, pero todos igualmente en estado de vibración armónica con la Tierra que los lleva y los alimenta, el cielo que los ilumina y los asocia a las energías del cosmos. Y, de igual forma que la superficie de las regiones nos ofrece continuamente parajes cuya belleza admiramos con toda la fuerza del ser, el desarrollo histórico nos muestra en la sucesión de los acontecimientos escenas sorprendentes de grandeza cuyo estudio y cuyo conocimiento nos ennoblecen. La geografía histórica concentra en dramas incomparables, en realizaciones espléndidas, todo lo que la imaginación puede evocar”. Tanto “la observación de la Tierra” como el “estudio más profundo del planeta” que la propia Historia reclama —la proximidad a Ritter es notable— se resuelven, según Reclus, en “una solidaridad más consciente de nuestro individuo, a la vez tan pequeño y tan grande, con el inmenso universo” (Reclus, 1982). Esa solidaridad universal traduce la complicada conexión de múltiples factores: la relación del hombre con la naturaleza —con “esta *Tierra bienhechora* que a todos nos sustenta y sobre cuya faz sería tan hermoso vivir como hermanos” (Reclus, 1980: 82)— dista de ser mecánica o unilateral. “El medio —advierte Reclus— es infinitamente complejo, y el hombre, por consiguiente, se ve solicitado por

miles de fuerzas diversas que se mueven en todos sentidos, añadiéndose las unas a las otras, unas directamente, otras siguiendo ángulos más o menos oblicuos, o contrariando mutuamente su acción” (Reclus, 1975: 157).

Dialogar con la naturaleza y con el paisaje —pues verdadero diálogo propone el punto de vista geográfico de Reclus— permite entender la unidad del Todo y despertar —como sucedía asimismo en Humboldt y en Ritter— la sensibilidad hacia lo “infinito”. También ahora se observa y se contempla, se ve y se mira, se aúnan lo empírico y lo metaempírico, la experiencia y la idealidad. “La cambiante naturaleza —escribe Reclus— es una inmensa síntesis que se nos presenta en toda su infinitud y no fragmentada en partes [...]. El gran arte del profesor de geografía [...] consiste precisamente en saber mostrar la totalidad en todo y en variar hasta el infinito los puntos de vista para mantener siempre despierto el espíritu y facilitarle sin cesar nuevas conquistas” (cit. en Vicente, 1983: 238-239). Y esa inmensa síntesis, esa totalidad y esa infinitud se ofrecen por doquier a la atenta —y educada— mirada del geógrafo.¹⁵ “Para apreciar en

¹⁵ Nota eds. En opinión de Ortega, “se necesitan profesores plenamente capacitados en ambos aspectos, el conceptual y el educativo. El profesor de geografía debe estar suficientemente formado en su materia, debe entenderla con rigor y claridad, dominar sus fundamentos teóricos y metodológicos, y, con esa preparación, ser capaz de interesar al alumno, y de enseñarle a ver geográficamente las cosas, a razonar sobre ellas y a interpretarlas como es debido. Como sucede en cualquier otro ámbito, la garantía de una buena educación geográfica y la seguridad de poder contar en el futuro con geógrafos adecuadamente formados residen principalmente en los profesores de la materia”. Un profesor que no es geógrafo de formación y enseña geografía “lo primero que tiene que hacer [...] es acercarse intelectualmente a los modos de ver y de razonar del conocimiento geográfico [...] Si uno lee, por ejemplo, el *Tableau de la géographie de la France* de Vidal de la Blache, se puede dar cuenta de las claves que maneja el autor en sus descripciones y razonamientos. Con lecturas de ese tipo y algunos recursos más se puede llegar a adquirir, sin ser geógrafo, una cierta sensibilidad geográfica y una cierta capacidad para detectar las conexiones entre lo que él explica y la perspectiva a la que esa sensibilidad responde” (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

conjunto la arquitectura de la montaña hay que estudiarla y recorrerla en todos sentidos, subir a todos los peñascos, penetrar en todos los alfoques. Es un infinito, como lo son todas las cosas para quien quiere conocerlas por completo”. Veamos lo que opina Reclus de alguna de esas otras cosas: “La gota de vapor que brilla un instante en el espacio refleja en su molécula casi imperceptible el Universo que la envuelve con su inmensidad; así es como yo trato de copiar —lo advierte en el prefacio de su *Nouvelle Géographie Universelle*— el Mundo que me rodea” (Reclus, 1980: 80, 299). No es, en rigor, una “copia”, sino un entendimiento de la naturaleza y el paisaje —un saber ver lo geográfico— que contiene sobradas dosis de compenetración entre lo “exterior” y lo “interior”.

La voluntad de unidad ejercitada por Reclus bebe en las fuentes de la visión analógica y no se desentiende de las mediaciones metafóricas que esa visión pone en juego. Prolonga así cabalmente la esencia misma de las intenciones y de las actitudes epistemológicas de los fundadores de la tradición geográfica moderna. Se compenetra Reclus con la naturaleza y el paisaje: sabe sentirse libre en la libre naturaleza; sabe comprender y “amar” —es el término que emplea con frecuencia— la montaña o el arroyo; sabe “gustar las delicias que ofrece un paseo a lo largo del arroyo”; sabe recuperar las energías del “fatigado espíritu” con el “estímulo de la Naturaleza” y sabe también que “la presencia del arroyo nos restaura y renueva” (Reclus, 1958). Sabe, en suma, todo lo que el mejor romanticismo sabe de las correspondencias entre lo “exterior” y lo “interior”, entre la subjetividad del que mira y lo mirado. Y no ignora el valor de la analogía y del lenguaje metafórico que aquélla entraña: el “circuito del agua” —que sin cesar se mueve, se oculta y “reaparece en los gozosos manantiales y nuevamente comienza su viaje hacia el océano por la vía de arroyos y ríos”— quizá ofrece “la imagen de la vida toda”, el ajustado “símbolo de la verdadera inmortalidad”. El hombre y la sociedad pueden compararse “al agua que corre”. Y hasta es posible encontrar en esa visión analógica y metafórica el signo profético de un tiempo “original” que niega las disarmonías del tiempo “histórico”: “Mezclándose los pueblos a los pueblos, como los arroyos a los arroyos y los ríos a los ríos; pronto o tarde formarán una sola

nación, de igual manera que las aguas de una cuenca acaban por reunirse en un río. [...] La inteligencia enseñará a los pueblos a asociarse en una federación libre; la humanidad entonces, dividida en diferentes cursos y movimientos, producirá su conjunción en un solo río y, reunidas entonces las aguas todas, descenderemos juntos hacia el ancho mar, donde van a parar y renovarse todas las vidas” (ibídem: 209-211).

El entendimiento de lo geográfico sugerido por Reclus encuentra sus mejores apoyos en el contacto directo con la naturaleza y el paisaje. Es la experiencia del sujeto que enarbola todas sus concurrentes facultades cognoscitivas la que también ahora vertebra el punto de vista geográfico. Reclus es —al igual que Humboldt— un consumado viajero, alguien que —como su antecesor— supo dar la exacta medida de esa conjunción entre “viajero y hombre de ciencias” que, según Torres Campos, constituye una de las claves distintivas del auténtico geógrafo (Torres, 1983: 296). La apasionada —y apasionante— obra viajera de Reclus es una acabada muestra de esa conjunción, de esa actitud capaz de ver, pensar y sentir la naturaleza y el paisaje, la actitud que recorre, desde su fundación, la tradición geográfica moderna. Basta recordar, a título de ejemplo, la plasmación de esa actitud en un libro tan vívido y estimulante como escasamente frecuentado en nuestros días: *Mis exploraciones en América*. Sin dejar de rendir el debido tributo a la curiosidad observadora y al más escrupuloso razonamiento intelectual, la prosa de Reclus manifiesta al tiempo la inseparable presencia de la sensibilidad y de la creatividad en la mirada del sujeto que conoce. De una sensibilidad y una creatividad bastante próximas, por cierto, a las que encontramos en los mejores —y menos tópicos— exponentes de la actitud y de la aptitud viajeras propuestas por el movimiento romántico.

Habla Reclus de la “extraña emoción” producida por la atmósfera “sombria, húmeda y solemne de una selva virgen”. Sus impresiones no son indignas —como no lo son las del viajero Humboldt— de figurar entre los más convincentes logros de la moderna sensibilidad estética

ante la naturaleza y el paisaje fomentada por el romanticismo.¹⁶ “Prolongados reflejos —dice acerca de la noche de Cartagena— flotaban sobre las aguas y venían á romperse en la playa; las palmeras inclinaban sus graciosas curvas en las faldas de los promontorios; la luna brillaba á través de los agujeros de las torres ruinosas; las colinas dibujaban á lo lejos sus perfiles sobre el fondo del cielo y los ruidos de la playa se perdían como débiles ecos, sin turbar la tranquila solemnidad del conjunto. La lenta respiración del mar parecía servir de compás á la naturaleza, y daba un ritmo lúgubre á la poesía de las ruinas y de la noche”. Y se produce también en Reclus ese tránsito del “paisaje exterior” al “paisaje interior” que la ensoñación —una de las modalidades del lenguaje de la imaginación— propicia y que señala la honda comunión del sujeto con el universo: “De noche, al abrir los ojos, veía soñando los arabescos que la luz de la luna, al pasar por entre las ramas de los árboles, dibujaba en los pilares; me pareció vivir como las estrellas, bajo la vía láctea, centelleando vagamente á través del ondulado follaje”. Son las impresiones de un hombre —y de un geógrafo— que no parece dispuesto a exiliar ninguna de sus facultades subjetivas, ninguna de sus capacidades de comprensión de las sutiles correspondencias que anudan lo “exterior” y lo “interior”,

¹⁶ Nota eds. Ante el planteamiento de que el sentido estético del paisaje tiende a ocultar las desigualdades según Denis Cosgrove, Nicolás Ortega opina que las consideraciones de este geógrafo contienen reflexiones e interpretaciones francamente interesantes, pero que su modo de concebir el paisaje tiene algunos aspectos discutibles. Uno de ellos es la idea de que es una imagen cultural, "un modo subjetivo de representar lo que nos rodea. Se sitúa así del lado de los que niegan la dimensión objetiva, material, del paisaje, de los que lo entienden como una mera imagen, negando su entidad como forma". El autor cree que "la dimensión formal del paisaje, siempre presente en la tradición geográfica moderna, debe ser reconocida y tenida en cuenta". Y otro aspecto que también le parece discutible de Cosgrove es su afirmación de que "la visión del paisaje responde a intereses ideológicos que pretenden con su imagen legitimar ciertas relaciones de poder o enmascarar determinados conflictos sociales" (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

de su integrador punto de vista. La naturaleza y el paisaje pueden entrar “en el cuerpo y en el alma” —claramente lo advirtió ya Humboldt— y esa entrada no hace sino fecundar y enriquecer —nunca estorbar o extraviar— el amplio punto de vista, el flexible “saber ver” que cierto geógrafos —precisamente aquellos que más me importan, los que mejor expresan el sentido de la tradición que considero propia— se esfuerzan en promover y cultivar (Reclus, s.f.: 28, 46-47, 60-61, 86).¹⁷

Conocer lo geográfico conlleva en Reclus una intención de índole estética; conlleva, asimismo, una no menos decidida actitud moral. Todo ello hace del conocimiento geográfico, también en este caso, una amplia empresa cultural —no sólo escuetamente “científica”— con sobresalientes cualidades educativas. El punto de vista del geógrafo quiere observar, razonar, sentir e imaginar; quiere ser al tiempo —inseparablemente— una perspectiva científica e intelectual, ética y estética. La voluntad de unidad —de conexión analógica y metafórica— del sujeto que conoce es la que cimenta también ahora ese integrador intento. Todas las facultades subjetivas pueden entrar en juego: no hay necesidad alguna de mutilar al sujeto que quiere entender lo geográfico. Para captar y comprender cumplidamente la naturaleza y el paisaje no sobra ninguno de los variados recursos que el sujeto posee. Al contrario: el entendimiento de lo geográfico los necesita y los estimula. De ahí que el conocimiento geográfico —el conocimiento de esas unidades naturales o paisajísticas, universales o particulares, que revelan conexiones que atañen al sentido de la verdad, de la bondad y de la belleza del propio sujeto— siga manifestando su carácter eminentemente educador. “La Tierra —asegura Reclus—, con la magnificencia de sus horizontes, el frescor de los bosques y la limpidez de los manantiales, ha continuado siendo la gran educadora, y no ha cesado de llamar a los pueblos a la armonía y a la conquista de la libertad” (Reclus, 1958: 18).

El acercamiento a la naturaleza y al paisaje con “una estimativa abierta” —para utilizar palabras de Eduardo Martínez de Pisón (Martínez de Pisón, 1978: 765)— es radicalmente educativo. “La naturaleza —escribe

¹⁷ He respetado en estas citas la ortografía de la traducción de López Rodrigo.

Béatrice Giblin a propósito de Reclus— es un todo equilibrado, el hombre, que es uno de sus elementos, debe intentar permanecer en contacto con ella, debe evitar toda ruptura que acarrearía su propio desequilibrio, y también la pérdida de su libertad. [...] El contacto con la naturaleza, la comprensión del medio natural se convierten en elementos primordiales de la educación” (Giblin, 1977: 149). Y el propio Reclus se ocupó de afirmarlo una y otra vez: “La verdadera escuela —advierte— debe ser la Naturaleza libre, con sus hermosos paisajes para contemplarlos, con sus leyes para estudiarlas, pero también con sus obstáculos para vencerlos. No se educan hombres animosos y puros en salas estrechas con ventanas enrejadas. Déseles, al contrario, la alegría de bañarse en los lagos y en los torrentes de la montaña, hágaseles pasear por los ventisqueros y los campos de nieve, lléveselos a escalar las elevadas cumbres. [...] El estudio será un placer para ellos y su carácter se formará en la alegría (Reclus, 1980: 313-314). Son sugerencias que tampoco dejaron de llamar la atención de los círculos educativos menos esclerotizados: la trayectoria de la Escuela Moderna de Barcelona o de la Institución Libre de Enseñanza —que tantas coincidencias sustanciales manifiestan con la perspectiva geográfica impulsada por Reclus— proporcionan ejemplos bastante elocuentes de ello.

La razón de ser de la Geografía moderna

Si me he demorado en todo lo anterior, en lo que considero esencial del punto de vista propuesto por los geógrafos decimonónicos mencionados, ha sido por algo que vengo insinuando desde el principio y que ahora quiero resumir explícitamente: creo —a la luz de mi propia experiencia docente e investigadora, de la opinión que he podido ir fraguando con esa experiencia sobre el sentido que cabe atribuir hoy mismo a nuestro campo del conocimiento— que ese punto de vista deja entrever ciertas claves originarias y aún vivas que apuntan a la justificación del conocimiento geográfico, a la genuina razón de ser de la Geografía moderna. Son claves que me parecen todavía vigentes, capaces de llegar hasta nuestro tiempo como algo más que mudas “reliquias” de un pasado “superado” por nuestras preocupaciones contemporáneas. Son, a mi entender, claves que indican la fuente, el origen de un entendimiento de lo geográfico —precisamente el que creo más convincente— que arraiga en la tradición moderna y que no estimo conveniente perder de vista a la hora de intentar ubicarse en el complejo y multiforme panorama del actual conocimiento geográfico. No digo, claro está, que la forma concreta de tal entendimiento pueda repetirse literalmente en nuestros días: digo que en él laten horizontes epistemológicos que considero necesario comprender y asimilar para decidir hoy conscientemente el lugar y el significado del propio empeño geográfico.

A los hombres citados podrían haberse sumado, sin duda, algunos otros; pero me parece que los que están son sobradamente representativos

del modo de entendimiento que me interesa destacar. No se trata, como ya dije, de reconstruir la historia de la Geografía moderna, sino de reconocer la propia genealogía en la tradición de esa modernidad, de elegir el entendimiento de lo geográfico que pueda configurar el punto de partida y el marco de referencia de la propia reflexión crítica. Y ese entendimiento es justamente, en mi caso, el anteriormente esbozado, el que emerge vigorosamente con Humboldt y con Ritter y prolonga su vigencia —vigencia de lo fundamental que no niega, desde luego, las posibles diferencias de otra índole— en la posterior tradición del siglo pasado. Luego apuntaré algo sobre esa misma vigencia de lo fundamental en el nuestro: ahora voy a recapitular muy sucintamente los rasgos mayores del signo característico del entendimiento de lo geográfico al que me estoy refiriendo, puesto que será justamente ese signo el que tomaré como hilo conductor del resto de mi reflexión y de los propósitos geográficos que contiene. Es el signo que he encontrado acabadamente expresado en la obra de Humboldt o de Ritter, en la de Kropotkin o en la de Reclus: nombres todos ellos —sea dicho de pasada— que no creo menos dignos de figurar en el punto de partida y en el marco de referencia de una reflexión actual sobre el sentido del quehacer geográfico que —para citar ejemplos que intentos parecidos nos han hecho familiares— los de sus contemporáneos Johann Heinrich von Thünen o Karl Marx.

Comparten esos geógrafos un horizonte epistemológico que tiene que ver directamente con las intenciones y las actitudes cognoscitivas postuladas por la modernidad romántica. Subyace en ellos la convicción, afianzada resueltamente por el romanticismo, de que es posible entender el mundo como un entramado de correspondencias que atañen a lo exterior y a lo interior. Son deudores de esa visión analógica que encuentra en la mediación metafórica su mejor cauce de expresión. La metáfora es el puente que permite relacionar —y hacer inteligible— lo diferente: el lenguaje metafórico —sobre cuya fecunda presencia en nuestro campo del conocimiento ha hablado oportunamente Vincent Berdoulay (Berdoulay, 1982: 573-586)— traspasa la obra de los autores mentados. No es una “manera” retórica; es la cabal manifestación del modo de entendimiento

analógico sobre el que se apoya esa obra. Y ese entendimiento reclama la activa participación del sujeto que conoce, es indisociable de la subjetividad. El conocimiento geográfico no es reflejo pasivo de una racionalidad inmutable y “objetivamente” segregada del sujeto: es más bien éste quien hace inteligible el universo, quien se muestra —o se puede mostrar— capaz de captar y comprender, de reconstruir creadoramente la unidad analógica del mundo. El conocimiento geográfico no es lectura impersonal, es diálogo personal: es un saber ver, un verdadero punto de vista.

Como en otros casos estudiados por Gouldner (Gouldner, 1973: 339), la perspectiva romántica hace de la “objetividad” más un acuerdo y una convergencia de entendimientos apoyados en la subjetividad que una mera aceptación de códigos enajenados de la plena presencia del sujeto que conoce. La pretensión “científica” de los geógrafos citados es evidente: no lo es menos que su concepción de la ciencia no degenera nunca en un objetivismo formalista y reductor que rechace el personal ejercicio de las variadas y complementarias posibilidades cognoscitivas del sujeto. Es la convergencia de esas posibilidades y no su disociación lo que pone en juego el punto de vista geográfico. El geógrafo observa, pero también —al tiempo, inseparablemente— piensa, siente e imagina. Ninguna de sus facultades efectivas debe quedar exiliada del ámbito de su quehacer geográfico: no se trata de mutilar al sujeto, se trata de movilizar todas sus capacidades —todas son, en rigor, necesarias— para conseguir captar y comprender el sentido mismo de lo geográfico. El geógrafo precisa —lo advirtió expresamente Reclus (Reclus, 1894: 134)— amplitud de espíritu y grandeza de miras, no puede renunciar a esa parte de “humanidad” que todo saber humano comporta. Es el sujeto entero, no su caricatura esquizofrénica, quien se encuentra comprometido en la empresa.

La actitud del geógrafo expresa una decidida voluntad de unidad que afecta a partes iguales a la mirada y a lo mirado. Trata de aprehender geográficamente las múltiples relaciones que propician la percepción unitaria de la naturaleza y del paisaje: la unidad analógica y metafórica incluye al hombre —funde lo exterior y lo interior mediante nexos que exceden ampliamente de la mera materialidad “ecológica”— y conecta lo universal

y lo particular, el Todo y sus partes. La voluntad de unidad es indisolublemente generalizadora y comparativa, no separa —no puede ni siquiera separar— la intención “general” de la intención “regional”. Y esa misma voluntad de unidad —analógica y metafórica— reclama el concurso pleno —también unitario, no falazmente escindido— de la subjetividad. Reclama una actitud epistemológica flexible y despierta, una estimativa abierta a lo científico y lo metacientífico, que no ignora la conveniencia de aunar la experiencia y la idealidad, que auspicia la consecución de un entendimiento de lo geográfico consciente del beneficio que puede reportar la imbricación del razonamiento, de la sensibilidad y de la imaginación creadora. Un entendimiento de lo geográfico que, sin necesidad de escindir las posibilidades formalmente científicas que en cada momento sea lícito atribuirle, configura un rico y valioso modo de diálogo cultural con la naturaleza y el paisaje. El signo abiertamente cultural de ese entendimiento de lo geográfico —un signo que no es, desde luego, ajeno al talante romántico— me parece una de sus características más vivas y fecundas. Como me lo parece asimismo la obligada relación de actitudes intelectuales, éticas y estéticas que demanda.

Conocer la naturaleza y el paisaje es un empeño que concierne a todas las facultades del sujeto: es un empeño humano que se ve favorecido —no interferido— por el simultáneo ejercicio de sus aptitudes intelectuales y de sus recursos éticos y estéticos. Conocer lo geográfico es percibir y captar —aprehender y comprender— un orden universal del que participa el sujeto y que es a la vez un orden intelectual, ético y estético. De ahí el carácter eminentemente formativo, radicalmente educador —y es éste otro de los rasgos que considero fundamentales— del punto de vista geográfico. El conocimiento de la naturaleza y del paisaje contribuye decisivamente a formar al hombre —o, empleando palabras de López-Morillas que convienen al caso, a “actualizar lo que en él es sólo potencial”, a “humanizarle” (López-Morillas, 1969: 13)—, a educarle integralmente, a fomentar el mejor cultivo de su inteligencia y de su sensibilidad, a desarrollar al unísono las facultades —mentales, éticas y estéticas— que conforman su personalidad. Todo esto es lo que, en mi opinión, ofrece el

punto de vista geográfico considerado: un punto de vista en el que arraigan fructíferamente intenciones y actitudes epistemológicas auspiciadas por el moderno espíritu romántico; un punto de vista que cuenta con el decidido fomento de la subjetividad y no con su pretensión o con su silencio; un punto de vista que no oculta ni su signo cultural, ni sus implicaciones intelectuales, éticas y estéticas, ni su carácter abiertamente educativo: un punto de vista, en fin, que expresa ejemplarmente las cualidades que me parecen mejores —y aún más dignas de ser atendidas— de la moderna tradición del conocimiento geográfico.

Inflexión y continuidad: el sentido de la perspectiva regional

Me referiré ahora, para perfilar un poco más el alcance que atribuyo a lo que vengo comentando, a la efectiva continuidad de ese punto de vista decimonónico en el panorama geográfico de nuestro siglo. Para ello me parece oportuno, ante todo, hablar de los vínculos que manifiesta con la Geografía de signo regional o corológico que tiende a imponerse con el avance de la nueva centuria. Porque no comparto del todo la opinión de quienes se han empeñado en acentuar la separación entre un periodo y otro y, consiguientemente, en desplazar el verdadero origen de la Geografía que nos concierne al momento en que emergen sus modalidades regionales o corológicas. Ese es, por ejemplo, el sesgo de la interpretación proporcionada tempranamente por Lucien Febvre (Febvre, 1971) acerca del sentido de las aportaciones de Vidal de la Blache, y el sesgo de otras muchas interpretaciones que procuraron insistir también en destacar la originalidad de la perspectiva regional o corológica. Puede así fomentarse una especie de sobrevaloración del “cambio” que a menudo corre el riesgo de reducir el horizonte cognoscitivo decimonónico a meros preliminares más o menos inciertos, y, al no prestar suficiente atención a sus nexos con lo ulterior, favorecer la suposición de que la Geografía regional o corológica modifica sustancialmente los términos del quehacer geográfico y, al tiempo que “supera” definitivamente las limitaciones o los desenfoques precedentes, constituye el punto de partida indiscutible de la situación actual de nuestro campo del conocimiento.

De manera que, sin necesidad de esperar a los variados afanes de “ruptura” que florecerán a partir de los años cincuenta, ya las escuelas regionales o corológicas propiciaron estimaciones —no siempre exentas, por cierto, de intensiones extrañas al meollo del asunto, de tipo político y nacionalista— que a veces se muestran más inclinadas a acentuar las discontinuidades que a reconocer las continuidades subyacentes. Y no deja de resultar curioso que tan restrictivas y discutibles estimaciones —auspiciadas en primer lugar por diversos escoliastas de la obra de autores como Vidal de la Blache o Hettner— apenas hayan sido corregidas en las consideraciones históricas de geógrafos menos dados a identificarse con las presentes cualidades “fundacionales” de semejantes perspectivas. En este último caso, con frecuencia la interpretación se parece a la simetría inversa de la ofrecida por los partidarios de la práctica regional o corológica: donde éstos ven “avances decisivos”, aquéllos encuentran no menos decisivos “retrocesos”.

De ambas maneras se impone la idea de discontinuidad. Unos y otros propenden a considerar que —para bien o para mal— la modalidad regional o corológica del conocimiento geográfico conforma la piedra de toque de nuestra moderna tradición. Unos propugnan la conveniencia de prolongarla y extenderla, otros intentan sustituirla por concepciones que quieren ser más “científicas” o más “comprometidas”; pero pocos son —en ambos bandos— los que parecen haberse interesado de verdad por entender las relaciones que los horizontes regionales o corológicos mantienen con las propuestas geográficas heredadas del periodo decimonónico. Pocos son, también en este caso, los que se han preocupado por saber si —más allá de los cambios— hay principios menos mudables que permiten conectar lo anterior y lo posterior. Acaso una vez más la excesiva atención concedida a la “discontinuidad”, o a la supuesta sucesión de “paradigmas” en la trayectoria del conocimiento, ha dificultado el cabal entendimiento de ciertas permanencias fundamentales a lo largo de toda la tradición geográfica moderna.

No desconozco la importancia —y la parte de originalidad— que es lícito atribuir a las formulaciones regionales o corológicas. Señalan una sensible inflexión en la moderna tradición del conocimiento geográfico.

Las razones de tal inflexión son diversas y complejas y algunas de ellas tienen que ver directamente con el panorama intelectual de su tiempo o con el propio desenvolvimiento público de la Geografía. No es ajena a aspectos tales como el creciente descrédito de las regularidades explicativas sostenidas por el universalismo de cuño evolucionista y el concomitante y progresivo proceso de especialización y diferenciación del saber (Gómez et al., 1982: 48-54), o la ascendente consagración en ciertos países de la Geografía como materia académica en escuelas y universidades, con las consiguientes secuelas normativas, corporativas y competitivas (Berdoulay, 1981: 77-108). Éstas y otras circunstancias contribuyen a facilitar el sesgo regional o corológico del conocimiento geográfico durante el presente siglo: pero, sin pretender menoscabar su real envergadura, no creo que ese sesgo pueda comprenderse del todo silenciando o infravalorando la presencia de determinadas líneas de continuidad que relacionan sus propuestas y sus resultados con el punto de vista —o, mejor, lo fundamental del punto de vista— sugerido por los más eminentes predecesores decimonónicos.

Esa presencia me parece notoria en las mejores aportaciones de las perspectivas regionales o corológicas: puede distinguirse con suficiente claridad mediante la lectura de la obra de autores —mencionaré sólo a algunos que considero sobradamente indicativos— como Paul Vidal de la Blache o Alfred Hettner, o como Max. Sorre o Richard Hartshorne. Existen hoy, además ciertos estudios rigurosos y actualizados que proporcionan imágenes de la Geografía regional o corológica bastante más ajustadas y convincentes que las que han solido dispensar hasta hace poco algunos de sus menos afortunados valedores o algunos de sus variados detractores. Y esas imágenes no desmienten, sino que confirman coherentemente la presencia de continuidades dignas de ser tenidas en cuenta. Un buen ejemplo de ello es el interesante y certero trabajo de Vincent Berdoulay sobre la formación de la escuela geográfica francesa (ibídem). Saludablemente distanciado de prejuicios y dogmatismos, el autor sabe mostrar al tiempo la pertinencia y el grado de novedad de las propuestas de esa escuela y su efectivo entronque con la tradición geográfica anterior.

Tanto el propio acercamiento a las obras de los más altos exponentes de las propuestas regionales o corológicas como la consideración de los resultados obtenidos en estudios como el que acabo de indicar permiten, en mi opinión, justificar algunas conclusiones interesantes. No me parece, de entrada, que lo mejor de la Geografía regional o corológica ignore o niegue el punto de vista decimonónico que he comentado anteriormente. Me parece más bien que, en no pequeña medida, esa Geografía puede entenderse como un modo de asumir y adaptar lo que de fundamental entraña semejante punto de vista. Asumir y adaptar no es imitar ciegamente; es prolongar y recrear, es incorporar activamente el núcleo esencial y conformar a las renovadas circunstancias y preocupaciones del momento el desarrollo de aquel punto de vista abierto e integrador que late, desde Humboldt y Ritter, en la moderna tradición del conocimiento geográfico. Se renuevan, como es natural, algunas de las coordenadas en las que se desenvuelve semejante punto de vista: la crítica de determinados supuestos de la positividad decimonónica y el consiguiente afloramiento de concepciones filosóficas e intelectuales de distinto signo —ya sean de signo contingentista o intuicionista, difusionista o funcionalista, por ejemplo— se traducen en el campo del conocimiento geográfico. Con todo ello —y también con otras cosas que atañen a las situaciones institucionales, pero no menos al propio dinamismo interno de nuestro campo del conocimiento en el horizonte cultural y científico de la modernidad— se relaciona la preferencia hacia el entendimiento de la *región* que ahora se manifiesta decididamente.

Creo oportuno añadir algo sobre esa preferencia, siquiera sea por dejar constancia de mi desacuerdo con las peyorativas valoraciones que las modas analíticas o postanalíticas de turno han fomentado a menudo al pretender dar cuenta de sus postulados. Sobre la Geografía regional o corológica han pesado hasta hace poco, a mi entender, equívocos y prejuicios no menos deformantes que los que, con resultados distintos pero igualmente empobrecedores, se han aplicado con cierta insistencia a la interpretación del horizonte geográfico decimonónico: de la suma de unos y de otros —propensos siempre a incurrir en dudosas simplificaciones y

dicotomías— se han obtenido imágenes que poco o nada ayudan a entender la compleja entidad de las intenciones puestas en juego a lo largo de la tradición geográfica moderna y las relaciones que atraviesan esta tradición y acaso apuntan a la verdadera razón de ser del conocimiento que auspicia. Y quiero advertir también, por lo demás, que la opinión que seguidamente expondré acerca del sentido que atribuyo a la Geografía regional o corológica sólo adquiere su exacto significado teniendo presente —y aceptando— la amplia y convergente caracterización del punto de vista geográfico decimonónico que antes he propuesto y comentado.

Me parece que la perspectiva regional o corológica del conocimiento geográfico, según se ofrece en sus mejores intérpretes, constituye una forma valiosa y coherente de concretar y concentrar el ejercicio de aquel punto de vista abierto e integrador que puede reconocerse, desde las aportaciones de Humboldt y Ritter, en la tradición geográfica del pasado siglo. La preferencia por el entendimiento de la región no atenta contra la vigencia fundamental de ese punto de vista. Y todavía más: dadas las circunstancias intelectuales y culturales de su tiempo —que en algo difieren de las que les tocaron en suerte a las generaciones decimonónicas—, y teniendo asimismo en cuenta el real desenvolvimiento interno de la Geografía y de otros campos del conocimiento simultáneamente actuantes, así como las relaciones y los ajustes que entre una y otros se fueron produciendo con el paso del tiempo —relaciones y ajustes que se vieron sensiblemente modificados también a consecuencia de las variadas tendencias ramificadoras y diversificadoras puestas en juego—, no considero exagerado afirmar que la opción regional o corológica demuestra ser un modo bastante razonable de asimilar —de heredar sin renunciar al ejercicio del sentido crítico— tal punto de vista. No me resulta fácil imaginar una posibilidad mejor de recoger, de interpretar y de poner en práctica creativamente las sugerencias que considero fundamentales de ese punto de vista en el marco intelectual y cultural que acompaña al nuevo siglo.

Esta forma de continuidad a la que me estoy refiriendo puede comprobarse en las propuestas cognoscitivas de signo regional o corológico. No es difícil de ver si se desechan los tópicos que han tendido a simplificar

excesivamente las perspectivas decimonónicas según una dirección y a hacer algo parecido, aunque ahora la dirección suele ser justamente la contraria, con las de índole preferentemente regional o corológica. Acaso buena parte del “antagonismo” que algunos han dicho encontrar entre ambas proceda de la actuación simultánea y divergente de un doble equívoco: el que consiste en comparar dos desfiguraciones demasiado esquemáticas —respectivamente propensas a hipertrofiar lo “explicativo” o lo “positivo” de un lado y lo “comprensivo” o lo “antipositivo” del otro— que excluyen aspectos importantes de los horizontes geográficos considerados. Me limitaré aquí a enumerar algunos rasgos de la Geografía regional o corológica que me parecen particularmente indicativos de los nexos que la acercan al punto de vista que recorre la tradición anterior.

Así sucede, en primer término, con la voluntad de unidad que prevalece en el entendimiento de la región (o de cualquiera de las denominaciones que puedan identificarse con ella): entender la región es entender la unidad resultante de la presencia conjugada de variadas relaciones. La región remite así también a un conjunto de correspondencias que el geógrafo puede hacer inteligible en términos unitarios o integradores. Perdura, por tanto, la voluntad de unidad, y perdura asimismo la visión analógica de lo geográfico que emplea a menudo el lenguaje metafórico para expresarse. Como ha indicado oportunamente Berdoulay, la Geografía moderna acude a la metáfora una y otra vez. Buscando “la comprensión del funcionamiento de los todos”, intentando encontrar el signo de la “armonía” y de la “correspondencia” que permiten “ubicar mejor al hombre en la totalidad del universo”, la misma “profundidad humanista” aparece en Ritter o Reclus que en Vidal de la Blache: comparten el decidido deseo de encontrar en la metáfora, en la expresión de las correspondencias analógicas que unen el universo, el modo de “integración de la ciencia y del sentido” (Berdoulay, 1982: 582).

La región puede entenderse —y puede cobrar todo su auténtico significado— como expresión de la unidad analógica del mundo que interesa al punto de vista geográfico. En la región halla ahora la Geografía moderna un marco particularmente propicio para ejercitar la voluntad de unidad,

el saber ver integrador, que viene postulando desde sus orígenes. Y la preferencia regional o corológica no niega, en rigor, otras posibilidades de esa unidad analógica; es más bien una preferencia que, en sus mejores manifestaciones, no pierde de vista que la unidad de la región está conectada con la más amplia unidad del universo. La afirmación de la “unidad terrestre”, la “idea de que la Tierra es un todo en el que las partes están coordinadas” y la convicción de que, por ende, “un elemento general se introduce en toda investigación local” —para utilizar literalmente las palabras de alguien tan autorizado como Vidal de la Blache— cimentan las más altas construcciones de la perspectiva regional o corológica. “Una necesidad del espíritu —añade Vidal de la Blache— nos empuja a referir el detalle aislado, por sí mismo inexplicable, a un conjunto que lo aclara. Los agrupamientos parciales, por regiones o partes del mundo, tienen su sentido y su razón de ser, pero reflejan tan sólo imperfectamente la singular unidad de orden superior que posee una existencia sin fraccionamiento ni restricción. [...] Por encima de las mil combinaciones que hacen variar hasta el infinito la fisonomía de las regiones, hay unas condiciones generales de formas, de movimientos, de extensión, de posición, de cambios, que nos recuerdan sin cesar la imagen de la Tierra. Los estudios locales, cuando se inspiran en este principio de generalidad superior, adquieren un sentido y un alcance que rebasan con mucho el caso particular que en ese momento contemplan” (Vidal de la Blache, 1977: 49, 58).

No parece olvidar el geógrafo francés —tampoco lo olvidaron otros significados impulsores de la trayectoria regional o corológica— lo dicho por Ritter acerca de la unidad que al tiempo e indisolublemente se manifiesta en el Todo y en las partes del Todo. Si en el horizonte geográfico decimonónico hubo, como ya indiqué, clara conciencia de los nexos entre lo universal y lo particular —o, si se quiere, entre lo “general” y lo “regional”—, tal conciencia está lejos de desaparecer en el periodo posterior. No desaparece en Vidal de la Blache y no desaparece —para mencionar otra “escuela” geográfica— en Hettner: la afirmación, en éste, de que el genuino “fundamento” del conocimiento geográfico apunta hacia lo corológico no le lleva a ignorar que lo deseable es la ajustada relación de lo “general” y lo

“regional”. Su propuesta de fomentar la línea de una “Geografía regional comparada” —directa y explícitamente inspirada en los planteamientos inicialmente sugeridos por Humboldt— intenta precisamente conjurar la tentación de escindir lo uno de lo otro (Hettner, 1977: 33-38).

La unidad analógica de la región es inseparable, en puridad, de la unidad analógica del universo: el único peligro que acecha al conocimiento geográfico es volver la espalda a las correspondencias integradoras —a las “analogías” o “conformidades” de Vidal de la Blache (Vidal de la Blache, 1977: 49), a las “comparaciones” de Hettner (Hettner, 1977: 38)— que tanta importancia adquieren a lo largo de su moderna tradición. Y puede que no le falte razón al segundo de los autores mencionados al advertir, en su momento, que semejante peligro acecha más de cerca a los extremismos generalistas que a los de corte regional o corológico, por más que estos últimos no dejen de parecerle, a pesar de todo, “imperfectos” y escasamente aconsejables (ibídem: 35). Mantiene la Geografía regional o corológica, en suma, la voluntad de unidad que constituye una de las características primeras del punto de vista de la tradición geográfica anterior: la región condensa un modo de unidad analógica que concierne al universo entero. Olvidarlo es —me parece— tergiversar gravemente el sentido mismo de la óptica regional o corológica. Lo ha advertido expresamente Berdoulay a propósito de la escuela francesa: en vez de oponer las aproximaciones geográficas “general” y “regional”, la aproximación sistemática y la particular, “los vidalianos —respetando la tradición geográfica— las asocian para su mutuo beneficio” (Berdoulay, 1981: 213).

No acaban ahí las muestras de respeto hacia la tradición geográfica. Se manifiestan también en el alcance que se atribuye a las relaciones que conforman la unidad de lo geográfico. Son relaciones que incluyen plenamente al hombre, rebasando los límites de la estricta materialidad biológica o “ecológica”: se trata —dice, por ejemplo, Vidal de la Blache— de llevar a cabo “el estudio de las influencias que el medio ambiente ejerce sobre el hombre en lo físico y en lo moral” (Vidal de la Blache, 1903: 235). Como antes, las correspondencias atañen al tiempo a lo exterior y a lo interior: el hombre participa en los nexos —físicos, pero asimismo mora-

les— que atraviesan el mundo. Con ello se vincula la necesidad, ahora de nuevo confirmada, de poner en pie, para poder entender como es debido lo geográfico, un punto de vista abierto y flexible, capaz de movilizar todas las facultades del sujeto. Es éste quien capta y hace inteligible la unidad geográfica, y para ello debe poner en juego su capacidad de observar y pensar, de sentir e imaginar. Se trata otra vez de buscar la compenetración y la convergencia de esas capacidades subjetivas. Se trata otra vez de no mutilar al sujeto que conoce, de dejarle recorrer los feraces terrenos del pensamiento, del sentimiento y de la imaginación creadora.

El conocimiento geográfico requiere algo más que la mera repetición mecánica de pautas formalmente establecidas y ajenas a la activa presencia del sujeto. Lo requería en el horizonte cognoscitivo de la anterior tradición geográfica moderna y lo sigue requiriendo ahora. “El hombre —escribe Brunhes— lleva en su ojo y en su cerebro cierta representación del universo, que parcialmente depende de él” (Bruhnes, 1982: 266). Eso es lo que la Geografía regional o corológica no ignora. La voluntad de unidad supone el ejercicio de una estimativa abierta y flexible: el sujeto que conoce debe saber ver, debe saber aunar la experiencia y la idealidad, debe saber ser capaz de mirar y contemplar. El geógrafo sigue queriendo “explicar” y “comprender”: no es cierto que la Geografía regional o corológica renuncie a la parte de científicidad que pueda corresponderle —basta leer sus mejores obras para comprobarlo—, lo que hace es —antes lo hicieron otros— integrar esa parte en un más amplio y rico punto de vista que concede a lo metacientífico el lugar que verdaderamente le corresponde. Cuenta la intuición personal y cuenta —¿por qué no?— la personal compenetración de la mirada y lo mirado. Estamos lejos de los restrictivos científicismos de uno u otro signo que procuran convertir al geógrafo en espejo impersonal de dudosos “objetivismos” canónicos.

Algo hay de cierto —de afortunadamente cierto— en lo que sugiere Birot: el entendimiento de la región es también “un arte” dirigido a “evocar” unidades con “individualidad” propia —otros hablan de “personalidad”, acudiendo asimismo al lenguaje metafórico (Berdoulay, 1981: 583)— y ese “arte” no es extraño al “sentimiento de simpatía del biógrafo

por su héroe”, al “amor por lo que no se verá dos veces” (Biro, 1968: 68). Es una opinión no lejana de la que manifiesta Baulig al advertir que el geógrafo debe “explicar” y “comprender” al tiempo lo geográfico, atender a “lo que la vista percibe” y a “lo que la mente abarca en su visión del mundo”, sin desdeñar un modo de “evocar” la región que “invita al lector a una participación activa despertando su memoria y su imaginación”, y que, en sus mejores momentos —en “las más bellas páginas del *Tableau de la géographie de la France*”, por ejemplo (Vidal de la Blache, 1979)—, consigue que se desvanezca “la distinción entre arte o ciencia, ciencia o arte” (Baulig, 1982: 309). Algo después, Sorre dice compartir plenamente estos planteamientos de Baulig —“mi comunión de ideas con él es perfecta”— y recuerda expresamente que la Geografía “es una mirada sobre el mundo”, una “imagen” que “contribuye a hacerlo inteligible” (Sorre, 1957: 14).

El conocimiento geográfico precisa inteligencia y sensibilidad; entraña una concepción del hombre y el mundo más dada a integrar que a segregar. El sujeto debe saber mirar —observar y razonar, sentir e imaginar— para poder hacer inteligible la unidad de lo geográfico: no es una unidad externamente definida e impuesta; es una unidad cuya aprehensión y comprensión reclama la plena participación creadora de la subjetividad. Así sucede felizmente en los mejores exponentes de la tradición geográfica moderna y de la trayectoria regional o corológica que forma parte de la misma. Sin necesidad de rechazar o infravalorar lo empírico o lo científico —reconociendo más bien expresamente su real y no excluyente alcance—, el geógrafo procura enderezar un punto de vista que cuenta al tiempo con las restantes —y complementarias— facultades cognoscitivas del sujeto. Es el punto de vista abierto y convergente que mejor conviene para poder captar y comprender —como quería Ritter— la compleja unidad atribuida a lo geográfico, para poder dar cabida a esa parte de humanidad que, según Reclus, debe acompañar siempre al geógrafo. Y la “objetividad” se aproxima más nuevamente, por todo ello, al concierto de entendimientos vinculados a la subjetividad que a la adopción de estereotipos previamente enajenados de quien se adentra en el conocimiento geográfico.

Ese conocimiento sigue, además, firmemente empeñado en mostrarse como una verdadera modalidad de entendimiento cultural. Es una representación cultural que se interesa también por otras formas de representación cultural de lo geográfico. Una representación que utiliza y proporciona imágenes que conciernen a la cultura de su tiempo. Y tampoco faltan en la geografía regional o corológica otros ingredientes fundamentales del punto de vista heredado de la tradición anterior. Por ejemplo, el cariz simultáneamente intelectual, ético y estético que el entendimiento de lo geográfico comporta. O, en relación con ello, el carácter eminentemente formador y educativo de la Geografía, sobre el que Vidal de la Blache, entre otros, insistió decididamente (Vidal de la Blache, 1905: 193-207). Termino aquí la relación de rasgos comunes porque me parece que lo dicho es suficiente para señalar la continuidad de las claves del punto de vista fomentado, desde Humboldt y Ritter, por la tradición geográfica decimonónica en las propuestas cognoscitivas de índole regional o corológica. En uno y en otro caso he podido encontrar esas actitudes e intenciones epistemológicas apoyadas en la voluntad de unidad, dispuestas a no menospreciar las cualidades culturales y educativas del conocimiento que practican, capaces de aunar lo científico y lo metacientífico, la experiencia y la idealidad, esas actitudes e intenciones epistemológicas que parecen expresar, en suma, lo que los geógrafos que considero mayores han coincidido en entender como la verdadera justificación —la efectiva razón de ser— del conocimiento que ejercitan.

Tradición y cambio: los intentos de ruptura

He hablado hasta ahora de una tradición geográfica moderna que encuentra sus orígenes, a comienzos del siglo pasado, en las propuestas de Humboldt y Ritter, y que se prolonga claramente hasta las formulaciones regionales o corológicas de la primera mitad de nuestra centuria. En esa tradición hay, desde luego, movilidad: se producen reorientaciones y sesgos sucesivos que indican, entre otras cosas, su vitalidad interna y sus intentos de adecuación al cambiante panorama intelectual, cultural y científico de cada momento. Nada sería más incierto que suponer una situación inmóvil, ajena al dinamismo general de la época y reacia a la revisión o matización de sus propios postulados, en el conocimiento geográfico moderno. Pero, aun aceptando el entero alcance de tal movilidad, lo que me interesa señalar aquí es su compatibilidad con ciertas líneas de continuidad, con determinadas permanencias en lo que a actitudes e intenciones epistemológicas se refiere, que atraviesan de principio a fin la peripecia de esa tradición geográfica moderna. Hay constantes en ella que me parecen fundamentales para saber lo que los propios geógrafos han venido entendiendo como característico de su campo de conocimiento.

Constantes que, según creo, se resumen en el fomento de un punto de vista abierto y flexible, integrador y consciente del importante papel que cabe conceder al sujeto que conoce, anclado en una visión cultural del hombre y del mundo y, por todo ello, remiso a dejarse reducir a los presupuestos fragmentarios y excluyentes de los más estrictos científicis-

mos. Lo cual no niega, como ya he dicho, la pretensión científica: lo que sí niega es la conveniencia de sobrevalorar esa pretensión y, desatendiendo todo lo demás, convertirla en único punto de referencia del conocimiento geográfico. “No impongamos al movimiento natural del espíritu —dejó escrito Max. Sorre en las páginas liminares de uno de sus más admirables libros— categorías que no llegan a expresar lo real. Por lo demás, decir que la geografía no es una ciencia en el sentido escolástico del término y negarle todo carácter de explicación científica son posiblemente posiciones completamente distintas” (Sorre, 1957: 14).

Estimo que Sorre está en lo cierto: sólo blandiendo prejuicios que condenan de antemano la posibilidad de integrar en el quehacer cognoscitivo las capacidades metacientíficas del sujeto se ha podido despreciar —indebidamente, a mi parecer— el tradicional empeño del conocimiento geográfico por aunar lo que algunos han denominado respectivamente “esprit géométrique” y “esprit de finesse” (ibídem: 33). Sólo estigmatizando previamente, con esquemas que a menudo no desconocen el dogmatismo, la plena participación del sujeto que conoce —del sujeto que, al representar el mundo, el intentar hacerlo inteligible, puede y debe acudir al personal bagaje de su propia cultura y de su propia sensibilidad— se ha podido renegar de todo lo que de “metafísico” o de “idealista” conlleva, y conlleva coherentemente, la mejor tradición geográfica moderna. Y acaso no esté de más recordar lo que no hace mucho insinuó con razón Vincent Berdoulay: parece existir un cierto paralelismo entre los mejores momentos de la tradición geográfica moderna —momentos que empezaron llamándose Humboldt o Ritter y que, con el paso del tiempo, llegarían a llamarse Vidal de la Blache o Hettner— y la presencia de horizontes epistemológicos que conceden a la idealidad un lugar destacado (Berdoulay, 1981: 233). Es interesante, además, el hecho de que asistamos en nuestros días, tanto en el interior mismo de la Geografía como en otros variados ámbitos intelectuales y culturales, a una renovada afirmación de la subjetividad, con todas sus prerrogativas ideales, que quizá ayude a desterrar anteriores equívocos y a valorar con más justeza la verdadera envergadura —y la

posible vigencia— del punto de vista, complejo y fecundo, heredado de esa tradición moderna del conocimiento geográfico.

No han faltado, sin embargo, los que, desde los años cincuenta, durante un periodo que ofrece sus más sonados frutos a lo largo de las décadas de los sesenta y los setenta, han querido volver la espalda a semejante punto de vista. Sin ser los únicos, tal vez fueron los autores vinculados a los enfoques de corte neopositivista y marxista los que participaron más activamente en ese rechazo. Unos y otros se ocuparon de proclamar, en este caso, las “escandalosas quintaesencias despectivas” que, como advierte Josep Pla, suelen adornar los inicios de “todos los movimientos de vanguardia” (Pla, 1986: 47). Se decía perseguir nada menos que la “revolución”—ora “cuantitativa”, ora “crítica”— y se decía también a menudo que lo heredado no pasaba de ser una especie de lastre obstaculizador de tan altos designios. Distanciados hoy de los fervorosos entusiasmos de primera hora, provistos ya en estos días de una cierta perspectiva para valorar y comparar con alguna ecuanimidad las opiniones y los resultados de unos y otros, forzoso me parece reconocer que las ópticas contrarias al punto de vista tradicional que han menudeado hasta hace poco dejan bastante que desear.

Creo que ha distado de resultar beneficiosa la propensión que han mostrado a desentenderse de esa tradición anterior. A desentenderse mejor que a negarla, ya que con demasiada frecuencia da la sensación de que responden más a un deseo de cancelar apresuradamente la herencia que de justificar su negación tras haber entablado con ella una verdadera relación crítica y polémica. Tal relación se ha visto suplantada en no pocas ocasiones por la acumulación de lugares comunes que apenas aluden someramente a la real entidad del punto de vista que se pretende rechazar. Es la ausencia de tradición, no su crítica, la que con frecuencia se impone; es un monólogo extraviado, no un diálogo polémico, lo que muchas veces predomina. Se procura volver la espalda a la tradición sin haber demostrado casi nunca, en mi opinión, un entendimiento cabal de la misma. Se tiende a ignorar lo propio y a reconstruir sobre cimientos aproximadamente extraños —es decir, ajenos a esa “propiedad” geográfica— “otro” edificio cognoscitivo.

No es raro encontrar en ello algo de ese acentuado culto a lo “nuevo” o a lo “distinto” que consigue reemplazar el auténtico cultivo de la reflexión crítica. Se suele dar por sentado que lo anterior no sirve —puede asegurarse, por ejemplo, que es “descriptivo” o “engañoso”, insuficientemente “científico” o sobradamente “ideológico”— y, sin perder demasiado tiempo en justificar como es debido semejantes presuposiciones, como si cifrasen algo poco menos que evidente e indiscutible, se procede luego a importar fundamentos “nuevos” o “distintos” —sobre cuya efectiva pertinencia tampoco parecen excesivamente predispuestos a discutir sus respectivos patrocinadores— para el campo del conocimiento geográfico. Según se afirma una y otra vez, ahora se pretende que sea definitivamente “científico” o definitivamente “crítico”: en cualquier caso, que sea definitivamente “otro”. La frecuente —y casi siempre excluyente— proclividad “teórica” y “metodológica”, el imperio de la “abstracción” y del “sistema” sobre una subjetividad infravalorada y que a menudo se estima “perturbadora” o “sospechosa”, la notoria tendencia a buscar en la matemática o en el marxismo el eje vertebrador de la Geografía, me parecen rasgos sintomáticos y elocuentes: todos ellos apuntan hacia la intención de ubicar “otras” cosas en el lugar antes ocupado por el algo más abierto e integrador punto de vista auspiciado por la tradición geográfica moderna.

En alguna ocasión dijo Borges que “todo puede ensayarse, pero lo más importante es que el resultado sea feliz” (Borges, 1985a: 25). A juzgar por lo que hasta ahora han podido depararnos, no parece que pueda considerarse precisamente feliz el resultado de las trayectorias geográficas que durante los últimos años han pretendido desentenderse de la tradición heredada. La Geografía de signo “cuantitativo”, por ejemplo, ha demostrado cumplidamente sus sensibles incongruencias y sus no menos sensibles limitaciones. La valoración que de la misma llevó a cabo Taylor, en términos que no desconocen la ironía y que a veces rinden cierto tributo a la hipérbole, resaltó oportunamente el sesgo, a ratos paradójico en apariencia, de esas incongruencias y limitaciones (Taylor, 1977). Muchos otros autores coincidieron en el diagnóstico: tras las declaraciones altisonantes y las consabidas peticiones de principio, tras las insistentes

proclamaciones de las excelencias de la teoría y del método científico, del razonamiento lógico y matemático y de la práctica formalizada y deductiva, la Geografía vinculada a las concepciones cognoscitivas neopositivistas se mostró incapaz de ofrecer una respuesta realmente digna de tales exigencias y, lo que me parece más importante, ajustada de verdad a las plurales preocupaciones que siguieron latiendo, de una u otra forma, en el campo del conocimiento geográfico. Se mostró demasiado restrictiva y demasiado excluyente: el sino de su oferta fue a menudo el de la banalización contable de lo geográfico.

Apoyada en una concepción del propio campo del conocimiento que considero desorientada e incierta, la perspectiva “cuantitativa” se vio empujada hacia un reduccionismo fiscalista escasamente matizado y en buena medida incompatible con lo que creo que constituye la razón de ser de la Geografía moderna. Había demasiado “ruido”¹⁸ en el campo del conocimiento geográfico y la aplicación del esquema previamente adoptado requirió podar abusivamente su frondosa figura: lo que quedó a la vista no fueron los troncos más vigorosos, sino algunas ramas no siempre interesantes que pudieron plegarse a los imperativos de lo formal. El juicio severo y demoledor del Harvey postpositivista resume el tono de la decepción provocada por los resultados de la “revolución cuantitativa” incluso entre algunos de los que la habían propugnado antes con indisimulado entusiasmo: “La revolución cuantitativa ha seguido su curso y los rendimientos marginales decrecientes se mantienen aparentemente; otra pieza más de la ecología factorial, otro intento más de medir el efecto de disminución con la distancia, otro intento más de identificar la difusión de un bien, todo ello sirve cada vez menos para decirnos algo de importancia. [...] Aún más, existe una clara disposición entre el complejo marco teórico y metodológico que estamos utilizando y nuestra capacidad para decir algo realmente significativo sobre los acontecimientos tal y como se están desarrollando alrededor nuestro” (Harvey, 1977: 133-134).

¹⁸ Cfr., a propósito del tratamiento recomendado para el “ruido” que “oscurece” la información geográfica, Haggett, P. & Chorley, 1971: 7-43.

Tampoco merece juicios mucho más benévolos, según creo, la trayectoria seguida por quienes pretendieron encontrar en el marxismo la piedra de toque para fundamentar otra “nueva” concepción de lo geográfico. Sus resultados oscilan a menudo entre la mera utilización reverencial de los textos de los fundadores o de los escoliastas de turno y la adopción de unos recursos terminológicos que apenas disimulan su dudoso tino y la escasa pertinencia de los contenidos que encubren. Para comprobar lo primero basta ojear, por ejemplo, las escolares refundiciones y transliteraciones de los postulados marxistas que con frecuencia se han venido ofreciendo en las páginas de *Antipode*. Para constatar lo segundo puede revisarse con un poco de seriedad el grado de consistencia del generalizado empleo del lema de la “producción social del espacio”: a veces parece el enunciado infeliz de algo bastante simple y desde hace algún tiempo sobradamente sabido —que lo espacial y social mantienen ciertas relaciones—; y a veces, cuando quiere adquirir mayor precisión, parece aludir a unilaterales y equívocas determinaciones productivistas de lo geográfico tan difícilmente justificables en sí misma como inadecuadas para dar cuenta convincentemente de los nexos —algo más variados y complejos— que han llamado y llaman la atención de nuestro campo del conocimiento. Con demasiada frecuencia las ópticas directamente tributarias del marxismo han demostrado su propensión a hacer de la Geografía una especie de seudoeconomía política o seudohistoria social. Y, por lo que sé, no se han mostrado efectivamente capaces de proveer al conocimiento geográfico de ingredientes aptos para cimentar los “nuevos” derroteros que se anunciaron con desafiantes seguridades. Las fisuras del panorama deudor del marxismo no han sido, a mi entender, menos graves que las que exhibió el edificio “cuantitativo”. De ambas maneras se sumó a la desacertada condena de lo mejor de la tradición moderna precedente la adopción, más o menos apresurada, de enfoques cognoscitivos escasamente propicios —a juzgar por los resultados— para fundamentar con suficiente coherencia horizontes geográficos dignos de tal nombre.

Las dos perspectivas citadas no agotan, a pesar de su sensible influencia, los senderos del panorama geográfico de los últimos años. Conviene re-

cordar, ante todo, que hubo a lo largo de ese periodo quienes se mostraron menos despectivos hacia la herencia de la tradición moderna y siguieron sosteniendo con algún sentido crítico lo fundamental del punto de vista anterior, al tiempo que continuaron también mostrando la vigencia de sus modalidades regionales o corológicas. A veces contra viento y marea, procurando siempre ejercitar ese “sentido común” y esa “higiene mental” que suele constituir, como advierte Octavio Paz (Paz, 1984: 127), saludables remedios contra las dolencias contagiosas que de vez en cuando amenazan a los lenguajes —incluido, claro está, el lenguaje geográfico—, intentando además preservar tal punto de vista y tales modalidades regionales o corológicas de los peligros degenerativos fomentados por sus menos reflexivos y más rutinarios imitadores, algunos —no muchos— consiguieron demostrar la actualizada fecundidad del punto de vista abierto e integrador sugerido por la propia tradición moderna. No faltan en esos años, por ejemplo, trabajos dedicados al estudio de unidades regionales que son sobradamente capaces de constatarlo: el hecho de que se hayan aireado —y acaso leído— menos que otros productos preferidos por las modas de turno no disminuye su valor.

Y hay que añadir, por otra parte, que, incluso, entre las “nuevas” tendencias, afloraron posturas —en ocasiones preocupadas por los modos de percibir y vivir lo geográfico; en ocasiones empeñadas en buscar respuestas que, sin ignorar lo “científico” o lo “crítico”, eludiesen los riesgos probados del monolitismo cognoscitivo— que procuraron irse distanciando de las ortodoxias de uno u otro signo y, en su camino, a veces encontraron ciertas huellas anteriores que estimaron válidas y, por tanto, dignas de ser debidamente tenidas en cuenta. En esta línea se inscriben —para citar un caso bastante elocuente, aunque no comparta del todo, por considerarlos a ratos algo epidérmicos y teñidos de un extraño “moralismo”, sus resultados interpretativos— los acercamientos de Buttimer a la “tradición geográfica francesa” (Buttimer, 1980). Y un autor que, como Racine, no ha desoído las llamadas “cuantitativas” y “radicales” de los últimos tiempos, pero tampoco ha secundado sus empobrecedoras intemperancias, ha sugerido no hace mucho la posibilidad de buscar “la garantía de la pertinencia” del

campo del conocimiento geográfico en torno a la idea de “hombre-habitante” que supo resumir “muy afortunadamente” Maurice Le Lannou (Racine, 1981: 159-162).

Los caminos de la pluralidad

Al creciente y acaso inevitable descrédito de las engañosas veleidades “revolucionarias” del pasado más próximo —descrédito que sólo la pereza intelectual puede ya disimular malamente— se ha superpuesto en nuestros días, en el campo del conocimiento geográfico, una mayor pluralidad de preocupaciones e intenciones. Se dibuja hoy en ese campo un variado panorama en el que no escasean ni las inseguridades ni el florecimiento de tentativas dispares y de desigual interés. Me parece que para entenderlo es necesario tener en cuenta la posible influencia de una crisis de mayor alcance que viene afectando, desde hace algún tiempo, a ciertas certidumbres que antaño parecieron bastante sólidas. Luego diré algo acerca del significado de tal crisis y de sus presumibles consecuencias en el ámbito actual del conocimiento geográfico: ahora creo suficiente recordar su presencia y adelantar la opinión de que la misma no es ajena al multiforme espectro de reconsideraciones y de búsquedas —también de renunciaciones y de huidas— que ofrece ese ámbito.

Las recientes contiendas internas y el generalizado cuarteamiento de los grandes “mitos” científicos, políticos e ideológicos arraigados hasta hace poco han contribuido a favorecer un cierto clima de desconcierto en nuestro campo del conocimiento. Extenuadas las convicciones y las doctrinas de ayer, debilitada a menudo la memoria de la propia tradición, la Geografía parece correr el riesgo de perder su razón de ser entre una multitud de insinuaciones diversas y tal vez divergentes. Cunden la

incertidumbre y la insatisfacción —basta tener al día las lecturas para comprobarlo—, se multiplican los ensayos y los síntomas, abundan los que procuran recomponer la figura de cualquier manera y no faltan las sospechas, más o menos irónicas, sobre el sentido mismo que cabe atribuir hoy, a la vista de semejante panorama, al conocimiento geográfico. Me doy cuenta de que se trata de una situación difícil de abarcar y no del todo cómoda, pero no estoy seguro de que la actual pluralidad sea más inquietante que las mineralizadoras uniformidades cognoscitivas que se promovieron anteriormente con cierta apesuración. Al menos aquélla —con todas sus limitaciones y aun sus despropósitos— sugiere en parte las variadas posibilidades que puede entrañar el conocimiento geográfico y tiende a poner en entredicho la viabilidad de encorsetarlo en aras de las consabidas exigencias de los “jacobinismos” intelectuales de cualquier signo.

Creo, además, que en el panorama geográfico de estos tiempos se han dejado ver algunos rasgos que no carecen de interés. Uno de ellos es la sensible tendencia a reconocer otra vez el papel del sujeto en el campo del conocimiento geográfico: reconocimiento que se dobla de manera que atañe al propio sujeto que conoce, implicado con todas sus facultades y de nuevo consciente —como recordó Yi-Fu Tuan— de que “conocer el mundo es conocerse a sí mismo” (Tuan, 1971: 181), y atañe también a los atributos cualitativos de lo conocido, esos atributos constituidos en no pequeña medida por las representaciones del mundo animadas por los hombres. El geógrafo no debe desentenderse —para emplear palabras de Racine— del “conocimiento del conocimiento” que el hombre tiene de su entorno, y para desentrañarlo conviene que ejercite “todos sus recursos científicos, culturales y críticos”, sin olvidar por lo demás que el espacio en el que vivimos señala asimismo el “lugar” de la ética (Racine, 1981: 160).

Otro de esos rasgos es la revalorización que algunos autores proponen del significado del estudio regional o corológico. Coinciden en ello perspectivas bastante distanciadas. Derek Gregory, por ejemplo, afirma que “necesitamos saber algo sobre la constitución de las formaciones sociales *regionales*, de las articulaciones *regionales* y de las transformaciones

regionales”, y en la línea de relacionar lo “social” y lo “regional” atisba la posibilidad de una “geografía doblemente humana: humana en el sentido de que reconoce que sus conceptos son contribuciones específicamente humanas, enraizadas en formaciones sociales específicas, capaces de un examen y una crítica continuas, y exigiéndolos; y humana en el sentido de que restaura los seres humanos a sus propios mundos y les permite tomar parte en la transformación colectiva de sus propias geografías humanas” (Gregory, 1984: 279). Con menos resabios terminológicos y más precisión valorativa ha hablado hace poco Dov Nir de lo mismo: “La geografía regional juega un papel social importante en nuestra época, cuando la uniformidad lucha contra el pluralismo. Si admitimos que *la libertad se define como el derecho a ser diferente del otro*, es la geografía regional, atenta a los rasgos individuales, a los rasgos característicos, al ‘ruido’, la que abre al pensamiento la percepción de la libertad, del derecho a ser diferente, del derecho a un género de vida individual” (Nir, 1985: 71).

Éstos son algunos de los rumbos que pueden detectarse en el más reciente panorama del conocimiento geográfico y los que me parecen más interesantes. Demuestran, en cualquier caso, que ciertas preocupaciones del momento apuntan —aunque sea con desigual fortuna— hacia las características que he considerado fundamentales del punto de vista auspiciado por la tradición geográfica moderna. Posiblemente puedan hoy adoptarse actitudes bastante diferentes a la hora de intentar justificar el conocimiento geográfico, de procurar entender su verdadera razón de ser. Prefiero las que se muestran más capaces de aproximarse reflexivamente al punto de vista abierto e integrador que constituye lo mejor de la propia tradición. Se trata —ya lo dije— de una elección personal, de una particular ubicación genealógica: creo que la justificación y la razón de ser del conocimiento geográfico de nuestros días pueden encontrarse en las claves genuinas de la actitud epistemológica que atraviesa su mayor tradición. Entre todas las modalidades imaginables de concebir hoy la Geografía,

la que más me interesa es aquella que consiste en *asumir* —es decir, en asimilar con algún sentido crítico— la propia tradición.¹⁹

¹⁹ Nota eds. Ortega señala que se han desarrollado algunas orientaciones que le parecen la geografía. "Y eso particularmente interesantes en el terreno de la geografía. Y eso se ha producido dentro de un panorama de la disciplina que sigue siendo muy heterogéneo y fragmentado. "Basta consultar las revistas geográficas más significadas de nuestros días para constatar esas características. Y hay que añadir que la heterogeneidad ha ido creciendo a medida que crecía la especialización. La práctica investigadora se especializa cada vez más, y se aparta con ello [...] de la intención integradora, de la voluntad de unidad, que caracterizó el horizonte de la geografía clásica. Es difícil encontrar ahora en las universidades españolas, por ejemplo, un profesor con conocimientos simultáneos de geografía física y geografía humana" (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

Crisis de la modernidad y conocimiento geográfico

Alguien directamente implicado en las revisiones críticas de los últimos tiempos ha dicho que “la geografía ha de ser una empresa mucho más difícil de lo que muchos de nosotros hemos querido aceptar” (Gregory, 1984: 277). Las razones que invoca a propósito de tal opinión me parece que incurren en ciertos equívocos, pero la conciencia de esa “dificultad” —manifestada, por cierto, como conclusión de una obra dedicada a denunciar las “insuficiencias” de la denominada “geografía tradicional” y a proclamar la “superioridad” de lo que se considera “geografía crítica” (ibídem: 273-279)— es indicativa de los problemas planteados a la hora de postular en nuestros días un entendimiento actualizado y convincente del quehacer geográfico. La proliferación de respuestas, la acumulación de reorientaciones y de búsquedas, la dispersión de trayectorias cognoscitivas tiene que ver con esos problemas. Y todavía más: puede que la abundancia de sugerencias dispares y a menudo fragmentarias no esté lejos de alcanzar ese punto de saturación en el que, como señala Umberto Eco, “la cantidad neutraliza nuestra capacidad de reacción” (Eco, 1985: 3). No es fácil —lo ha reconocido recientemente Paul Claval— orientarse como es debido en el muy plural panorama de la Geografía del momento: al geógrafo acaso le espera un trabajo importante —un trabajo que Claval estima humana y socialmente imprescindible—, pero ese trabajo será “largo y difícil” (Claval, 1984: 417, 422).

Los más perspicaces no suelen ignorar que lo que está en juego es el sentido mismo del conocimiento geográfico, la razón de ser de eso que continuamos llamando, a pesar de todo, Geografía. Voy a referirme a ello. Y creo que, para hacerlo, conviene tener presente lo que ya he insinuado anteriormente: no me parece posible pensar hoy en el sentido del conocimiento geográfico, en la razón de ser de la Geografía, ignorando la presencia y las consecuencias de esa crisis general que viene sacudiendo desde hace algún tiempo ciertos pilares de la modernidad. Me limitaré aquí a recordar brevemente algunos de sus rasgos: los que pueden influir más claramente, en mi opinión, en el propio proyecto geográfico. Lo primero que, en este sentido, creo oportuno tener en cuenta es que tal crisis es, ante todo, una crisis de la idea de “progreso”, de esa idea cuya aceptación “exige un acto de fe” —“no puede probarse su verdad o falsedad”, según advierte John Bury (Bury, 1971: 16)— y que, como demostró sobradamente David S. Landes, arraiga firmemente entre las creencias que cimentan la “racionalidad” científica y técnica agigantada por la Revolución Industrial (Landes, 1979: 15-55). Las palabras de Stefan Zweig no sintetizan mal el carácter del talante “progresista” que alentó durante el siglo pasado y que, a veces renovado y aun agudizado, siguió ejerciendo su influjo hasta los desfallecimientos producidos en la segunda mitad de nuestra centuria: “En su idealismo liberal —escribe Zweig—, el siglo XIX estaba sinceramente convencido de encontrarse en el camino más recto e infalible del ‘mejor de los mundos’. [...] Y esta fe en el ‘progreso’ ininterrumpido e irresistible tenía para aquellos tiempos la fuerza de una religión. Se creía en el ‘progreso’ más que en la Biblia, y su evangelio parecía incontrovertiblemente ratificado por los milagros, renovados diariamente, de la ciencia y de la técnica” (Zweig, 1968: 12-13).

Pero la historia se ocupó de demostrar la certeza de lo que supo formular escueta e irónicamente Elias Canetti: “El progreso tiene sus desventajas; de vez en cuando hace explosión” (Canetti, 1982: 69). Sus explosiones no han sido pocas y han dado al traste con las convicciones que avalaba. Han puesto en entredicho la hipertrofiada confianza en el poder de la ciencia y de la técnica —esos instrumentos tan venerados por la “razón”

progresista—, el decidido culto al “cambio” y al “futuro”, la enraizada suposición de un tiempo histórico lineal que avanza resueltamente hacia lo “mejor”, hacia metas “superiores” inscritas “objetivamente” —por encima y a pesar de los avatares concretos del individuo— en la sustancia misma de la Historia. “La modernidad —dice Octavio Paz— cargó el acento no en la realidad real de cada hombre, sino en la realidad ideal de la sociedad y de la especie. [...] El tiempo humano cesa de girar en torno al sol inmóvil de la eternidad y postula una perfección no fuera, sino dentro de la historia; la especie, no el individuo, es el sujeto de la nueva perfección, y la vía que se le ofrece para realizarla no es la fusión con Dios, sino la participación en la acción terrestre, histórica. [...] No la fusión con Dios, sino con la historia: ése es el destino del hombre. El trabajo substituye a la penitencia, el progreso a la gracia y la política a la religión” (Paz, 1981: 52-53). Se tiende a concebir la historia como un proceso lineal y progresivo: negación “superadora” del pasado y acelerado acercamiento a un “después” culminante que ilumina “racionalmente” —y justifica— los afanes y las penurias del presente. En aras de la sociedad y de la especie —en aras del “futuro” que reclama la Historia— se insta al hombre a que deponga su individualidad o, cuando menos, la acompase al ritmo y a las exigencias del “progreso”. Todo eso —que no hace sino manifestar la inclinación a subordinar al sujeto a los modernos dictados de la “razón” histórica y progresista— es lo que hoy, y desde hace algunos años, se encuentra sometido a frontales y acaso definitivas críticas.

Hoy sabemos de sobra —aunque algunos se empeñen en disimularlo— que “la historia ignora la línea recta” (ibídem: 43). Hemos podido comprobar —nuestro siglo ha sido pródigo en demostraciones— que la Historia progresiva en las que tantas veces se ha confiado no es más que una superstición que arrastra consigo un número elevado de equívocos y desatinos; entre éstos se encuentran los que se refieren al indiscutible primado de la ciencia —con sus consabidos y extremosos apremios teóricos y metódicos— y la benefactora mediación de la técnica, al rendido tributo reclamado para el “cambio” y el “futuro” y a la indisimulada exaltación del profetismo revolucionario. En nombre del “progreso” científico y políti-

co, en nombre de los “destinos” inmanentes del tiempo histórico lineal se han cometido demasiados atropellos —sociales e intelectuales— y su mención ha dejado de despertar las generalizadas simpatías de antaño. “No es ya el hombre el que se sirve de la ciencia y de la técnica —advierde Antonio Campillo—, sino que son éstas las que se sirven del hombre para crecer a sus expensas. Es precisamente de esta ‘segunda naturaleza’, de este organismo artificial creado por nosotros mismos, de quien tenemos que defendernos ahora. El drama del doctor Frankenstein es nuestro propio drama”. Por ello, “la lógica propia de la sociedad contemporánea es cada vez menos la del progreso y cada vez más la de la supervivencia”. Por ello también “el problema ahora no es hacer un calendario de la revolución sino un mapa de la resistencia” (Campillo, 1985: 78-79, 94).

El “futuro” evocado por la “racionalidad” del “progreso” ha insinuado su verdadero rostro: en él no se hallan imágenes que permitan alimentar la esperanza; en él habitan figuras indeseables y amenazantes. “En los últimos años —afirma Octavio Paz— ha habido un cambio brusco: los hombres empiezan a ver con terror el porvenir y lo que apenas ayer parecían las maravillas del progreso hoy son sus desastres. El futuro ya no es el depositario de la perfección, sino del horror. [...] Los valores que irradiaba *cambio* ahora se han trasladado a *conservación*. El presente hace la crítica del futuro y empieza a desplazarlo” (Paz, 1981: 213). Es, como recuerda Gianni Vattimo, “la disolución del concepto mismo del progreso” (Vattimo, 1986: 15).

Al futuro sucede el presente. Al geométrico panorama dibujado con los tonos del “cambio” y de la “ruptura”, del insaciable “progresismo” científico y técnico, sucede ahora un horizonte cultural más incierto y laberíntico, pero también bastante menos abstracto y segregado del sujeto. La historia se comienza a entender de otro modo: deja de ser habitáculo de “destinos” inevitables y empieza a ser escena azarosa y variada en la que los hombres actúan como tales. Lo que pierde de sistemática e impuesta derecha queda felizmente compensado por lo que gana en complejidad y diversidad: ahora es menos esquemática y extraña, más próxima a las preocupaciones y las inquietudes humanas. “La historia —para emplear de nuevo

palabras de Octavio Paz— es diaria invención, permanente creación: una hipótesis, un juego arriesgado, una apuesta contra lo imprevisible”. La historia “dejó de ser un discurso para volver a ser un texto enigmático aunque, tal vez, no del todo incoherente”. Y “la historia, que es un lenguaje, es sobre todo una metáfora. Esa metáfora es muchas metáforas: las sociedades humanas, las civilizaciones; y una sola metáfora: el diálogo entre el hombre y el mundo” (Paz, 1982: 199, 201, 212).

Con todo ello ha salido también muy malparada la peregrina idea de “superación” que tantos estragos causó en otros tiempos. Es esa idea que permite representar cualquier historia —la de la filosofía o la de la ciencia, la de la sociedad o la de la cultura— como una sucesión de “superaciones” en el recto camino de la “perfección” progresista. Se trata de una consecuencia más de lo que Gabriel Zaid ha llamado “la ciega voluntad del progreso” (Zaid, 1982: 220). Su aplicación a nuestro campo del conocimiento puede dar resultados como el siguiente: la Geografía de cuño marxista “supera” a la Geografía de filiación neopositivista, que “supera” a la Geografía de índole regional o corológica, que “supera” a la Geografía decimonónica. Así de sencillo y así de erróneo. Parece cierto que “el ideal del progreso es algo vacío y su valor final es el de realizar condiciones en que siempre sea posible un nuevo progreso” (Vattimo, 1986: 15). Hay una dilatada cadena de “superaciones” y cada momento de esa cadena pierde valor en sí mismo y se convierte en una manifestación siempre imperfecta de lo que deparará un “futuro” siempre lejano. “La cosmogonía moderna —escribe Zaid— no tiene séptimo día. Su ideal es trabajar tres turnos diarios de siete días por semana. El progreso no lleva a la plenitud satisfecha: no culmina. Toda culminación es transitoria, superable por la siguiente, en una serie interminable. Nada acaba de estar bien: el hombre mismo es un prehombre transitorio, un borrador desechable de un prehombre superior” (Zaid, 1982: 219-220).

Hoy, por el contrario, se tiende a situar la idea de “superación” en el lugar destinado a los más desatinados prejuicios y se procura mantener una actitud bastante más ecuánime respecto del pasado. No hay “superaciones” ni “avances” progresivos hacia lo “superior”: hay preguntas que

permanecen —las preguntas que se hace el hombre sobre el mundo y sobre sí mismo— y hay respuestas diversas —ni “mejores” ni “peores” por su ubicación temporal concreta— que pueden mantener un verdadero diálogo. Hay problemas que son persistentes, que niegan las “rupturas” que la idea de “superación” presupone, y esos problemas se plantean a los hombres “cada vez en un horizonte social e intelectual diferente, y por ello tienen que afrontarlos cada vez con respuestas sociales e intelectuales diferentes, ni peores ni mejores que las anteriores” (Campillo, 1985: 89). De ahí que el pasado deje de tener ese carácter de “inferioridad” o de mero eslabón “previo” y más “imperfecto” que impone decididamente la óptica de las “superaciones” progresivas. Hoy el presente sucede al futuro y puede dialogar vivamente —sin perder el talante crítico y aun polémico— con su propio pasado.

La crisis parece así afectar a algunas de las creencias que ha frecuentado la modernidad desde hace tiempo y que cobraron una inusitada intensidad con los vanguardismos de toda índole que se sucedieron en nuestro siglo. Con estos últimos se agudizó al máximo el imperio de tales creencias y, al mismo tiempo, se llegó al límite de sus posibilidades. Un límite que ha permitido captar con bastante nitidez la falacia y la contradicción de los arbitrarios presupuestos que han venido poniendo en juego. La obsesión por el “cambio” y la “ruptura”, el culto a las “superadoras” pretensiones del “progresismo” científico y político, la afirmación de un tiempo lineal cuyos “destinos” inmanentes se sobreponen de forma abstracta a los hombres concretos y a las concretas situaciones del presente han mostrado su debilidad intelectual y sus indeseables consecuencias prácticas.

No quiero sacar conclusiones apresuradas de semejante crisis —objeto en nuestros días de numerosos debates en los que se confrontan opiniones para todos los gustos— y tampoco deseo caer en la tentación de secundar posturas reactivas que vienen a ser como la simetría inversa de aquellas que critican. Pero me parece que sí es posible reconocer la emergencia de una sensibilidad actual distinta de la de anteriores momentos modernos. Se trata de un talante que procura renunciar a los estrechos cauces dogmáticos y uniformadores de antaño; un talante que busca caminos más

flexibles y más atentos a lo individual, más inclinados hacia el presente y más predispuestos a aceptar el pleno ejercicio de la subjetividad. Parece ser una sensibilidad menos observante y más observadora, menos complacida y más irónica, menos crédula y más interrogativa. Acaso señala una vuelta al hombre, una llamada al individuo capaz de pensar, de sentir y de imaginar; y acaso esa vuelta y esa llamada nos acercan —así lo cree Octavio Paz (Paz, 1981: 219)— a lo mejor del espíritu romántico.

Por todo ello creo que el momento actual puede ser más propicio que otros no lejanos para valorar menos sesgadamente el punto de vista abierto y flexible que postula la tradición geográfica moderna y que, como dije, no es ajeno a las actitudes y las intenciones del romanticismo. No se trata —lo dije también— de adoptarlo literalmente, de imitarlo ingenuamente como si nada hubiese pasado entre tanto; se trata de asumirlo y transformarlo, de tomarlo —porque me parecen fecundas y vivas sus sugerencias esenciales— como piedra de toque para reflexionar hoy acerca del sentido del conocimiento geográfico. En ese punto de vista encuentro, por ejemplo, un reconocimiento de la plena participación del sujeto en el quehacer cognoscitivo que considero más que recomendable en nuestros días. No hay necesidad alguna de ocultar lo que pueda haber de condescendencia con ciertos optimismos progresistas o con ciertas confianzas en el prestigio atribuido a la ciencia para afirmar que los autores invocados aquí como máximos exponentes de tal punto de vista nunca llegaron a olvidar —otros, más propensos al “especialismo”, sí lo olvidaron— que la mirada reclamada por lo geográfico es plural y convergente, requiere contar con la entera presencia de la subjetividad.

La modernidad geográfica se muestra capaz de enderezar un saber ver, un punto de vista, que no se rinde a las seducciones del objetivismo racionalista: en sus orígenes late con fuerza el espíritu romántico y a él debe algunos de sus mayores logros. Es la “otra” tradición de la modernidad —la que se rebela contra las cosificadoras exigencias del escueto racionalismo— la que la Geografía supo aprender en el romanticismo y supo poner en práctica una y otra vez. Por eso el punto de vista geográfico tradicional es —y puede seguir siendo— interesante y sugerente: ni es un

“racionalismo” exclusivo y excluyente, ni es un “irracionalismo” reactivo; es la afirmación de la conveniencia de integrar las posibilidades deparadas por la razón científica en un horizonte más amplio que no ignore la plena implicación de las facultades —ideales, sentimentales, imaginativas— del sujeto en el intento de captar y comprender como es debido lo geográfico. Acaso puedan hoy matizarse o corregirse los significados y los alcances atribuibles a esa razón y a esas facultades, pero lo fundamental del punto de vista auspiciado por la tradición geográfica moderna —la voluntad de conseguir su equilibrada convergencia en una mirada que es cultural y concierne al tiempo al cultivo de las aptitudes intelectuales, éticas y estéticas de quien mira— me parece hoy mismo, tras la crisis de tantas prepotencias reductoras y de tantos dogmatismos empobrecedores, saludablemente vigente y bastante útil para encarar la razón de ser del propio compromiso cognoscitivo.²⁰

Con alguna razón ha advertido Jean-Bernard Racine las notables dificultades que pueden plantearse actualmente a la hora de perfilar el “estatuto de inteligibilidad” de las finalidades del conocimiento geográfico. “En el corazón de todas las dificultades —escribe— se encuentra un problema de índole casi ontológica: todo depende de la forma como definimos al hombre y de la medida en que esa definición esté ligada a nuestra comprensión de la espacialidad. Y todo depende, *al mismo tiempo*, de un modo de representación general, al que no somos ajenos, que se compone de todas las imágenes que una sociedad constituye, produce o se da de sí misma”. De ahí que recomiende la aceptación de “un pluralismo sin eclecticismo”, que procure a la vez obviar el doble riesgo de la uniformidad a ultranza y de la pulverización creciente. “Se trata —añade— de evitar caer en el

²⁰ Nota eds. En opinión de Nicolás Ortega “no son pocas las manifestaciones actuales del conocimiento geográfico que se muestran comprometidas con las situaciones y la búsqueda de soluciones de índole social y ambiental. El compromiso social y ambiental no es ajeno, desde luego, a las expresiones actuales de la geografía. Los geógrafos vinculados en los últimos tiempos a los puntos de vista radicales han ofrecido ejemplos elocuentes de esas actitudes comprometidas” (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

peligro de una dogmática trayectoria unidimensional y rutinaria, siempre tentadora, sobre todo si favorece una cierta coherencia interna. Delimitar con demasiada precisión el propósito de los geógrafos es convertir nuestra disciplina en un sistema cerrado, con la pronta amenaza de la entropía. Por el contrario, dejar estallar el sistema en todas las direcciones sin asegurar una mínima integración de sus partes no es dejarlo evolucionar, es dejarlo destruirse”. Por todo ello considera conveniente, pese a sus no menguadas dificultades, adoptar algún eje orientador que pueda dar sentido a ese pluralismo y distanciarlo así del simple eclecticismo: tal eje orientador puede encontrarse, hoy mismo, en términos axiomáticos o indagando en “la historia de las prácticas geográficas” (Racine, 1981: 89-91, 132-133).

A la segunda de estas posibilidades se acerca lo que vengo proponiendo aquí desde el principio: ampliando un poco el alcance y la intención de la revisión del pasado esbozada por Racine, creo que la tradición geográfica moderna proporciona una vía fecunda e interesante para orientar ahora el planteamiento y el desarrollo del propio quehacer. Dicho con otras palabras: creo que la verdadera razón de ser —la verdadera justificación intelectual y moral— del conocimiento geográfico en nuestros días sigue consistiendo en afirmar ese punto de vista abierto e integrador que aparece una y otra vez en los mejores exponentes de nuestra moderna tradición y que, como tal, permite incorporar críticamente lo que pueda haber de valioso y de pertinente en las variadas preocupaciones y sugerencias del momento.²¹

²¹ Nota eds. Entre los geógrafos clásicos, "hubo algunos ejemplos notables de compromiso con las causas sociales y políticas, que fueron más frecuentes en el ámbito anglosajón, aunque no faltaron en otros", precisa Ortega. "En los decenios más próximos, creo que, sin ser los únicos, los que muestran un grado mayor de compromiso en esa dirección son los geógrafos que, de un modo u otro, prolongan los puntos de vista críticos derivados de los planteamientos radicales [...] La obra de William Bunge sobre *Fitzgerald* sigue siendo, en mi opinión, una de las mejores muestras de este tipo de trabajo geográfico [...] ese compromiso, sin duda valioso y fructífero, debe ampliar su arraigo en el mundo de la geografía y debe proyectarse igualmente, como está sucediendo de hecho, a otros

Tal punto de vista entraña un entendimiento de lo geográfico que ayuda bastante a orientarse en el pluralismo sin negarlo, pero sin sucumbir tampoco en el sinsentido de su recepción indiscriminada. El hecho de no ignorar el pluralismo no debe confundirse con la aplicación de esos raseros igualitarios del eclecticismo que a menudo no hacen sino alimentar la pereza intelectual y confundir más las cosas. No todo sirve, y no todo lo que sirve tiene igual valor, si se acepta como núcleo característico del conocimiento geográfico el punto de vista aquí considerado. Aceptarlo es, desde luego, una posibilidad entre otras. Pero esa posibilidad me parece hoy recomendable porque, además de proporcionar un entendimiento de lo geográfico rico, convincente y susceptible de ser flexiblemente recreado en nuestros días, contiene ingredientes cualitativos que lo acercan con viveza —no me han faltado ocasiones para comprobarlo en mi actividad docente— a la sensibilidad que está emergiendo tras la crisis generalizada a la que antes me he referido.

Por todo ello entiendo, en resumen, que la Geografía asumiendo lo mejor de su propia tradición moderna, debe promover hoy actitudes e intenciones epistemológicas con voluntad de unidad; debe fomentar un punto de vista que, sin rechazar la parte que en cada caso quepa atribuir razonablemente a las explicaciones —algo mayor que la escueta y muy limitada “explicación” formalista—, se adentre en el más vasto y complejo horizonte de la comprensión, un punto de vista que intente conciliar lo empírico y lo metaempírico, la experiencia y la idealidad, en una perspectiva que se sabe decididamente cultural; debe auspiciar, en fin, un auténtico saber ver que concierne plenamente a la subjetividad —que comporta pensar, sentir e imaginar, que atañe a lo intelectual, a lo ético y a lo estético— y que adquiere así un sobresaliente carácter formativo y educador. La Geografía debe ser ahora, como lo ha sido siempre en manos de sus mayores artífices, un modo de *dialogar* con el mundo.

campos del conocimiento con similares componentes humanistas y culturales” (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

Sugerencias

Una vez dicho todo lo anterior, dedicaré lo que resta a exponer sumariamente algunas consideraciones que, además de complementarlo, pretenden suscitar ciertas sugerencias encaminadas a favorecer hoy el cultivo de las actitudes e intenciones geográficas que vengo comentando. Lo primero que en este sentido quiero señalar es algo que coincide con las conclusiones obtenidas por Josefina Gómez Mendoza en un artículo reciente: conviene dar por terminada “la obsesión por la cientificidad plena”; tal obsesión es un espejismo —engaña sobre el sentido del conocimiento geográfico y, además, supone dudosas fronteras entre lo “científico” y lo “no científico”— y tras ese espejismo se esconde una trampa peligrosa: la de promover el equívoco —advertido ya por Edward P. Thompson en otros ámbitos cognoscitivos (Thompson, 1981: 257)— de que todo lo que merece la pena saber en nuestro campo del conocimiento “puede deducirse de una especie de juego de mecano conceptual” (Gómez, 1986: 42).

Sin desmedro alguno del rigor intelectual y cultural del conocimiento geográfico, hay que reconocer definitivamente que la pretensión de reducirlo a cánones científicos más o menos escrupulosos mutila gravemente su sentido y sus posibilidades y conduce una y otra vez hacia callejones sin salida. La peripecia de la Geografía durante décadas todavía próximas demuestra que no ha sido ajena al dilema planteado —como advirtió certeramente Carlo Ginzburg— en el ámbito de los conocimientos relativos al hombre por la adopción del modelo de las ciencias de la naturaleza:

“o bien se sitúan en un bajo nivel científico para estar en condiciones de alcanzar resultados importantes, o bien se sitúan en un alto nivel científico para alcanzar resultados sin gran importancia” (Ginzburg, 1979: 276). El conocimiento geográfico, en la medida en que quiere atender al hombre y las relaciones que éste mantiene con el mundo, es un saber que sobrepasa ampliamente la restrictiva frontera de cualquier imperio científico. Requiere aproximaciones plurales y convergentes y requiere asimismo comprender lo geográfico: y comprender “significa abarcar, ceñir, entender, penetrar, no reducir” (Paz, 1984: 134).

De ahí que considere también necesario descreer abiertamente de la posibilidad de ampararse en ninguna ortodoxia “teórica” o “metodológica”. El valor de la “teoría” me parece bastante más relativo y limitado de lo que ha solido presuponerse. “Las teorías —para emplear palabras de Borges que vienen al caso— pueden ser admirables estímulos [...] pero asimismo pueden engendrar monstruos o meras piezas de museo” (Borges, 1985b: 13). El conocimiento geográfico entraña, entre otras cosas, reflexiones teóricas: ello no quiere decir que deba someterse a los excluyentes dictados de la “teoría”. No hay —lo ha recordado también Josefina Gómez Mendoza (Gómez, 1986: 43)— ninguna “teoría de la Geografía” en el sentido teórico —sistemático y abstracto— de la expresión. Como tampoco hay ningún “método” preestablecido que garantice el feliz desenlace del quehacer geográfico. La fortuna de tal desenlace no estará determinada —no puede estarlo— por la perseverante observancia de “método” alguno: parece depender más bien de la pertinente convergencia de variadas perspectivas cognoscitivas en una empresa que no es indiferente a las concretas aptitudes que sabe poner en juego quien participa en ella.

El “taller” del geógrafo no parece ser, bien mirado, ni menos complejo ni menos indómito a los reglamentismos uniformadores que el “taller” del historiador reconstruido, con diversos testimonios de primera mano, por Curtis: y algún historiador llegó a afirmar lacónicamente, respondiendo a las preguntas de aquél, que “nadie procede como los manuales de investigación dicen que procedemos” (Curtis, 1975: 15). Tampoco el “saber hacer” geográfico es algo que pueda cifrarse en la impersonal y mecánica

sumisión a las geometrías metodológicas de uno u otro signo. No hace falta estar enteramente de acuerdo con Feyerabend (Feyerabend, 1981) para reconocer la conveniencia de no silenciar en aras del “método” la más rica gama de recursos que el geógrafo puede y aún debe desplegar en beneficio del entendimiento que persigue.

Hay otro aspecto, relacionado con los anteriores, que me parece interesante destacar: el sentido abiertamente cultural que debe manifestar, según creo, la Geografía. No me refiero sólo al hecho de que el conocimiento geográfico tenga que ocuparse de las huellas culturales que encuentra en su camino —no trato únicamente de señalar lo que pueda tener de Geografía “cultural”—, sino que pretendo afirmar que tal conocimiento, en sí mismo, debe participar *de* y *en* la cultura de su tiempo. El punto de vista geográfico es una modalidad de la cultura y, como tal, reclama el cultivo de la sensibilidad cultural de quien lo aprende y de quien lo practica. No es un hábito o una técnica que pueda resolverse mediante la “instrucción”; es una mirada cultural que pone a prueba las facultades de cada sujeto. Se nos dijo hasta la saciedad que el geógrafo sería mejor cuanto más preparado estuviese en el campo lógico o en el matemático, cuanto más familiarizado se hallase con las estructuras económicas o con las formaciones sociales; no está de más afirmar ahora que el conocimiento geográfico precisa —y lo precisa como conocimiento geográfico— ese aliento cultural que traspasa sus mejores manifestaciones. No creo que el geógrafo deba ser —o, por lo menos, no creo que deba ser solamente— una especie de “experto” o “perito” en procedimientos espaciales o, como suele decirse en nuestros días, “territoriales”: creo que debe ser, por encima de todo, un hombre interesado en entablar un verdadero diálogo con lo geográfico. El signo del punto de vista geográfico es cultural: propone una representación cultural del mundo. La conciencia y la experiencia del sujeto, el continuo ejercicio de sus aptitudes perceptivas y creativas, no son ajenos al quehacer geográfico. Y es ese carácter dialogante —culturalmente dialogante— del saber geográfico lo que, en mi opinión, debe prevalecer en sus expresiones docentes o investigadoras.

La afirmación del sentido cultural del punto de vista geográfico entraña variadas consecuencias. Quiero exponer algunas que considero importantes y que tienen que ver directamente con las dimensiones retóricas y estéticas que ese sentido pone en juego. Max. Sorre recordó certeramente que “el espíritu geográfico” exige a quien se acerca a él algo de “artista”. Y dijo también, resumiendo magistralmente una postura que considero actual, lo siguiente: “¿Se dirá que pidiendo al geógrafo que tenga ojos para ver, nariz para oler, oídos para oír, que sepa traducir sus sensaciones de forma precisa, coloreada y viva, volvemos a introducir lo más individual, lo más subjetivo, lo menos científico de aquél, el talento? ¿Y qué? Desde hace algunos decenios se ha extendido la desconfianza respecto de la expresión literaria. Se ha empobrecido nuestra disciplina. Nuestros maestros se llamaron A. von Humboldt, Elisée Reclus, Frédéric Ratzel, Paul Vidal de la Blache y sus inmediatos continuadores. Fueron para nosotros guías precisamente a causa de la riqueza de su personalidad y de su don de estilo. No vayamos a creer que la ausencia de estilo sea obligatoria para el geógrafo de hoy” (Sorre, 1957: 34). Después de treinta años de haber sido escritas, las palabras de Sorre siguen siendo oportunas y valiosas.

Resulta cuando menos curioso que los frecuentes elogios que hoy se siguen dedicando al buen hacer literario y estético de los mejores maestros de la Geografía no suelen acompañarse del efectivo fomento —en la docencia y en la investigación— de esos mismos valores. Al elogio —acaso una forma de nostalgia— se contraponen a menudo la efectiva expulsión de esas cualidades “artísticas”, de esas expresiones del talento y del estilo, de la órbita del “rigor” académico. Creo, sin embargo, que hoy es más necesario que nunca, por ejemplo, favorecer en la docencia universitaria el ejercicio de tales cualidades: el talento y el estilo, la calidad estética y expresiva, no deben quedar relegados a esa poco sutil forma de olvido que a menudo son las notas necrológicas o los homenajes póstumos. Deben, según creo, figurar entre los primeros requisitos de una práctica geográfica —docente, pero también investigadora— digna de tal nombre. No cabe ignorar que son justamente las obras que consiguen incorporar cumplidamente esas cualidades las que, en mi opinión (avalada por la propia experiencia lec-

tora, docente e investigadora), siguen resultando más interesantes, las que mejor saben atraer aún hoy la atención y las más capaces de hablarnos en un lenguaje automáticamente humano.

Por vías en ocasiones bastantes distintas, algunos han coincidido en destacar el importante papel atribuido por la “postmodernidad” a la experiencia retórica y estética (Vattimo, 1986: 19-20). Con ello se relaciona algo que me parece digno de ser tenido en cuenta: la revalorización del sentido narrativo, que antepone la experiencia a la mera información. Hace tiempo que Walter Benjamin denunció atinadamente la “atrofia creciente de la experiencia” derivada de la proliferación “informativa” y recordó los méritos contrarios de esa forma comunicativa —una de las más antiguas— llamada narración: “Lo que importa a ésta —escribe Benjamin— no es transmitir el puro en-sí de lo sucedido (que así lo hace la información); se sumerge en la vida del que relata para participarla como experiencia a los que oyen. Por eso lleva inherente la huella del narrador, igual que el plato de barro lleva la huella de la mano del alfarero” (Walter, 1980: 127). La narración es, por tanto, una forma de comunicación con sentido, un modo de decir que puede expresar la experiencia —cargada de significado retórico y estético— de quien relata. El sentido narrativo aparece con claridad en los mejores exponentes de la tradición geográfica moderna: hoy, cuando renace con fuerza en otros campos del conocimiento, me parece que la Geografía debe seguir cultivándolo decididamente.

El renovado interés suscitado por la narración en el campo histórico resulta estimulante. Lawrence Stone publicó en 1979 un influyente artículo en el que se exponen las razones de ese interés. Se constata el fracaso de las pasadas “historias científicas” y se documenta y se comenta el sintomático regreso de los historiadores a los cauces narrativos: a la narración “orientada por un ‘principio pregnans’ y que posee un tema y un argumento”; a la narración que tiende siempre “a la elegancia de estilo, a la vivacidad de ingenio, al aforismo”; a la narración que puede mostrarse particularmente adecuada a las intenciones del historiador que no parece dispuesto a contentarse “con cubrir el papel con las primeras palabras que acudiesen a su mente”, como si el conocimiento histórico pudiese desenvolverse “sin el

concurso del arte”. La vuelta de la narración señala el ocaso de los grandes mitos colectivos de antaño y la reciente reaparición del sujeto. Lo que importa de nuevo es “la inteligencia por observación, experiencia, juicio e intuición”; la narración se apoya en el talento y en el estilo del historiador, en su capacidad artística, en su sabiduría retórica y estética, no ignora la “diversión” y el “placer” del relato, conoce el valor de la “descripción” y hace del hombre —no de “lo colectivo y lo estadístico”— su “punto de mira principal” (Stone, 1983: 92, 102). Alguien tan familiarizado con estos asuntos narrativos como Mario Vargas Llosa ha elogiado “la imaginación, la buena prosa y la ambición”, la “riqueza de color” y la “riqueza de recreación de un mundo” que muestran ciertas obras históricas. “La historia —dice Vargas Llosa—, que había sido muy estropeada por la sociología, ahora vuelve a recobrar su vocación narrativa [...]. Está produciendo obras de una extraordinaria riqueza literaria” (Paz et al., 1985: 12).

Augustin Berque advirtió, en las páginas de *L'Espace Géographique*, la importancia cultural de ese resurgimiento de la narrativa en el ámbito histórico —el ámbito que “refleja bastante fielmente el clima de conjunto de las ciencias sociales”— y pudo constatar que la lectura del artículo de Stone sugiere “estrechas analogías” con lo que ha ocurrido y ocurre en la Geografía (Berque, 1981: 239-240). Si el entendimiento de lo geográfico debe tener ahora, como creo, un sentido cultural, si conviene, como creo también, que en ese entendimiento se den cita las capacidades intelectuales y artísticas del sujeto, parece obligado reconocer la pertinencia de impulsar hoy el sentido narrativo en nuestro campo del conocimiento: ese sentido narrativo que florece una y otra vez en la literatura geográfica decimonónica y que, ya en este siglo, supieron mantener vivo los mayores protagonistas de la perspectiva regional o corológica. Acaso sea una de las mejores maneras de volver a mostrar el sentido cultural del punto de vista geográfico, su cualidad de saber que no excluye —más bien precisa— la participación plena del talento, de la sensibilidad artística y de la voluntad de estilo de quien se acerca a él. Parafraseando al historiador Paul Veyne, podría decirse que la Geografía es también “un arte que supone la adquisición de una experiencia” (Veyne, 1984: 107). Me parece que

eso —más que corroborado por lo mejor de la propia tradición geográfica moderna— contribuye en no pequeña medida a hacer de la Geografía un punto de vista verdaderamente humano —capaz de interesar al hombre y capaz de dificultar la arbitraria escisión de sus aptitudes mentales, éticas y estéticas—, y me parece asimismo que, precisamente por ello, conviene tener siempre presente esa dimensión “artística” en la actividad docente e investigadora enmarcada en nuestro campo de conocimiento. Creo que merece la pena prestar atención a lo retórico y a lo estético: la Geografía es una representación cultural del mundo y el modo de expresarse no es —no puede ser— insignificante.

Me parecen particularmente interesantes, en ese sentido, las sugerencias ofrecidas por Vincent Berdoulay acerca del “lenguaje de los geógrafos”. No se trata sólo, como advierte este autor, de insistir, según se ha venido haciendo con bastante frecuencia, en la consideración de la terminología, los conceptos o las ideas generales que aparecen en cada caso, sino de atender al propio plano discursivo del lenguaje, a las “formas de expresión” que constituyen su “estilo”. La Geografía es, en buena medida, un “saber discursivo”, y por ello conviene tener en cuenta las “figuras del discurso” que componen su “retórica”. Hay que prestar atención, por ejemplo, a las figuras metafóricas que expresan visiones analógicas que “apelan a la sensibilidad por intermedio de la imaginación”. La metáfora adquiere un alto significado “cognoscitivo y creativo”: permite “describir y comunicar” y se sitúa en el lugar en el que convergen “la observación, la experiencia y la interpretación”. Facilita la emergencia de nuevos entendimientos de lo geográfico y su “valor pedagógico” es muy estimable (Berdoulay, 1981: 573, 575-577, 584).

Son precisamente las formas de expresión, las figuras del discurso, el estilo del lenguaje de los geógrafos lo que mejor denota el signo cultural de su punto de vista. Y lo que señala también —y esto me parece muy importante— la cabal envergadura de las vías de comunicación entre el conocimiento geográfico y la sociedad. Entre ambos existen relaciones que tiene que ver directamente —y se afianzan sin duda— con las cualidades retóricas y estéticas que sepa poner en pie el lenguaje de los geógrafos.

Esas cualidades no distancian, sino que acercan el conocimiento geográfico a los hombres: el diálogo que la Geografía puede mantener con la sociedad se hace más vivo cuando —para utilizar palabras de Julián Marías que resumen adecuadamente la ejemplar dedicación de Manuel de Terán— el geógrafo asume y sugiere esa comprensión de lo geográfico que sólo se logra “mediante la convergencia de la perspectiva científica con la artística y literaria” (De Terán, 1977: 58).

El sentido cultural del punto de vista geográfico, por otra parte, conlleva la constante apertura a otras modalidades de representación del mundo. Tanto a aquellas que proceden de otros campos del conocimiento como a las que expresan en las percepciones más o menos espontáneas y personales de los individuos o a través de sus elaboraciones literarias y, en general, artísticas. Interesa entender cómo se representan los hombres lo geográfico —la naturaleza, el paisaje, el espacio, las relaciones que conectan análogicamente lo exterior y lo interior— y para ello es necesario aguzar la sensibilidad. El elogio dedicado por Paul Claval a Mircea Eliade —“nunca se dirá suficientemente cuánto ha enriquecido nuestra sensibilidad” (Claval, 1985: 79)— me parece bastante oportuno y bastante indicativo. Hay que adentrarse, no perderse, en los complejos senderos sociológicos, antropológicos, lingüísticos, históricos y filosóficos que recorren —como recordó Marcel Bélanger— el “campo cultural” (Bélanger, 1977: 118).

Para captar y comprender lo geográfico es conveniente entender —lo ha advertido sin ambigüedades Eduardo Martínez de Pisón (Martínez de Pisón, 1978: 763-766)— el sentido cultural de las representaciones de diversa índole —literarias o pictóricas, por ejemplo— que ha propiciado. Algún geógrafo se ha confesado incapaz de descifrar el signo de Normandía contemporánea sin la ayuda de Gustave Flaubert (Frémont, 1981: 214). Porque lo geográfico es también —y no considero procedente ignorarlo— la imagen metafórica de lo geográfico que la cultura alimenta e impulsa de muy variadas maneras. De ahí que me parezcan particularmente féculas, teniendo en cuenta la caracterización del punto de vista geográfico que vengo sosteniendo, las no escasas incursiones que

actualmente realiza nuestro campo del conocimiento en los terrenos de las expresiones artísticas y culturales.

Creo que de esta manera la propia reflexión puede abrirse hacia modos de percepción que ayudan a entender y valorar mejor la presencia de lo geográfico —con las imágenes y las metáforas que en cada caso propicia— en el horizonte intelectual y en la sensibilidad cultural de su tiempo. Así es posible considerar ciertas proyecciones, implicaciones, derivaciones y ramificaciones del diálogo con lo geográfico que nos conciernen y nos pueden ayudar a aclarar el sentido mismo de nuestro empeño cognoscitivo. Sólo a título de ejemplo —y para ceñirme al ámbito español—, me limito a recordar la estimulante interpretación que ha propuesto no hace mucho Jesús García Fernández de los modos de percepción y de entendimiento de lo geográfico que alientan en la visión del paisaje castellano suscrita por los escritores de la generación del noventa y ocho y por otras perspectivas culturales más o menos próximas (García, 1985).²² La atención a este tipo de expresiones y representaciones me parece, en suma, importante. Y creo, además, que es bastante adecuada para favorecer un desarrollo pertinente del punto de vista geográfico. Tal atención figura, por tanto, entre las que considero que merece la pena incluir dentro de las preocupaciones y finalidades del conocimiento geográfico de nuestro tiempo.

Y, para terminar, añadiré algo acerca de ciertos asuntos —las conexiones o desconexiones entre ópticas “generales” y “regionales”, la procedencia o la improcedencia de hablar hoy de las relaciones entre el hombre y el “medio”, el anacronismo o la vigencia de la idea de paisaje— que se han venido aireando de un tiempo a esta parte y que no carecen, en mi opinión, de importancia. Como ya he dicho a lo largo de todo lo anterior, creo que ha sido fundamental y debe seguir siéndolo la voluntad de unidad del punto de vista geográfico. Unas y otros son múltiples y llegan desde lo universal a lo particular: forman entramados superpuestos que, a semejanza de las largas y las cortas duraciones de los historiadores,

²² He comentado anteriormente esta obra en un artículo titulado (1985c) Paisaje castellano. *Culturas*, 9, p. 10.

remiten a escalas desiguales pero complementarias y, en rigor, inseparables. Sólo manteniendo esa voluntad de unidad, esa conciencia de que lo geográfico requiere actitudes integradoras y no separativas, puede hoy, según creo, justificarse nuestro campo del conocimiento. Esto no niega la especialización —las tramas son muy complejas y puede preferirse el estudio detallado de alguna de sus partes— pero sí el “especialismo”. Creo que no es lo mismo, por ejemplo, una *Geografía* económica que una *Geografía económica*.

Vistas así las cosas, no me parece ni recomendable ni oportuna la pretensión de distanciar las perspectivas que anteponen lo general de aquellas otras que prefieren centrarse en lo regional o corológico: deben ser enfoques que se complementan y que, en diferentes marcos de referencia, practican el mismo punto de vista. Únicamente las tendencias degenerativas de uno y otro lado pueden oscurecer la continua imbricación de ambas perspectivas. Pero, dicho esto, quiero advertir también el notable y renovado interés que con razón adquiere en nuestros días la modalidad regional o corológica del conocimiento geográfico. Además de constituir ese imprescindible ingrediente “comparativo” que cualquier aproximación geográfica “general” debe conllevar, proporciona la posibilidad de un entendimiento de lo “particular”, de una comprensión de lo “diferente”, que hoy, tras la crisis de tantos afanes reductores y uniformistas, resulta particularmente atractiva e interesante. Es un modo de ejercitar concretamente el punto de vista geográfico que vuelve a mostrar en nuestros días todo su sentido y toda su oportunidad. Conviene tenerlo en cuenta —desechando de una vez por todas las reminiscencias que puedan quedar de aquellas desatinadas y a menudo despectivas descalificaciones que cundieron no hace demasiado tiempo— y no olvidar en ningún caso el fundamental “valor socio-cultural” que, como ha señalado muy certeramente Dov Nir en un reciente artículo (Nir, 1985: 69-71), recobra en estos momentos con singular y actualizado vigor el entendimiento de signo regional en nuestro campo del conocimiento.

Por lo que se refiere al segundo de los asuntos enunciados —el de las relaciones entre hombre y “medio”—, no faltan los que sospechan de la

entidad de tales relaciones en las sociedades industrializadas contemporáneas. Es cierto que algunos procuran seguir considerándolas en términos expresamente “ecológicos”, pero otros —ubicados en posiciones que prefieren anteponer lo “espacial” o lo “social”— tienden a pensar que han perdido definitivamente su significación de antaño. Según esa óptica, el hombre de ahora mismo apenas mantiene nexos dignos de ser tenidos en cuenta con el “medio” y, en consecuencia, no tiene demasiado sentido que la Geografía continúe empeñada en buscar esas conexiones. Creo que en semejante opinión convergen varios equívocos: uno de ellos es la implícita aceptación de un cierto “progresismo” de corte productivista —el sistema industrial “supera” las dependencias que anteriores situaciones productivas mantuvieron con el “medio”—; otro es la tendencia a concebir las relaciones criticadas en términos que se parecen bastante a un estrecho y más que dudoso “determinismo” físico. Esto último depende sin duda de la creencia —infundada, a mi entender— de que la relación entre el hombre y lo exterior al hombre se resuelve en la perspectiva geográfica tradicional por caminos que conducen, de un modo u otro, a fórmulas simples cuya validez se desmorona frente al “avance” de las sociedades industriales.

Hoy hay, sin embargo, estudios que desmienten tan torcida suposición: por ejemplo, Daniel Loi ha señalado que no existe “determinismo físico” en las primeras tesis regionales francesas —lo “físico” no alcanza siquiera el veinte por ciento en los entramados causales de esos trabajos— y que las “explicaciones” allí propuestas resultan ser más complejas de lo que algunos han dicho y además están lejos de mostrarse hoy “anacrónicas” (Loi, 1985: 121-125).²³ Por otra parte, el hecho de que los funcionamientos de las sociedades industrializadas —sus funcionamientos económicos y productivos y sus funcionamientos urbanos, por ejemplo— hayan modificado ciertas formas de las relaciones entre el hombre y el “medio” no quiere decir, según creo, ni que éstas hayan desaparecido ni que puedan

²³El periodo estudiado (1905-1910) comprende la tesis de A. Demangeon (1905), R. Blanchard (1906), R. de Félice (1907), C. Vallaux (1907), J. Levainville (1909), J. Sion (1909) y C. Passerat (1910).

considerarse insignificantes. Son distintas y en ocasiones acaso menos explícitas y más sutiles, pero no han perdido importancia. Me parece un prejuicio —muy del gusto “progresista”— insinuar que a un periodo en el que el hombre se encuentra sojuzgado por lo “natural” sucede otro —el nuestro— que rompe definitivamente las ligaduras anteriores y reduce lo “natural” a una cosa extraña y dominable. Creo, por el contrario, que hoy el hombre sigue manteniendo relaciones importantes con el “medio”, y creo también que el signo de esas relaciones comprende lo “ecológico” pero no se detiene en ello. Trasciende la materialidad “productiva” y la materialidad “ecológica” y hunde sus raíces —como las hundía en el punto de vista de la tradición geográfica moderna— en un entendimiento analógico que anuda lo exterior y lo interior.

Ése es el sentido de las relaciones entre el hombre y el “medio” que, en mi opinión, siguen interesando particularmente al conocimiento geográfico: las relaciones que expresan el diálogo del hombre con el mundo. Tal diálogo entraña —como ha recordado muy oportunamente Augustin Berque— la simultánea presencia de diversos umbrales de relación y de diversas secuencias temporales —desde la “moda” hasta lo “cosmológico”— que se relacionan en una continua “metáfora” que conecta “niveles ontológicos diferentes (la materia, la vida, el espíritu)”. Y “gracias a esta metáfora los diferentes órdenes de la realidad y las diferentes escalas temporales, la naturaleza y la cultura, en suma, se resuelven en la relación del sujeto con su medio, y éstos se fundan recíprocamente”. La relación entre lo interior y lo exterior se expresa metafóricamente —responde a una visión analógica— y esa metáfora tiene que ver con horizontes variados y complementarios: desde lo “cosmológico” hasta la “interpretación racional”, pasando por la “filogenia” (lo “etológico”, lo “ecológico” y aun lo “psicológico”), el universo de lo “imaginario” (las “sinestesias inconscientes”) y el mundo de la “representación consciente”. Todo ello permite plantear el asunto de las relaciones entre lo interior y lo exterior en sus justos términos, e indica asimismo el alto grado de interés que hoy sigue teniendo en el campo de la Geografía el cabal entendimiento de las mismas. “No hay —concluye Berque— cultura más que en relación con la naturaleza, no hay sujeto más

que en relación con el medio (comprendido el entorno natural)". Olvidar, en aras de cualquier reduccionismo unilateral, el significado y la vigencia de tales nexos es, entre otras cosas, "olvidar que el presente convoca, en cada ser, todos los niveles y todas las escalas de la organización del cosmos" (Berque, 1985: 99-104).

Alguna conexión con lo anterior tiene lo que, por último, indicaré seguidamente respecto de la idea de paisaje. Es sabido que esta idea ha venido soportando en tiempos recientes variadas andanadas "críticas": no han escaseado los intentos de desplazarla definitivamente de nuestro campo del conocimiento en beneficio del "espacio" o del "territorio", del "geosistema" o de la "geoestructura". A algunos de estos intentos "formalizadores" se ha referido Eduardo Martínez de Pisón y ha advertido ciertos desajustes en sus pretensiones sustitutivas: se ha buscado "la formalización de un sistema geográfico (un geosistema) y hay quienes prefieren esta palabra a la más imprecisa de 'paisaje', cargada de interpretación cultural, de contenido estético, de percepción, pensando que decir 'geosistema' suena más científico, cuando realmente significan cosas diferentes, complementarias y, por tanto, que se necesitan mutuamente" (Martínez de Pisón, 1983: 9). El comentario podría extenderse a otras palabras que han pretendido ocupar el sitio antes reservado al paisaje. Dejando de lado aquellos casos que parecen limitarse a "modernizar" las apariencias terminológicas sin preocuparse excesivamente de sus connotaciones cognoscitivas, el denominador común de esas operaciones de cambio es el deseo de "elevar" el grado de objetividad y abstracción de lo que se considera geográfico. Y en aras de lo "formal" se propone el abandono de la idea demasiado "informal" de paisaje.

Semejantes propósitos me parecen —de acuerdo con todo lo que he expuesto hasta este momento— escasamente afortunados, ya que creo que la idea de paisaje puede seguir siendo hoy sumamente valiosa por muy diversas razones: ante todo porque señala el lugar del *sentido*, el lugar que condensa —para emplear palabras de Renée Rochefort— la "*comunicación y organización* (la selección por tanto) de un *sentido*", el lugar en

el que “creamos, más allá del sentido de las cosas, el sentido del mundo” (Rochefort, 1978: 243).

Es así posible encontrar en el paisaje, sin desmedro de las oportunas explicaciones, el signo convergente —y obligadamente enraizado en lo cultural y subjetivo— de las relaciones analógicas entre lo interior y lo exterior.²⁴ El paisaje debe ser observado, descrito y explicado; también debe ser mirado, captado y comprendido. El paisaje puede favorecer la deseable confluencia de la razón y de la sensibilidad: no hay motivo —lo ha recordado oportunamente Giller Sautter— para disociarlas frente a aquél, ignorando o postergando sus “profundas resonancias” en los propios geógrafos y en los demás (Sautter, 1979: 61).

²⁴ Nota eds. El estudio del paisaje, según plantea Nicolás Ortega, "es uno de los aspectos "más innovadores" de la geografía, integrando "la conformación histórica de su idea moderna, su relevante papel en el conocimiento geográfico, y las variadas vertientes, geográficas y culturales, que esa idea comprende. Como todos sabemos, la idea de paisaje, muy importante y fecunda en la tradición geográfica moderna, fue objeto de críticas aceradas por parte de los planteamientos cuantitativos y radicales, que la tacharon de meramente subjetiva y anticientífica. Después, en los últimos decenios, se ha producido un resurgimiento de la idea de paisaje y un interés creciente por su estudio, con todas las dimensiones geográficas y culturales que entraña, al tiempo que, en conexión con el interés simultáneo por la historia de la geografía, se ha atendido también a la caracterización, no exenta de originalidad, del modo geográfico moderno de entender el paisaje, iniciado por Humboldt. En la universidad española, se están desarrollando líneas de investigación atentas a la conformación histórica de la idea de paisaje y al papel desempeñado en esa conformación por el pensamiento geográfico". El autor puede hablar del caso que mejor conoce, el de la Universidad Autónoma de Madrid, "donde un grupo de profesores, vinculados directa o indirectamente al magisterio de Terán, están desarrollado proyectos de investigación sobre la caracterización, el valor y el significado en España de la idea moderna de paisaje, enmarcándola en las coordenadas humanísticas de los planteamientos geográficos clásicos. Y la atención a la dimensión humanística de la geografía ha sido otra orientación sin duda interesante de la investigación de los últimos decenios". (Ortega, 2015, entrevista, Anexo 1 en este volumen).

El paisaje es más que propicio para auspiciar el beneficioso hermanamiento de la inteligencia, el sentimiento y la imaginación; admite la experiencia y configura un ámbito favorable al cultivo de las aptitudes retóricas y estéticas; no anula al sujeto, más bien llama a todas sus facultades perceptivas y cognoscitivas; fomenta la mirada y prueba su pulso creador y su aliento moral; no es ajeno a la narración y no lo es tampoco a la voluntad de estilo. Y a través del paisaje, además, se abre una fecunda vía por la que el conocimiento geográfico puede adentrarse y participar en la sensibilidad cultural de su tiempo: con las geográficas se encuentran en el paisaje muchas otras experiencias y manifestaciones intelectuales, vitales y artísticas. Por todo ello creo, en fin, que el paisaje supone un modo de representación y de entendimiento de lo geográfico cuya valoración y cuyo cultivo deben continuar interesando vivamente a nuestro campo del conocimiento. Acaso no haya expresión más cumplida de ese feraz punto de vista abierto e integrador que sigue contribuyendo hoy, en mi opinión, a la genuina *razón de ser* del conocimiento geográfico.

Bibliografía

- Abbagnano, N. (1982). *Historia de la filosofía. Tomo III. La filosofía del Romanticismo. La filosofía entre los siglos XIX y XX* (J. Estelrich y J. Pérez Ballestar, trad.). Hora.
- Adorno, T. (1980). *Teoría estética* (F. Riaza, trad.). Taurus.
- Amiel, H. F. (1976). *Diario íntimo* (M. Enriqueta, trad.). Tebas.
- Baudelaire, C. (1962). *Curiosités esthétiques. L'Art romantique et autres Oeuvres critiques* (Henri Lemaitre ed.). Garnier.
- Baulig, H. (1982). ¿Es una ciencia la geografía? (I. Pérez-Villanueva Tovar, trad.). En J. Gómez Mendoza *et al.* (eds.), *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (De Humboldt a las tendencias radicales)* (309, pp.). Alianza.
- Beck, H. (1971). *Alexander von Humboldt* (C. Gerhard, trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Bélanger, M. (1977). De la géographie comme culture, á la géographie des cultures. *Cahiers de Géographie de Québec*, (21), 53-54.
- Benjamin, W. (1980). *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II. Prólogo y traducción de Jesús Aguirre* (2.a ed.). Taurus.
- Berdoulay, V. (1981). *La formation de l'école française de géographie (1870-1914)*. Bibliothèque Nationale.
- _____ (1982). La métaphore organiciste. Contribution à l'étude du langage des géographes. *Annales de Géographie*, 91(507).

- Berque, A. (1981). Les lendemains de cliométrie. *L'Espace Géographie*, 10(3).
- _____ (1985). Milieu, trajet de paysage et déterminisme géographique. *L'Espace Géographique*, 14(2).
- Birot, P. (1968). *Portugal* (A. López Viguri, trad.). Moretón.
- Borges, J. L. (1978a). El jardín de senderos que se bifurcan. En *Ficciones*. Planeta.
- _____ (1978b). *Historia de la eternidad* (3.a ed.). Alianza.
- _____ (1979a). Kafka y sus precursores. En *Otras inquisiciones* (2.a ed.). Alianza.
- _____ (1979b). Las alarmas del doctor Américo Castro. En *Kafka y sus precursores*, En *Otras inquisiciones* (2.a ed.) (pp. 109). Alianza.
- _____ (1985a). Coloquio. En J. L. et al., *Literatura fantástica*. Siruela.
- _____ (1985b). *Los conjurados*. Alianza.
- Broc, N. (1974). *La géographie des philosophes. Géographes et voyageurs français au XVIIIe siècle*. Ophrys.
- Bruhnes, J. (1982). El carácter propio y el carácter complejo de los hechos de geografía humana” (I. Pérez-Villanueva Tovar, trad.). En J. Gómez Mendoza et al. (eds.), *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (De Humboldt a las tendencias radicales)* (266 pp.). Alianza.
- Bunge, W. (1962). *Theoretical Geography*. The Royal University of Lund.
- Bury, J. (1971). *La idea del progreso* (E. Díaz y J. Rodríguez Aramberri, trad.). Alianza.
- Buttimer, A. (1980). *Sociedad y medio en la tradición geográfica francesa* (P. Martínez Cordero, trad.). Oikos-Tau.
- Campillo, A. (1985). *Adiós al progreso. Una meditación sobre la Historia*. Anagrama.
- Canetti, E. (1982). *La provincia del hombre. Carnet de notas 1942-1972* (E. Barjau, trad.). Taurus.
- Capel, H. (1982). Positivismo y antipositivismo en la ciencia geográfica. El ejemplo de la geomorfología. En G. Bueno et al., *Actas del I Congre-*

- so de Teoría y Metodología de las Ciencias. Edición preparada por Alberto Hidalgo Tuñón y Gustavo Bueno Sánchez. Pentalfa.
- Claval, P. (1972). *La pensée géographique*. Société d'Édition d'Enseignement Supérieur.
- _____ (1974). *Evolución de la geografía humana* (A. Ferrer, trad.). Oikos-Tau.
- _____ (1984). *Géographie humaine et économique contemporaine*. Presses Universitaires de France.
- _____ (1985). Anthropologie et espace. *L'Espace Géographique*, 14(1).
- Curtis, L. P. (ed.). (1975). *El taller del historiador* (J. J. Utrilla, trad.). Fondo de Cultura Económica.
- De Koninck, R. (1982). Contra el idealismo en geografía (I. Pérez-Villanueva Tovar, trad.). En J. Gómez Mendoza *et al.* (eds.), *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (De Humboldt a las tendencias radicales)*. Alianza.
- De Martonne, E. (1964). *Tratado de geografía física. Tomo I. Nociones generales. Clima. Hidrografía* (R. Candel Vila y J. Comas de Candel, trad.). Juventud.
- De Terán, M. (1964). Geografía humana y Sociología. Geografía social. *Estudios Geográficos*, 25(97).
- _____ (1977, 20 de noviembre). *Las formas del relieve terrestre y su lenguaje*. [Discurso pronunciado el 20 de noviembre de 1977, en su recepción pública por el Excmo. Sr. Don Manuel de Terán, y contestación del Excmo. Sr. Julián Marías]. Real Academia Española.
- Eco, U. (1985, 8 de agosto). Basta con habituarse. *Diario 16*.
- Febvre, L. (1971). *La Terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire*. Avec le concours de Lionel Bataillon. Albin Michel.
- Feyerabend, P. (1981). *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento* (D. Ribes, trad.). Tecnos.
- Frémont, A. (1981). La Bossue' et la perception. *L'Espace Géographique*, 10(3).
- García, J. (1985). *Castilla (Entre la percepción del espacio y la tradición erudita)*. Prólogo de Felipe Ruiz Martín. Espasa-Calpe.

- Giblin, B. (1977). Elisée Reclus: geografía, anarquismo. En Y. Lacoste *et al.*, *Geografías, ideologías, estrategias espaciales*. Introducción y edición de Nicolás Ortega Cantero (I. Pérez-Villanueva Tovar, trad.). Dédalo.
- Gimferrer, P. (1985). *Los raros*. Planeta.
- Giner de los Ríos, F. (1916). Paisaje. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 40(671).
- Ginzburg, C. (1979). Roots of a scientific paradigm. *Theory and Society*, 7.
- Goethe, J. W. (1944-1945). *Obras literarias. Traducción, recopilación, biografía, prólogos y notas de Rafael Cansinos Assens. Tomo II*. Aguilar.
- Gómez de Liaño, I. (1984). *Mi tiempo. Escritos de arte y literatura*. Libertarias.
- Gómez, J. (1986). Geografías del presente y del pasado. Un itinerario a través de la evolución reciente del pensamiento en geografía humana (1970-1985). En AAVV, *Teoría y práctica de la geografía* (pp. 3-43). Alhambra.
- Gómez, J. *et al.* (1982). *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (De Humboldt a las tendencias radicales)*. Alianza.
- Gouldner, A. W. (1973). *La sociología actual: renovación y crítica* (N. Míguez, trad.). Alianza.
- Goytisoló, J. (1985). *Contracorrientes*. Montesinos.
- Granö, O. (1982). Las influencias externas y los cambios internos en el desarrollo de la geografía. En D. Stoddart & O. Granö, *¿Paradigmas en geografía?* (J. M. Socías Beltrán, trad.). *Geo-Crítica*, 40. Universidad de Barcelona.
- Gregory, D. (1984). *Ideología, ciencia y geografía humana* (M. Muntaner, trad.). Oikos-Tau.
- Haggett, P. & Chorley, R. J. (eds.) (1971). Modelos, paradigmas y la nueva geografía. En *La geografía y los modelos socio-económicos* (C. Ferrán Alfaro, J. J. Bosch Siates & E. de la Cruz Alarco). Instituto de Estudios de Administración Local.
- Hard, G. (1973). *Die Geographie. Eine wissenschaftstheoretische Einführung*, W. de Gruyter.

- Hartshorne, R. (1961). *The Nature of Geography. A Critical Survey of Current Thought in the Light of the Past. Edición corregida.* Association of American Geographers.
- Harvey, D. (1977). *Urbanismo y desigualdad social* (Marina González, trad.). Siglo XXI.
- _____ (1983). *Teorías, leyes y modelos en geografía* (G. Luna Rodrigo, trad.). Alianza.
- _____ (1985). Sobre la historia y la condición actual de la geografía: un manifiesto materialista histórico (M. D. García Ramón, trad.). En M. D. García Ramón (ed.), *Teoría y método en la geografía humana anglosajona.* Ariel.
- Hettner, A. (1977). La sistemática de la Geografía. Geografía General y Geografía regional (A. Plans & P. Plans, trad.). *Didáctica Geográfica*, 1.
- Hugo, V. (1984). *Les Pyrénées.* Présenté par Danièle Lamarque. La Découverte.
- Preston, J. (1972). *All Possible Worlds. A History of Geographical Ideas.* Odyssey.
- Johnston, R. J. (1984). A Foundling Floundering in World Three. En M. Billinge *et al.* (eds.), *Recollection of a Revolution. Geography as Spatial Science.* Mcmillan.
- Korinman, M. (1981). Carl Ritter (1779-1859). Un des premiers grands géographes universitaires. *Hérodote*, 22.
- Kropotkin, P. (1977). *Ética. Origen y evolución de la moral* (A. Zuloaga, trad.). Dogal.
- _____ (1982). Lo que la geografía debe ser (J. Gómez Mendoza, trad.). En J. Gómez Mendoza *et al.*, *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (De Humboldt a las tendencias radicales).* Alianza.
- Kuhn, T. S. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas* (A. Contín, trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Lacoste, Y. (1979). A bas Vidal... Viva Vidal! *Hérodote*, 16, pp. 68-81.
- _____ (1981). Géographicité et géopolitique: Elisée Reclus. *Hérodote*, 22, pp. 14-55.

- Landes, D. S. (1979). *Progreso tecnológico y revolución industrial* (F. Antolín Fargas, trad.). Tecnos.
- Loi, D. (1985). Une étude de la causalité dans la géographie classique française. L'exemple des premières thèses regionales. *L'Espace Géographique*, 14(2), pp. 121-125.
- López-Morillas, J. (1969). Prólogo. En F. Giner de los Ríos, *Ensayos. Selección, edición y prólogo de Juan López-Morillas*. Alianza.
- Mainer, J. C. (1985). El parto de los montes o de la escasa función de la razón de nuestros días. *Las Nuevas Letras*, pp. 3-4.
- Martínez de Pisón, E. (1978). El paisaje interior. En M. Gutiérrez Esteve et al. (coord.), *Homenaje a Julio Caro Baroja*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- _____ (1983). Cultura y ciencia del paisaje. *Agricultura y Sociedad*, 27.
- _____ (1985). Precipicios. *Culturas*, 3.
- Meynier, A. (1969). *Histoire de la pensée géographique en France (1872-1969)*. Presses Universitaires de France.
- Muguerza, J. (1977). *La razón sin esperanza (Siete trabajos y un problema de ética)*. Taurus.
- Nicolas-Obadia, G. (1974). Introduction: Carl Ritter et la formation de l'axiomatique géographique. En C. Ritter, *Introduction à la géographie générale comparée*. Introduction et notes de Georges Nicolas-Obadia (D. Nicolas-Obadia, trad.). Les Belles-Lettres.
- _____ (1981). Paul Vidal de la Blache entre la filosofía francesa y la geografía alemana (L. Urteaga, Barcelona, trad.). *Geo-Crítica*, 35. Universidad de Barcelona.
- Nir, D. (1985). La valeur socio-culturelle de la géographie régionale. *L'Espace Géographique*, (14)1.
- Ortega y Gasset, J. (1980). Prólogo. En W. Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu. Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*. Prólogo de José Ortega y Gasset (J. Marías, trad.). Alianza.
- Ortega, N. (1984). Conocimiento geográfico y actitud viajera en la Institución Libre de Enseñanza. *Estudios Turísticos*, 83, pp. 69-84.

- _____ (1985a). Impresiones viajeras. *Culturas*, 23 (Supl. 1 semanal de *Diario 16*), p. 7.
- _____ (1985b). Ver, pensar, sentir el paisaje. *Culturas*, 28, p. 6.
- _____ (1985c). Paisaje castellano. *Culturas*, 9, p. 10.
- _____ (1986a). Concepción analítica y concepción marxista de la geografía: las razones de una polémica. En AAVV, *Geografía y marxismo* (pp. 23-46). Universidad Complutense de Madrid.
- _____ (1986b). Veruela. *Culturas*, 47, p. 6.
- _____ (1986c). Paisaje del interior. *Culturas*, 56, p. 6.
- _____ (1986d). Teoría y práctica del conocimiento geográfico en la Institución Libre de Enseñanza. En AAVV, *La Geografía y la Historia dentro de las Ciencias Sociales: hacia un curriculum integrado* (pp. 105-127). Ministerio de Educación y Ciencia.
- _____ (1986e). La Institución Libre de Enseñanza y el entendimiento del paisaje madrileño. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 6, pp. 81-98.
- Pattison, W. D. (1964). The Four Traditions of Geography. *Journal of Geography*, 63(5), pp. 211-216.
- Paz, O. (1981). *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia* (3.a ed. corregida y ampliada). Seix-Barral.
- _____ (1982). *Corriente alterna* (14a ed.). Siglo XXI.
- _____ (1984). *Hombres en su siglo y otros ensayos*. Seix Barral.
- Paz, O. et al. (1985). Civilización y fin de siglo. *Vuelta*, 9(105).
- Pena, M. C. (1982). *Pintura del paisaje e ideología. La generación del 98*. Taurus.
- Pérez, V. (1984). El proyecto moral de Marx cien años después. En L. A. Rojo & V. Pérez, *Marx, economía y moral*. Alianza.
- Pla, J. (1986). *Dalí, Gaudí, Nonell. Tres artistas catalanes*. Introducción de J. M. Castellet (M. Parés, trad.). Alianza.
- Quani, M. (1981). La construcción de la geografía humana (E. de Grau Aznar, trad.). Oikos-Tau.

- Racine, J.-B. (1981). Problématiques et méthodologie: de l'implicite à l'explicite. En Isnard, Hildebert *et al.*, *Problématiques de la géographie. Préface de Pierre George*. Presses Universitaires de France.
- Reclus, E. (1894). Geografía humana. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 18(410).
- _____ (1958). *Historia de un arroyo. Traducción, prólogo y notas de Luis Santullano* (L. Santullano, trad.). Compañía General de Ediciones.
- _____ (1975). *El Hombre y la Tierra*. Prólogo de Carlos E. Rodríguez. Tomo I (A. Lorenzo, trad.). Doncel.
- _____ (1980). *La geografía al servicio de la vida (Antología)*. Edición coordinada por Rosa Ascón. 7 ½.
- _____ (1982). El Hombre y la Tierra (I. Pérez-Villanueva Tovar). En J. Gómez Mendoza, Josefina *et al.*, *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (De Humboldt a las tendencias radicales)* (pp. 217-219). Alianza.
- _____ (s.f.). *Mis exploraciones en América* (A. López Rodrigo, trad.). F. Sempere.
- Relph, E. (1970). An inquiry into the relations between phenomenology and geography. *The Canadian Geographer*, 14(3), pp. 193-201.
- Ritter, C. (1974). *Introduction à la géographie générale comparée*. Introduction et notes de Georges Nicolas-Obadia (D. Nicolas-Obadia, trad.). Les Belles-Lettres.
- Rochefort, R. (1978). Le concept de paysage. En AAVV, *Géopoint 78. Concepts et construits dans la géographie contemporaine*. Centre Littéraire Universitaire.
- Sánchez, R. (1974). *Las semanas del jardín. Semana primera: Liber scriptus profetetur*. Nostromo.
- Sartre, J. P. (1977). *Critique de la raison dialectique*. En J.-B. Racine, *Discurso geográfico y discurso ideológico: perspectivas epistemológicas* (A. Redondo, trad.). Universidad de Barcelona.
- Sautter, G. (1979). Le paysage comme connivence. *Hérodote*, 16.

- Schaefer, F. K. (1974). Excepcionalismo en geografía. Traducción y estudio introductorio por Horacio Capel Sáez (2.a ed.) (H. Capel, trad.). Universidad de Barcelona.
- Sorre, M. (1957). *Rencontres de la géographie et de la sociologie*. Marcel Rivière.
- Stone, L. (1983). La historia como narrativa (L. Rodríguez, trad.). *Debats*, 4.
- Taylor, P. J. (1977). El debate cuantitativo en la geografía británica (D. Batallé & P. Cassa, trad.). *Geo-Crítica*, 10. Universidad de Barcelona.
- Thompson, E. P. (1981). *Miseria de la teoría* (J. Sempere, trad.). Crítica.
- Torres, R. (1983). La enseñanza y el material de la Geografía en la Exposición de Berna. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 17(400-401-402-403).
- Toulmin, S. (1977). *La comprensión humana. 1. El uso colectivo y la evolución de los conceptos* (N. Míguez, trad.). Alianza.
- Tuan, Y.-F. (1971). Geography, phenomenology and the study of human nature. *The Canadian Geographer*, 15(3).
- Ulacia, M. (1986). *Luis Cernuda: Escritura, cuerpo y deseo*. Laia.
- Vattimo, G. (1986). *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna* (A. L. Bixio, trad.). Gedisa.
- Veyne, P. (1984). *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia* (J. Aguilar, trad.). Alianza.
- Vicente, M. T. (1983). *Eliseo Reclus: La geografía de un anarquista*. Los Libros de la Frontera.
- Vidal de la Blache, P. (1903). La géographie humaine, ses rapports avec la géographie de la vie. *Revue de Synthèse Historique*, 7.
- _____ (1905). La conception actuelle de l'enseignement de la géographie. *Annales de Géographie*, 14(75), pp. 193-207.
- _____ (1977). El principio de Geografía General (S. Romero & P. Plans, trad.). *Didáctica Geográfica*, 2.
- _____ (1979). *Tableau de la géographie de la France*. Préface de Paul Claval. Jules Tallandier.

- Von Humboldt, A. (1874-1875). *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*. Tomo I (B. Giner & J. de Fuentes, trad.). Imprenta de Gaspar y Roig.
- _____ (1874-1875). *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo. Tomo II* (B. Giner & J. de Fuentes, trad.). Imprenta de Gaspar y Roig.
- _____ (1876). *Cuadros de la Naturaleza*. (B. Giner, trad.). Imprenta y Librería Gaspar.
- _____ (1980). *Cartas americanas. Compilación, prólogo, notas y cronología de Charles Minguet* (M. Traba, trad.). Biblioteca Ayacucho.
- Von Wright, G. H. (1971). *Explicación y comprensión* (L. Vega Reñón, trad.). Alianza.
- Wilde, O. (1986). *Epistola: In carcere et vinculis ("De Profundis")*. Traducción e introducción de José Emilio Pacheco. Notas de Cristina y José Emilio Pacheco (J. E. Pacheco, trad.). Muchnik.
- Zaid, G. (1982). *La feria del progreso*. Taurus.
- Zweig, S. (1968). *El mundo de ayer* (Editorial Juventud, trad.). Juventud.



Nicolás Ortega Cantero al fondo. Le sigue Eduardo Martínez de Pisón y, en primer plano, Julio Muñoz Jiménez en el Puerto de Montenegro, Provincia de Soria, durante la excursión “Cameros Nuevo y Sierra Cebollera: huellas paisajísticas de la ganadería trashumante y del comercio y la industria de la lana”, realizada el 12 de noviembre de 2016 dentro del programa del Seminario de Paisaje organizado por la Fundación Duques de Soria y la Universidad Autónoma de Madrid. Fotografía: Luis Felipe Cabrales Barajas.

Anexo 1

Saber ver: Paisaje, Explicación y Comprensión

Entrevista a Nicolás Ortega Cantero

En una ocasión, conversando con Luis Felipe Cabrales Barajas sobre los libros de geografía que considerábamos de trascendencia en la disciplina y para el quehacer geográfico, me hizo el comentario: “si yo tuviera que salvar diez libros de geografía porque los demás desaparecerían, yo elegiría entre estos la obra *Geografía y Cultura* de Nicolás Ortega”.

Geografía y Cultura, pese a que ya tiene años de haberse publicado, no se ha vuelto a imprimir ni en España ni en otro país. Por considerar que esta obra es fundamental para el estudio de la cultura desde la perspectiva geográfica y para la epistemología de la propia disciplina, iniciamos con Luis Felipe el proyecto de una nueva edición.

Como una manera de visitar los contenidos centrales de *Geografía y Cultura*, le planteamos una serie de preguntas a Nicolás Ortega, quien amablemente me recibió en su casa un día de noviembre de 2015 en la ciudad de Madrid, lo cual agradezco y conmemoraré por siempre.

Martha Chávez Torres

Martha:²⁵ En 1987, en tu obra *Geografía y Cultura* mostrabas un panorama pesimista para la geografía, al grado de cuestionar su derecho

²⁵ La guía para la realización de esta entrevista fue elaborada por Luis Felipe Cabrales y Martha Chávez Torres.

a la existencia. Pasadas casi tres décadas, ¿qué piensas al respecto, la geografía ha remontado?

Nicolás: Cuando yo escribí este libro en los años ochenta, la geografía estaba en una situación bastante complicada, muy fragmentada, muy insatisfactoria. Yo me formé en los últimos años sesenta y en los primeros setenta, en la Universidad de Madrid y, los estudiantes de entonces, pudimos percibir con cierta claridad algunos de los problemas y contradicciones de la geografía.

No se nos presentaba como un campo de conocimiento debidamente vertebrado, sino como una materia que mostraba contenidos fragmentados y no siempre fáciles de conciliar, que parecía carecer de una perspectiva teórica y metodológica capaz de identificar sus orientaciones, y que no ofrecía, por tanto, un panorama intelectual y científicamente satisfactorio. Creo que esa situación se debía a dos razones principales, que actuaron en el terreno geográfico desde mediados del siglo pasado.

En primer lugar, hay que tener en cuenta, para entender esa situación, la presencia desde los años cincuenta de las denominadas “nuevas geografías”, que alentaron, entre otras cosas, una intención de ruptura con lo que había sido la tradición geográfica moderna, iniciada en el siglo XIX y actualizada y reforzada, en la primera mitad del XX, por las escuelas de signo regional. Las “nuevas geografías”, sobre todo las cuantitativas y las radicales, ofrecieron una crítica muy severa de la geografía tradicional, la geografía clásica, con especial énfasis en sus enfoques regionales. La acusaron de no ser científica, de ser meramente subjetiva, de no ser un saber comprometido con las realidades circundantes. Todas esas andanadas críticas y descalificadoras, acogidas con entusiasmo por algunos medios universitarios, supusieron un cierto descrédito de los puntos de vista clásicos e introdujeron cierto grado de inseguridad en sus practicantes. Ante la acometida de las desafiantes nuevas geografías, no exentas del maniqueísmo intelectual que suele acompañar a las novedades de esa índole, algunos geógrafos

clásicos, a menudo con una trayectoria investigadora admirable, comenzaron a mostrar algunos síntomas de desmoralización.

Todo esto era perceptible en la universidad española de mis años de estudiante. Se notaba en ella que algunos profesores vinculados a la geografía clásica, enmarcados en la tradición geográfica moderna, entre los que se contaban excelentes profesores y excelentes investigadores, se mostraban desconcertados, inseguros, ante las cada vez más frecuentes reacciones críticas que ponían en entredicho el valor de lo que habían hecho siempre. Esto respondía con bastante claridad a un hecho sin duda significativo: el discurso de la tradición geográfica moderna, el hilo argumental que había identificado a la geografía desde principios del siglo XIX se había roto de repente, se había visto quebrado por el ataque de los nuevos puntos de vista. Y la incertidumbre creada por esa situación se vio acompañada de otro efecto simultáneo: la creciente fragmentación de la práctica geográfica, la proliferación de corrientes y tendencias, adscritas a variadas opciones científicas e ideológicas, a menudo ajenas a las claves hasta entonces constituyentes de su tradición moderna.

En segundo lugar, no hay que olvidar otra circunstancia relacionada con lo anterior. En los años ochenta, cuando escribí el libro, la credibilidad de las nuevas geografías estaba ya muy mermada. Se había pasado de unas actitudes iniciales más bien adánicas, con los impulsores de esas orientaciones asegurando que iban a proporcionar a la geografía planteamientos enteramente nuevos, planteamientos definitivos, plenamente científicos o enteramente comprometidos. Pero el paso del tiempo hizo ver que los resultados obtenidos distaban mucho de los ambiciosos anhelos fundacionales. Lejos de ofrecer soluciones generales para el conocimiento geográfico, superando los problemas y las limitaciones que achacaban al horizonte anterior, la mayor parte de los cultivadores de las nuevas geografías ofrecieron visiones parciales que a veces, no siempre, entrañaron algunas aportaciones de interés, pero sin llegar a satisfacer las expectativas de los primeros momentos.

De modo que, en resumidas cuentas, cuando se escribió y publicó este libro, en los años ochenta, la situación de la geografía estaba en buena medida caracterizada por una cierta debilidad de la perspectiva clásica, con su crédito mermado por las críticas recibidas, y por la insatisfacción producida por unos nuevos planteamientos que se habían mostrado en conjunto incapaces de realizar efectivamente la general transformación anunciada y que habían contribuido a fomentar la fragmentación y a veces la confusión del propio campo de conocimiento. Había muchas tentativas, muchos ensayos desarrollados en muy variadas direcciones, pero no había un cuerpo de doctrina compartido por los geógrafos, un conjunto de claves teóricas y metodológicas que garantizaran la solidez y la debida articulación del conocimiento geográfico. Ése fue el contexto en el que se inscribió la realización del libro.

Me decías que el panorama que trazaba en el libro era pesimista [tono de risa]. Bueno, no sé si era pesimista o sencillamente realista. La verdad es que en esos años no había mucho optimismo entre los geógrafos más interesados por la situación de la geografía. Harvey, por ejemplo, habló del hundimiento de la seguridad del escudo positivista. Y podríamos poner muchos otros ejemplos de geógrafos de diversas adscripciones intelectuales que se refirieron, en términos no precisamente optimistas, al decaimiento de las certidumbres que animaron en sus comienzos las nuevas geografías. Debilitados en buena medida los planteamientos de la geografía clásica, las orientaciones rupturistas disolvieron sus pronunciamientos iniciales en un número creciente de intentonas más bien disgregadoras. Se hacían cosas interesantes, desde luego, pero los resultados obtenidos estaban lejos de ofrecer una imagen unitaria, intelectualmente coherente, del horizonte geográfico. Y ése era, en mi opinión, el panorama de la geografía de los años ochenta.

Me preguntas también por lo sucedido en el terreno de la geografía en los casi treinta años transcurridos desde la publicación del libro. Veamos. Hay que decir, ante todo, que en esos años se han desarrolla-

do algunas orientaciones que me parecen particularmente interesantes. Y eso se ha producido dentro de un panorama de la geografía que sigue siendo muy heterogéneo, que sigue mostrando un alto grado de fragmentación. Basta consultar las revistas geográficas más significadas de nuestros días para constatar esas características. Hay que añadir que la heterogeneidad ha ido creciendo a medida que crecía la especialización; la práctica investigadora se especializa cada vez más, y se aparta con ello cada vez más de la intención integradora, de la voluntad de unidad, que caracterizó el horizonte de la geografía clásica. Es difícil encontrar ahora en las universidades españolas, por ejemplo, un profesor con conocimientos simultáneos de geografía física y geografía humana.

En ese panorama geográfico heterogéneo, han surgido y se han arraigado en los últimos decenios algunas perspectivas francamente valiosas. Una de ellas es la que se interesa por el estudio de la tradición geográfica moderna, no sólo desde el punto de vista histórico, sino también prestando atención a su envergadura teórica, epistemológica y metodológica, e incluso a otras cualidades sin duda significativas, como la dimensión retórica de su discurso. Se trata, en suma, de una orientación que procura valorar con amplitud de miras las aportaciones de la tradición geográfica moderna, sus calidades intelectuales y científicas, señalando, por añadidura, la posible vigencia de algunos de sus postulados. Un buen ejemplo de esta perspectiva es la labor que están llevando a cabo algunos geógrafos franceses de interpretación actualizada de figuras relevantes de su propia tradición, como Vidal de la Blache o De Martonne. Y en España también se han desarrollado desde hace algunos años estudios de este tipo, ofreciendo interpretaciones nuevas o renovadas de diversos geógrafos destacados, como Juan Dantín Cereceda o Manuel de Terán.

Otra perspectiva sin duda valiosa de los últimos decenios ha sido la dedicada al estudio del paisaje, teniendo muy en cuenta, y éste es uno de los aspectos más innovadores, la conformación histórica de su idea moderna, su relevante papel en el conocimiento geográfico, y las

variadas vertientes, geográficas y culturales, que esa idea comprende. Como todos sabemos, la idea de paisaje, muy importante y fecunda en la tradición geográfica moderna, fue objeto de críticas aceradas por parte de los planteamientos cuantitativos y radicales, que la tacharon de meramente subjetiva y anticientífica. Después, en los últimos decenios, se ha producido un resurgimiento de la idea de paisaje y un interés creciente por su estudio, con todas las dimensiones geográficas y culturales que entraña, al tiempo que, en conexión con el interés simultáneo por la historia de la geografía, se ha atendido también a la caracterización, no exenta de originalidad, del modo geográfico moderno de entender el paisaje, iniciado por Humboldt.

En la universidad española, se están desarrollando líneas de investigación atentas a la conformación histórica de la idea de paisaje y al papel desempeñado en esa conformación por el pensamiento geográfico. Manuel de Terán, que fue catedrático de Geografía en la Universidad Complutense de Madrid, manifestó siempre un gran interés por el paisaje, y ese interés se ha prolongado después en muchos de sus discípulos, algunos de los cuales han promovido las investigaciones más actuales en ese sentido. A título de ejemplo, puedo hablar del caso que mejor conozco, el de la Universidad Autónoma de Madrid, donde un grupo de profesores, vinculados directa o indirectamente al magisterio de Terán, están desarrollando proyectos de investigación sobre la caracterización, el valor y el significado en España de la idea moderna de paisaje, enmarcándola en las coordenadas humanísticas de los planteamientos geográficos clásicos. Y la atención a la dimensión humanística de la geografía ha sido otra orientación sin duda interesante de la investigación de los últimos decenios. Se ha considerado la inserción de la geografía en el terreno de las humanidades y su conexión con otros saberes de ese mismo ámbito, y todo ello ha conformado una fecunda orientación intelectual en la que algunos han hablado de geohumanidades.

Martha: ¿Difiere mucho de la geográfica humanística o se amplía?

Nicolás: No es lo mismo, porque la idea central de esta orientación es que hay una serie de saberes, como la historia, la historia del arte o ciertos aspectos sociológicos o antropológicos, por ejemplo, que tienen una conexión directa con aspectos geográficos, con perspectivas paisajísticas, espaciales, de localización, de lugar, etc. Y se afirma que la geografía tiene una dimensión humanista notable que está directamente conectada con estos aspectos y, en consecuencia, se promueven estudios sobre esas conexiones. Es una línea de investigación que me parece muy valiosa, y que ha dado frutos francamente interesantes.

Martha: Sin duda desde una perspectiva interdisciplinaria.

Nicolás: Sí, por supuesto.

Martha: En relación a esto, Nicolás, aquí en España, la carrera en Arquitectura del Paisaje ¿tiene bases geográficas? Te lo pregunto porque en México no; a los alumnos les enseñan paisaje sin mencionar siquiera la geografía.

Nicolás: Aquí, en España, tampoco tiene suficientes bases geográficas. Los planteamientos paisajísticos que se hacen desde el mundo de la arquitectura y de las demás escuelas técnicas no tienen los fundamentos geográficos que, en mi opinión, serían deseables. Recuerdo un curso de verano que se dio hace unos años con el título de “Paisaje y pensamiento” en el que intervinimos, a lo largo de una misma mañana, un arquitecto, un historiador del arte, un biólogo y yo. Fueron cuatro puntos de vista sobre el paisaje bastante diferentes, con muy pocas coincidencias. El arquitecto y el historiador del arte consideraron el paisaje como una imagen enteramente subjetiva, una representación cultural construida por el observador y sin conexión con la realidad. Por el contrario, en el otro extremo, el biólogo expuso su concepción del paisaje como algo plenamente objetivo, una especie de sistema natural, y como tal independiente de la subjetividad del observador.

Y yo recordé en mi intervención que la tradición geográfica moderna había entendido el paisaje en términos simultáneamente objetivos y subjetivos, como una realidad material, visible, pero también como una idea, como una elaboración intelectual de quienes lo observan. Y de ahí que la geografía clásica haya afirmado siempre que para entender cabalmente el paisaje hay que explicarlo y comprenderlo, hay que acercarse a él con criterio científico y con criterio artístico.

La visión geográfica del paisaje, con la convergencia de razón y sentimiento que la ha caracterizado desde tiempos de Humboldt, ha sido bastante importante y bastante influyente en la trayectoria del paisajismo moderno, desde sus orígenes románticos. Es una visión que se acerca al paisaje con mirada científica y artística al tiempo, y que se aleja por ello de quienes lo entienden como algo meramente objetivo o exclusivamente subjetivo. La geografía aporta así un conocimiento del paisaje que puede resultar muy útil para todo el que se interese por él, sea geógrafo o no lo sea.

Martha: Si no hay nada más que agregar al respecto, pasamos a los problemas del mundo actual. Pueden ser entendidos bajo claves eminentemente geográficas; sin embargo, parecería que la disciplina no ejerce un papel relevante en los debates globales como tampoco se percibe su compromiso en las causas sociales y ambientales. ¿Qué piensas al respecto? ¿De qué manera el conocimiento geográfico puede participar de y en la cultura de este tiempo?

Nicolás: No son pocas las manifestaciones actuales del conocimiento geográfico que se muestran comprometidas con las situaciones y la búsqueda de soluciones de índole social y ambiental. El compromiso social y ambiental no es ajeno, desde luego, a las expresiones actuales de la geografía. Los geógrafos vinculados en los últimos tiempos a los puntos de vista radicales han ofrecido ejemplos elocuentes de esas actitudes comprometidas. Y lo mismo cabe decir de las manifestaciones de la geografía cultural más actualizada.

Pasemos al otro asunto por el que me preguntas, el de la participación del conocimiento geográfico en el panorama cultural. No está de más recordar, ante todo, que la tradición geográfica moderna ha estado siempre inscrita en la cultura de su tiempo, en la que ha influido además de manera sensible. Humboldt, por ejemplo, influyó en buena medida en el panorama cultural de su tiempo, y la presencia de su legado en el ámbito de la pintura y el paisajismo ofrece una acabada muestra de ello. Lo mismo cabe decir, por poner otro ejemplo, de Vidal de la Blache, cuyo *Tableau de la géographie de la France* influyó de manera muy notable no sólo en otros campos del conocimiento, como el histórico, sino también en el horizonte cultural y nacional de su tiempo. La geografía española ha ofrecido también un ejemplo elocuente de conexión con la cultura correspondiente. La obra de Manuel de Terán se inscribió plenamente en el horizonte cultural de su tiempo, influyendo en otros saberes igualmente enmarcados en él y recibiendo igualmente influencias de ellos. Los geógrafos mencionados, Humboldt, Vidal de la Blache y Terán, mostraron con meridiana claridad la participación directa y la influencia de la geografía clásica en el panorama cultural coetáneo.

Eso es lo que sucedió con la tradición geográfica moderna, con la geografía clásica. Y ahora hay que preguntarse qué ha ocurrido en los últimos decenios y qué sucede en nuestros días con la participación y la influencia de la geografía en el panorama cultural. Hay que advertir, ante todo, en este sentido, que hay un sector de la geografía actual que mantiene la inserción y su influencia en el mundo cultural: es el sector que continúa, prolongando y actualizando, la perspectiva clásica. El alboroto orquestado en su momento por las “nuevas geografías”, con sus ínfulas hegemónicas, no debe hacernos perder de vista la permanencia de orientaciones geográficas acordes con las claves teóricas y metodológicas de la tradición geográfica moderna. Hay ejemplos elocuentes de ello en todos los países que tuvieron una geografía clásica apreciable. En España, muchos discípulos de Terán se encuentran entre los que han seguido esta trayectoria, evidenciando en todo mo-

mento su pertenencia activa al panorama cultural de su tiempo. Por otra parte, fuera de esa orientación, en el terreno de las tendencias novedosas de los últimos decenios, hay también iniciativas que mantienen una relación bastante estrecha con la cultura. Es lo que sucede, por ejemplo, con buena parte de los planteamientos de las diversas modalidades de geografía cultural, o también, con particular claridad, con las propuestas enmarcadas en el innovador horizonte de las geohumanidades.

Martha: Estas cuestiones del compromiso hacia las causas sociales y ambientales, ¿hasta el momento han sido más dominantes en las corrientes radicales o críticas?

Nicolás: Sí. Entre los geógrafos clásicos, ya hubo algunos ejemplos notables de compromiso con las causas sociales y políticas, que fueron más frecuentes en el ámbito anglosajón, aunque no faltaron en otros. En los decenios más próximos, creo que, sin ser los únicos, los que muestran un grado mayor de compromiso en esa dirección son los geógrafos que, de un modo u otro, prolongan los puntos de vista críticos derivados de los planteamientos radicales. Algunos de ellos han ofrecido estudios e interpretaciones francamente interesantes de variadas situaciones sociales y políticas, a menudo conflictivas, en el mundo rural y el urbano. La obra de William Bunge sobre *Fitzgerald* sigue siendo, en mi opinión, una de las mejores muestras de este tipo de trabajo geográfico.

Martha: ¿Sería ideal que permeara este compromiso con todas las áreas, o algunas áreas no deberían involucrarse en esto?

Nicolás: Creo que ese compromiso, sin duda valioso y fructífero, debe ampliar su arraigo en el mundo de la geografía y debe proyectarse igualmente, como está sucediendo de hecho, a otros campos del conocimiento con similares componentes humanistas y culturales.

Martha: Muy bien, en ese tenor, ¿qué debería entenderse hoy por educación geográfica?

Nicolás: Manuel Bartolomé Cossío, educador, historiador del arte y destacado protagonista, junto a Francisco Giner de los Ríos, de la Institución Libre de Enseñanza, fundada en Madrid en 1876, decía que el hombre culto es el que sabe ver las cosas. Y por eso decía también que educar a alguien era enseñarle lo que denominaba el arte de saber ver. Esto puede aplicarse, en mi opinión, al terreno de la geografía, de la educación geográfica. Una persona educada geográficamente es la que sabe ver con criterio geográfico lo que tiene alrededor. Y conviene aclarar qué quiero decir cuando hablo de criterio geográfico.

La clave del criterio geográfico puede resumirse diciendo que consiste en entender la realidad como un conjunto que resulta de la actuación de variados y conectados factores físicos y humanos. El geógrafo debe entender la realidad como algo unitario, cuyas partes están relacionadas entre sí, y debe además procurar una imagen integradora, sintética, no fragmentadora, de esa realidad. Eso es saber ver las cosas con criterio geográfico, saber verlas geográficamente. El gran geógrafo francés Max. Sorre dijo que, para conocer una ciudad, era preciso sentarse en un banco y mirar.

Entonces, en resumen, cabe decir que educar geográficamente a alguien es enseñarle el arte de saber ver las cosas con criterio geográfico; es decir, ser capaz de entenderlas en lo que tienen de unidad, de conjunto vertebrado, de resultado de factores actuantes. Pero esa educación no es algo sencillo. Debe ser rigurosa y certera, para poder ir conformando la visión geográfica que se busca. Hay que enseñar, como decía otro gran geógrafo francés, Jean Brunhes, a abrir los ojos y ver, y añadía que esa capacidad de abrir los ojos y ver no era fácil de conseguir, no estaba al alcance de cualquiera, sino que requería, por el contrario, un aprendizaje preciso y exigente.

Creo que esa visión geográfica integradora es importante y aporta sin duda al trabajo del geógrafo una cierta originalidad intelectual. Es

interesante recordar que hay ahora una serie de planteamientos relativos a la ordenación o planificación de ciudades, territorios o paisajes que cada vez valoran más la aportación integradora de los geógrafos y solicitan su colaboración con frecuencia creciente. Claro que no conviene eludir un asunto que sin duda viene a la cabeza cuando se habla de esa intención integradora, sintética, de la visión geográfica. Ante la presencia cada vez más amplia de las especializaciones en el ámbito de la geografía, conviene preguntarse si sigue teniendo sentido educar la visión integradora de los futuros geógrafos.

Conviene recordar que viene de antiguo la diferenciación entre las geografías generales, física y humana, y la geografía regional. La segunda es la que ha respondido con más exactitud a la intención integradora, pero ello no entrañó, salvo en algunos autores que extremaron su celo regionalista, la descalificación de las primeras. Los geógrafos generalistas, entre los que se contaban algunos de los más destacados representantes de la geografía física y la geografía humana plenamente inscritos en el horizonte de la geografía vidaliana, fueron conscientes de que estaban investigando un sector particular de una realidad más amplia, que podía entenderse en términos unitarios, y que con su estudio estaban no sólo mejorando el conocimiento del sector particular investigado, sino también, por añadidura, el conocimiento más exacto de la realidad más amplia, facilitando así la consideración integradora de los factores que contribuían a su articulación conjunta. Me parece interesante este planteamiento, y podría intentar aplicarse a la especialización de nuestros días y a la educación geográfica coetánea: convendría que el geógrafo especializado no perdiese de vista que su labor está enmarcada en una perspectiva geográfica más amplia, más integradora, y que su labor puede además conectarse con ese panorama cognitivo y ayudar a mejorar, con el mejor conocimiento de los aspectos o factores considerados con más detalle, su alcance integrador.

Alguien podría pensar que esto que digo es utópico, algo irremediabilmente separado de las condiciones y necesidades de la enseñanza actual de la geografía. Creo que no lo es, en absoluto, y hablo con

alguna experiencia en el asunto. Si bien se mira, el hecho de proponer que todas las orientaciones geográficas, por especializadas que sean, se entiendan como partes constitutivas de un panorama geográfico más amplio, que las comprende pero no las anula, no sólo no perjudica de ningún modo sus afanes de especialización, sino que les aporta, enriqueciéndolos, una mayor amplitud de miras y la posibilidad, que no creo perjudicial sino todo lo contrario, de cobrar plena conciencia de pertenecer a ese panorama integrador.

Si entendemos así el sentido de la geografía, y creemos que es conveniente plantear la enseñanza geográfica atendiendo a ese sentido, es lógico añadir que se necesitan profesores plenamente capacitados en ambos aspectos, el conceptual y el educativo. El profesor de geografía debe estar suficientemente formado en su materia, debe entenderla con rigor y claridad, dominar sus fundamentos teóricos y metodológicos, y, con esa preparación, ser capaz de interesar al alumno, y de enseñarle a ver geográficamente las cosas, a razonar sobre ellas y a interpretarlas como es debido. Como sucede en cualquier otro ámbito, la garantía de una buena educación geográfica y la seguridad de poder contar en el futuro con geógrafos adecuadamente formados residen principalmente en los profesores de la materia.

Martha: ¿Qué recomendaciones podrías proporcionar a profesores no geógrafos que enseñan en programas de maestría en geografía desde una perspectiva interdisciplinaria?

Nicolás: Creo que lo primero que tiene que hacer un profesor que, sin ser geógrafo, enseña en programas de geografía es acercarse intelectualmente a los modos de ver y de razonar del conocimiento geográfico. No es demasiado difícil. Se puede lograr con lecturas apropiadas. Si uno lee, por ejemplo, el *Tableau de la géographie de la France* de Vidal de la Blache, se puede dar cuenta de las claves que maneja el autor en sus descripciones y razonamientos. Con lecturas de ese tipo y algunos recursos más se puede llegar a adquirir, sin ser geógrafo, una

cierta sensibilidad geográfica y una cierta capacidad para detectar las conexiones entre lo que él explica y la perspectiva a la que esa sensibilidad responde.

Martha: Así es, autodidacta se tiene que ser.

Nicolás: Pues sí, claro. Si me dijeran que tengo que explicar algo en un programa de geología, sin ser geólogo, lo primero que haría sería ponerme al corriente de lo que dicen los geólogos sobre los asuntos que tengan que ver con lo que tengo que explicar, para ser consciente de las conexiones existentes y tenerlas en cuenta, sin olvidar que el eje argumental del programa, y sus componentes, debe ser geológico.

Martha: Relacionado también con el compromiso, ¿qué nos puedes decir sobre la ética que debe prevalecer en la generación de conocimiento geográfico?

Nicolás: Me parece un aspecto muy importante. No creo razonable entender el conocimiento geográfico al margen de esa dimensión ética, que ha estado siempre presente a lo largo de su tradición moderna. No conviene olvidar que la geografía moderna surgió, de la mano de Humboldt y Ritter, en el siglo XIX, y que apoyó sus planteamientos en la afirmación de un orden natural que comprendía al hombre. Esta afirmación, muy innovadora en su momento, entrañaba la idea de que el hombre formaba parte de la naturaleza, de que era solidario con su orden, que debía conocer y respetar consecuentemente. Subyacía así en el horizonte de la primera geografía moderna un principio de solidaridad del hombre con la naturaleza, y en esa solidaridad se apoyaba el fundamento ético del acercamiento intelectual al mundo exterior protagonizado por los geógrafos. Es algo que no es difícil comprobar en los escritos de Humboldt o Ritter, y que continuó después presente a lo largo de la tradición geográfica moderna. En España, Manuel de Terán publicó en 1966 un trabajo muy interesante con el título de *Una*

ética de conservación y protección de la naturaleza, en el que habló del compromiso ético del hombre y del papel que había desempeñado el conocimiento geográfico en la incorporación activa y el consiguiente impulso de ese compromiso. La dimensión ética ha sido importante en el conocimiento geográfico desde sus comienzos, y esa dimensión ética, referida a la relación con la naturaleza y también con la sociedad, debe seguir estando muy presente en sus perspectivas actuales.

Martha: El paisaje, esa vieja categoría arraigada en la tradición geográfica, experimenta un proceso de revalorización, aunque ciertamente bajo un esquema polisémico; como ya lo habías expresado en libro *Geografía y Cultura*, llegas a afirmar que el paisaje es la genuina razón de ser del conocimiento geográfico. Dicho planteamiento ¿sigue vigente?, ¿la geografía ha reivindicado para sí misma y para el conocimiento universal las claves de entendimiento del paisaje?

Nicolás: Sí, mantengo esa convicción: creo que el paisaje es la principal razón de ser del conocimiento geográfico. Recordemos brevemente por qué el paisaje ocupa un lugar central en el conocimiento geográfico. La lectura de Humboldt y Ritter nos permite constatar que ambos entienden que la finalidad principal de la geografía moderna que están fundando, que diferencian claramente de la anterior, es explicar el mundo que les rodea. A ello se refirió Ritter cuando dijo que había que alejarse de la geografía anterior, que se contentaba con describir y clasificar el mundo exterior, y ocuparse, al contrario, de las relaciones y leyes generales que podían apoyar un verdadero conocimiento geográfico científico y unitario. Había que explicar el mundo exterior, y ese mundo exterior, con sus manifestaciones física, humanas y territoriales, se apoyaba siempre en el orden natural. Era la naturaleza la que estaba detrás de las realidades geográficas de cualquier orden, y era por tanto la naturaleza lo que había que explicar. La consideración de la naturaleza, que se entendía, como dijo Humboldt en su *Cosmos*, como un Todo animado por un soplo de vida, se con-

virtió en el objeto fundamental de la geografía moderna. Había que estudiar la naturaleza precisamente para entender, como diría Ritter, sus relaciones y sus leyes, para aprehender su orden interno, la unidad y la armonía de la que habló Humboldt.

La geografía debía explicar, en suma, el orden de la naturaleza. Pero había que concretar cómo podía llevarse a cabo esa empresa, aparentemente nada fácil. Y se hizo en consonancia con las claves principales del horizonte científico del siglo XIX en el que se enmarcó la primera geografía moderna. Todo el conocimiento de ese siglo se apoyó, como es sabido, en la observación, en la experiencia visual, que adquirió una importancia muy destacada. Era el signo del conocimiento moderno. Lo expresó ya en su momento el gran geólogo Saussure, cuando, al alcanzar la cima del Mont Blanc, dijo que lo que veía desde allí le permitía captar las conexiones y la organización del conjunto montañoso y que una sola mirada resolvía dudas que no había podido aclarar antes con años de trabajos.

El paso siguiente es fácil de entender. En la medida en que se concibe la naturaleza como un ser vivo, el Todo animado por un soplo de vida de Humboldt, de acuerdo con los puntos de vista organicistas del pensamiento científico de la época, se afirma que, como sucede en los organismos, la organización interna se expresa en la forma externa. De manera que el orden interno de la naturaleza se expresa en su fisonomía externa. Y esa fisonomía es precisamente el paisaje, que se define entonces como la expresión visible del orden natural. Ésa es la clave del concepto de paisaje promovido por la primera geografía moderna, y esencialmente coincidente con la idea de paisaje utilizada en otros ámbitos, como el naturalista o el artístico. Y esa clave es la que permite entender la gran importancia adquirida por el paisaje en el terreno del conocimiento geográfico. Porque para estudiar la naturaleza, para captar, como decía Humboldt, su unidad y su armonía, su orden interno, podemos apoyarnos en la observación de su aspecto externo, de su paisaje, que expresa esa organización interna. Ver

el paisaje y entenderlo es, en suma, el mejor camino para explicar el orden natural que cimenta la realidad geográfica.

Los geógrafos modernos convirtieron el paisaje en el objeto central de sus estudios. Y aportaron además a la idea de paisaje una nota distintiva y bastante original, a la que ya me he referido en una respuesta anterior y que ahora podemos comentar un poco más despacio. En las coordenadas románticas en las que se conformó la primera geografía moderna, el paisaje no se entendía en general como mera forma visible, sino que se le atribuían además valores y significados diversos. De modo que, en principio, todos los que se interesaban por el paisaje eran conscientes de la necesidad de tener en cuenta esas dos vertientes, pero después cada cual las consideraba en su trabajo a su manera. Los naturalistas tendían a dar mucha más importancia a la materialidad visible que a las cualidades invisibles, sobreponiendo en consecuencia la explicación a la comprensión, la razón al sentimiento. Justo lo contrario hacían los artistas, los literatos y los pintores, concediendo mucha más atención, a la hora de entender el paisaje, a lo sentimental que a lo racional. Había, por tanto, dos grandes maneras de acercarse al paisaje, que diferían en la importancia respectivamente concedida, sin eludir en ningún caso ninguna de las dos, a la dimensión explicativa y a la comprensiva. Saussure, por ejemplo, centró sobre todo su trabajo como naturalista en la explicación del paisaje de los Alpes, pero eso no le impidió hablar de sus sentimientos al recorrer aquellas montañas. Constable, en el otro extremo del paisajismo, se dedicó sobre todo a la comprensión del paisaje, pero no perdió de vista las explicaciones naturalistas.

Y en ese horizonte del paisajismo moderno, con la dualidad señalada, se produce la aportación de Humboldt, ofreciendo un punto de vista intermedio, en el que la visión científica y la artística, la explicación y la comprensión, adquirirían una importancia similar, sin prevalencias. Humboldt proponía aunar la razón y el sentimiento, buscar la convergencia de la ciencia y el arte, dos vías de conocimiento distintas pero complementarias, para entender cabalmente el paisaje. Y

esa perspectiva, que se ha mantenido viva después en la tradición geográfica moderna, inauguró así una vía innovadora, un camino original y fecundo, en el panorama del paisajismo moderno. Buena prueba de ello es lo que sucedió cuando se tradujo al francés el primer libro eminentemente paisajístico de Humboldt, *Cuadros de la Naturaleza*, acabada expresión teórica y práctica de su modo de entender geográficamente el paisaje. El editor añadió una nota previa muy elocuente, en la que dijo que el libro era una obra maestra, verdaderamente innovadora, en la que el autor había logrado la convergencia equilibrada de la explicación científica y de la comprensión artística. Los *Cuadros de la Naturaleza* ofrecían, según el editor francés, el aliento artístico de Bernardin de Saint-Pierre y la exactitud de la ciencia.

El conocimiento geográfico moderno ha sido consciente desde sus comienzos de que hay distintas aproximaciones al conocimiento, científicas unas y artísticas otras, y que la convergencia de modalidades diferentes y complementarias es necesaria para entender el paisaje, sin ignorar ni su dimensión formal y visible, ni sus valores y cualidades invisibles. Esa manera de entender lo que el paisaje es y lo que significa ha sido muy fecunda en las consideraciones paisajísticas de la geografía moderna, y creo que esa manera de entender el paisaje puede seguir siendo muy valiosa en las perspectivas geográficas actuales.

Martha: Esta relación entre conocimiento y acción en cuanto al estudio del paisaje y a su gestión encaminada a la intervención ¿es de trascendencia?

Nicolás: Sí. En el caso de España, y en otros ámbitos también, cada vez tiene más importancia la gestión paisajística. Hubo un tiempo en que el paisaje no solía aparecer en las actuaciones sobre las realidades geográficas. Se hablaba a menudo, por ejemplo, de ordenación territorial, rural o urbana, pero casi nunca se hablaba de paisaje. Pero esa situación ha cambiado. Desde hace algunos años, es cada vez más frecuente la atención al paisaje en las iniciativas de ordenación. La

gestión del paisaje, de su protección y conservación, es un asunto de creciente importancia en nuestros días. Y esa gestión requiere, como es natural, entender el paisaje en términos unitarios, integradores, es decir, en los términos que siempre ha promovido la geografía moderna.

Martha: Y ahí la ética también incide directamente.

Nicolás: Por supuesto, es fundamental.

Martha: Bien, sigamos con la preocupación permanente [risa] sobre las especializaciones disciplinarias que siguen latentes; también la preocupación por la fragmentación, el desdibujamiento y la crisis del conocimiento geográfico. Esto inició muy pronto en la geografía desde su división entre geografía física, geografía humana y se sigue preguntando hasta el momento: ¿es posible una geografía única e integral? ¿Se pueden lograr acuerdos al menos para encontrar un posible centro, criterios vertebradores para su integración con la geografía en general?

Nicolás: Bien. Volvamos, como dices, a estos asuntos sin duda importantes, que han aparecido ya en una respuesta anterior. Veamos ahora aquí, para completar lo anterior, un ejemplo: cómo podría organizarse un programa para unos estudios geográficos universitarios que respondiese a las intenciones integradoras de las que hemos hablado. Convendría tener algunas ideas previas suficientemente claras. La primera de ellas sería la de ofrecer una formación geográfica que fuese verdaderamente integradora, con enseñanzas de conjunto particularmente formativas en ese sentido, y también con enseñanzas especializadas, sin duda necesarias, que no olviden su pertenencia al panorama unitario más amplio, que no incurran en el error de una independencia que no haría sino fragmentar y empobrecer el conjunto sin aportar beneficios efectivos a las partes. Aunque pueda pensarse que esto es más fácil de decir que de hacer, creo de verdad, como ya

dije antes, que es bastante viable, con la condición de contar con ideas claras y con el profesorado adecuado.

No está de más recordar, en relación con esto de las especializaciones, lo que se hizo en la escuela francesa de geografía, modélica en muchos sentidos. Allí se estableció una relación bastante inteligente entre las orientaciones más especializadas de las geografías generales y la más integradora de la geografía regional. De Martonne, por ejemplo, se especializó en geografía física, de la misma manera que Sorre o Demangeon se especializaron en geografía humana, pero ninguno de ellos planteó nunca su trabajo como algo desgajado del tronco unitario de la geografía regional. No se sentían independientes o autónomos, estrictos especialistas de un conocimiento determinado, sino partícipes de un saber más general, más integrador, que contribuían a alimentar con sus estudios parciales. Y algo parecido podría decirse, por añadir otro ejemplo español, de la labor geográfica de Terán. Sus estudios particulares de geografía rural o geografía urbana nunca le hicieron perder de vista la integración de esos temas parciales en un panorama geográfico más amplio y unitario.

Martha: Pero a mí me preocupa, sobre todo vinculado con las especializaciones, la nueva política de las publicaciones en revistas. Las publicaciones que deben ser cortas, muy precisas y donde prevalece un esquema de planteamiento del problema, hipótesis, comprobación y conclusiones. Este tipo de publicaciones no sé qué tanto favorece esa especialización o como esté afectando a esta integración de la que hablas.

Nicolás: Es verdad que un número cada vez mayor de revistas geográficas se muestran sensibles a las corrientes de especialización de la materia, al tiempo que suelen también adoptar los criterios que mencionas de brevedad, exposición codificada, etc. Todo ello se relaciona directamente, como es sabido, con las exigencias de las convenciones académicas actuales, incluyendo, claro está, las pautas de valoración institucional de las publicaciones, con su consiguiente efecto sobre

las promociones académicas. Pero no hay que olvidar que también quedan revistas geográficas con mayor amplitud de miras y abiertas a exposiciones más reflexivas y menos sometidas a esquemas preconcebidos. Es lo que sucede en España, por ejemplo, con *Estudios Geográficos*, fundada en 1940 y editada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, o con *Ería*, publicada desde 1980 por la Universidad de Oviedo.

Martha: Nos centramos ahora a el papel que ocupa la geografía española en el mundo. ¿Cómo la ubicas?, ¿es subsidiaria de otras escuelas europeas y de la tradición norteamericana?, ¿o ha conseguido desarrollos originales?

Nicolás: Conviene señalar, ante todo, que la geografía española es bastante joven. Dejando de lado dos asignaturas anteriores que se planteaban como auxiliares de otros estudios, una geografía física para geólogos en la Facultad de Ciencias y una geografía política y descriptiva para historiadores en la Facultad de Filosofía y Letras, fue en los años cuarenta del siglo pasado, después de la última guerra civil, cuando se introdujeron algunas materias geográficas en la universidad española, aunque todavía con un carácter relativamente precario, dentro de la licenciatura en Historia. En 1939, se creó el primer centro de investigación geográfica, el Instituto Juan Sebastián Elcano, dentro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Y este Instituto contribuyó en gran medida desde su fundación a incorporar y desarrollar las perspectivas de la geografía actualizada de su tiempo, promoviendo trabajos de investigación y publicando una revista, *Estudios Geográficos*, que ayudó a conocer lo que se hacía fuera y a dar a conocer lo que se hacía dentro.

Tanto en el Instituto Juan Sebastián Elcano como en las cátedras de geografía que se formaron en las universidades a partir de los años cuarenta, el modelo que se siguió fue el de la escuela francesa. La investigación, con las tesis doctorales en primer lugar, se atuvo en gene-

ral a los planteamientos de la geografía francesa, y lo mismo sucedió en el terreno de la enseñanza universitaria, donde los manuales y las monografías de esa procedencia fueron habituales. No cabe duda de que, en general, la geografía española se movió en las coordenadas de la geografía francesa de ascendencia vidaliana. Manuel de Terán, que participó muy activamente desde los años cuarenta en el Instituto Juan Sebastián Elcano y fue catedrático de geografía en la Universidad de Madrid desde 1951, desempeñó un papel destacado en la conformación de esa geografía española y contribuyó a situarla en la órbita de la escuela francesa, que conocía bien y con la que mantuvo relaciones regulares.

El predominio de la influencia de la escuela francesa en la geografía española ha sido duradero. Se mantuvo pujante y sin apenas competencia hasta finales de los años sesenta, y después, sin llegar a desaparecer, vio su presencia debilitada por la llegada de otras orientaciones, las denominadas nuevas geografías, que se hicieron notar en el ámbito de la investigación y, sobre todo, en el de la enseñanza universitaria. Esa apertura del panorama supuso, entre otras cosas, la introducción de algunos temas poco frecuentados con anterioridad, asociados a los enfoques cuantitativos, radicales o de la percepción, y la aproximación a círculos geográficos diferentes a los de la escuela ante todo anglosajones. Y, en relación con lo que me has preguntado sobre la situación de la geografía española en el panorama mundial, creo que, sin negar el interés y el valor de algunos de sus resultados investigadores y educativos, es de justicia reconocer que no ocupa un lugar de primera fila. Con un nacimiento y un desarrollo bastante retrasados respecto de otros países, como Alemania, Francia, Gran Bretaña o los Estados Unidos, la geografía española, en conjunto, tiene una presencia modesta en el horizonte geográfico internacional.

Martha: De lo expuesto en *Geografía y Cultura*, ¿cuáles planteamientos eliminarías, matizarías o ratificarías?

Nicolás: Eliminar, creo que no eliminaría nada. Me parece que los comentarios y las sugerencias que allí expuse remiten a características del conocimiento geográfico moderno que no han envejecido. Por lo que se refiere a las posibles ratificaciones, las centraría sobre todo en la valoración del paisaje como clave de la perspectiva geográfica. Y, finalmente, las matizaciones que incluiría irían en la línea de tener en cuenta algunas aportaciones que se han movido en el horizonte intelectual del libro durante el tiempo transcurrido desde su publicación, y que ofrecen puntos de vista situados en las coordenadas de sus principales argumentos. En esta línea se sitúan algunos planteamientos actualizados sobre el paisaje, o sobre los nexos entre geografía y humanidades, o sobre las posibilidades de la geografía cultural. Habría que tener muy en cuenta, por ejemplo, los trabajos de autores como Denis Cosgrove, Stephen Daniels o Veronica Della Dora.

Martha: Cosgrove argumenta también que el paisaje, desde un sentido estético, tiende a ocultar las desigualdades sociales. ¿Cómo ves esto en relación a tu planteamiento de estética que está dentro de *Geografía y Cultura*?

Nicolás: Las consideraciones de Cosgrove sobre el paisaje contienen reflexiones e interpretaciones francamente interesantes, pero su modo de concebirlo tiene, en mi opinión, algunos aspectos discutibles. Uno de ellos es la idea de que el paisaje es una imagen cultural, un modo subjetivo de representar lo que nos rodea. Se sitúa así del lado de los que niegan la dimensión objetiva, material, del paisaje, de los que lo entienden como una mera imagen, negando su entidad como forma. Creo que la dimensión formal del paisaje, siempre presente en la tradición geográfica moderna, debe ser reconocida y tenida en cuenta. Y otro aspecto que también me parece discutible es su afirmación de que la visión del paisaje responde a intereses ideológicos que pretenden con su imagen legitimar ciertas relaciones de poder o enmascarar determinados conflictos sociales. Me parece que este asunto es bas-

tante más complejo, e intelectualmente mucho más rico, que lo que supone ese enfoque de Cosgrove.

Martha: Una última pregunta y cierro esta entrevista. ¿Qué recomendación das a los futuros lectores de la nueva reimpresión en México de tu obra *Geografía y Cultura*? Que van a ser muchos, esperemos.

Nicolás: Me atrevo a recomendar que la lectura del libro se acompañe con la lectura directa de los geógrafos clásicos que se mencionan en él. Quien esté interesado en la geografía, en entender las claves en las que se ha apoyado su trayectoria moderna, en acercarse a su forma de razonar e interpretar el mundo que nos rodea, debe leer las obras de sus protagonistas modernos. Sé por mi propia experiencia docente que leer a Humboldt, a Vidal de la Blache, a De Martonne, a Sauer o a Terán es una de las mejores maneras de adentrarse en el mundo del pensamiento geográfico moderno. Espero que la lectura de *Geografía y Cultura* anime a ello.

Martha: Nicolás Ortega Cantero, muchas gracias por tu tiempo y por haberme recibido en tu hogar.

Madrid, 27 de noviembre de 2015.

Índice Onomástico

A

Abbagnano, Nicola: 47
Adorno, Theodor W.: 18
Althusser, Louis: 32
Amiel, Henri Frédéric: 44

B

Bartolomé, Manuel: 71n, 159
Baudelaire, Charles: 44
Baulig, Henri: 96
Beck, Hanno: 50
Bélanger, Marcel: 128
Benjamin, Walter: 125
Berdoulay, Vincent: 82, 89, 92, 94,
95, 100, 127
Berque, Augustin: 126, 132, 133
Biot, Pierre: 95, 96
Blanchard, Raoul: 131n
Borges, Jorge Luis: 13, 20, 27, 28,
35, 49, 102, 122
Brinkmann, Karl Gustav von: 49
Broc, Numa: 41

Brunhes, Jean: 95, 159
Bunge William: 31, 119n, 158
Bury, John: 112
Buttimer, Anne: 105
Byron, George Gordon, Lord: 71

C

Campillo, Antonio: 114, 116
Canetti, Elias: 112
Capel, Horacio: 12, 37, 52
Castells, Manuel: 32
Claval, Paul: 27, 68, 111, 128
Comte, Auguste: 47
Cosgrove, Denis: 77n, 171, 172
Curtis, L.P. Jr.: 122

CH

Chorley, Richard: 103n

D

Daniels, Stephen: 171
Dantín, Juan: 153

Della Dora, Veronica: 171
Defoe, Daniel: 70
De Koninck, Rodolphe: 32
Demangeon, Albert: 131n, 168
De Saint-Pierre, Bernardin: 166
Droysen, Johann Gustav: 58

E

Eco, Umberto: 111
Eliade, Mircea: 128

F

Febvre, Lucien: 87
Félice, R. de: 131n
Feyerabend, Paul: 123
Fichte, Johann Gottlieb: 51
Flaubert, Gustave: 128
Forster, Georg: 51
Frémont, Armand: 128

G

García Fernández, Jesús: 129
Giblin, Béatrice: 79
Gimferrer, Pere: 24, 28
Giner de los Ríos, Francisco: 59, 71n, 159
Ginzburg, Carlo: 121, 122
Goethe, Johann Wolfgang: 18, 51, 67, 71
Gómez de Liaño, Ignacio: 25
Gómez Mendoza, Josefina: 11, 19, 121, 122

Gouldner, Alvin W.: 47, 48, 83
Goytisolo, Juan: 29
Granö, Olavi: 68
Gregory, Derek: 27, 108, 109, 111

H

Haggett, Peter: 103n
Hard, Gerhard: 37
Hartshorne, Richard: 37, 89
Harvey, David: 19, 31, 34n, 103, 152
Herder, Johann Gottfried: 51
Hettner, Alfred: 31, 88, 89, 94, 100
Hugo, Victor: 44, 45
Humboldt, Alexander von: 12, 13, 28, 31, 41, 45, 48-55, 58-60, 61, 62n, 65-68, 70-72, 74, 76, 78, 82, 90, 91, 94, 97, 99, 100, 124, 134n, 154, 156, 157, 162-166, 172
Humboldt, Wilhelm von: 49, 52

J

James, Preston E.: 37, 52, 68
Johnston, Ronald J.: 19

K

Korinman, Michel: 65
Kropotkin, Piotr: 70, 72, 82
Kuhn, Thomas S.: 23

L

Lacoste, Yves: 27, 28

Landes, David S.: 112
Le Lannou, Maurice: 106
Levainville, Jacques: 131n
Loi, Daniel: 131
López-Morillas, Juan: 84

M

Mainer, José Carlos: 18
Marías, Julián: 128
Martínez de Pisón, Eduardo: 38,
44, 78, 79, 128, 133, 147
Martonne, Emmanuel de: 72,
153, 168, 172
Marx, Karl: 82
Meynier, André: 72
Mill, John Stuart: 47
Muguerza, Javier: 30
Muñoz Jiménez, Julio: 11, 147

N

Nicola-Obadia, Georges: 28, 41n,
51, 53
Nir, Dov: 109, 130

O

Ortega, Nicolás: 11, 12, 13, 14,
147, 149, 172

P

Passerat, Charles: 131n
Pattison, William: 37

Paz, Octavio: 9, 13, 24, 25, 31, 32,
34, 42-44, 48, 105, 113-115, 117,
122, 126
Pena, María del Carmen: 68
Pérez, Díaz: 32
Pla, Josep: 101
Proust, Marcel: 24

Q

Quaini Massimo: 27, 32
Quincey, Thomas de: 35

R

Racine, Jean-Bernard: 19, 25, 105,
106, 108, 118, 119
Ratzel, Friedrich: 124
Reclus, Elisée: 13, 28, 70, 72-79,
82, 83, 92, 96, 124
Relph, Edward: 27
Ritter, Carl: 13, 41, 48, 49, 51-53,
55, 58, 60, 61n, 62, 63, 65, 67, 68,
70, 72-74, 82, 90-93, 96, 97, 99,
100, 162-164
Rocheport, Renée: 133, 134
Rousseau, Jean-Jacques: 72

S

Saint-Simon, Claude Henri de: 47
Sánchez Ferlosio, Rafael: 27
Sartre, Jean Paul: 33
Sauer, Carl: 27, 172

Sautter, Gilles: 134
Schaefer, Fred K.: 28, 31, 72
Schelling, Friedrich Wilhelm Joseph von: 51
Schlegel, August Wilhelm von: 51
Senancour, Etienne Pivert de: 44
Shelley, Percy Bysshe: 71
Sion, Jules: 131n
Sorre, Maximilien: 71n, 89, 96, 100, 124, 159, 168
Spencer, Herbert: 47
Stone, Lawrence: 125, 126

T

Taylor, Peter J.: 102
Terán, Manuel de: 12, 58, 60n, 61n, 66n, 128, 134n, 153, 154, 157, 162, 168, 170, 172
Thompson, Edward P.: 121
Thünen, Johann Heinrich von: 82
Torres Campos, Rafael: 76
Toulmin, Stephen: 37
Tuan, Yi-Fu: 108

U

Ulacia, Manuel: 70

V

Vallaux, Camille: 131n
Vargas Llosa, Mario: 126
Vattimo, Gianni: 114, 115, 125
Verlaine, Paul: 70
Veyne, Paul: 126
Vicente Mosquete, María Teresa: 74
Vidal de la Blache, Paul: 13, 28, 31, 41n, 60n, 74n, 87-89, 92-94, 96, 97, 100, 124, 153, 157, 161, 172
Von Wright, Georg Henrik: 58

W

Wilde, Oscar: 52, 70
Wittgenstein, Ludwig: 30

Z

Zaid, Gabriel: 115
Zweig, Stefan: 112

Geografía y Cultura
se terminó de editar
en octubre de 2022
en los talleres gráficos de
Amateditorial, S.A. de C.V.
Prisciliano Sánchez 612, Colonia Centro
Guadalajara Jalisco
Tel.: 3336120751 / 3336120068
amateditorialgmail.com
www.amateditorial.com.mx

La edición consta de 1 ejemplar

Cuidado de la edición: Martha Chávez Torres y Luis Felipe Cabrales Barajas
Corrección: Amate Editorial, S.A. de C.V.

La Universidad de Guadalajara reedita *Geografía y Cultura* 35 años después de su publicación en España. Producto del talento intelectual del geógrafo Nicolás Ortega Cantero, constituye el valioso registro de un pensamiento crítico y reflexivo. Expone un horizonte incierto que a su parecer permeaba el ambiente de la disciplina durante la década de 1980. Identificaba en la literatura geográfica “el confuso aspecto de un jardín descuidado”.

Un hilo conductor del análisis es la tensión percibida entre la tradición geográfica moderna, fundada en el siglo XIX —consolidada en las primeras décadas del XX— y las “nuevas geografías” que surgen durante la década de 1950 entre las que se pueden mencionar la cuantitativa y la radical. La referida tensión habría producido un efecto disgregador. El autor cuestiona el cientifismo positivista que “procura negar el derecho a la palabra a todos los que no encajan en sus angostas coordenadas”. Al fijar postura, apela al entendimiento y reivindicación de categorías como el paisaje y la región, aportaciones clásicas de la tradición geográfica moderna. La presente edición se enriquece mediante una entrevista al autor en la que matiza o reafirma algunas posturas anotadas en la edición madre.

Nicolás Ortega Cantero se formó en la Universidad de Madrid (actual Universidad Complutense de Madrid) donde fue discípulo de la emblemática figura de Manuel de Terán Álvarez (1904-1984). Posteriormente desarrolló su vida académica en la Universidad Autónoma de Madrid. Desde 2009 y hasta hoy participa en la coordinación del Seminario Anual del Instituto del Paisaje que auspicia la Fundación Duques de Soria de Ciencia y Cultura Hispánica.



Academia

